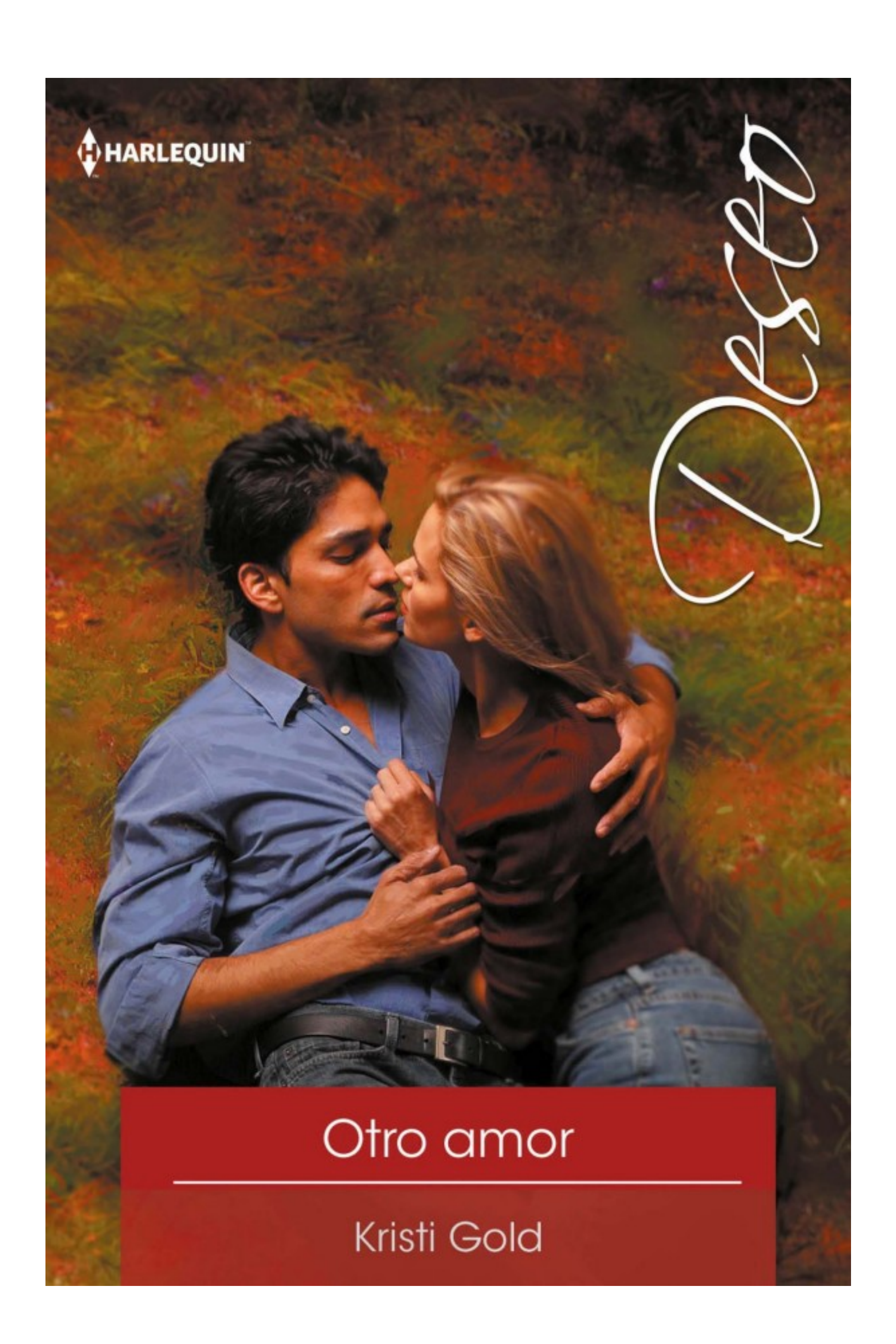

HARLEQUIN
Deseo
Otro amor
Kristi Gold



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Otro amor, n.º 5518 - febrero 2017
Título original: Challenged by the Sheikh
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9349-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Imogene Danforth había ido al rancho SaHráa en busca de un ejemplar de primera de la especie equina, no de la humana, pero no había nada de malo en alegrarse un poco la vista, pensó de pie frente a la puerta abierta de las cuadras, mientras observaba la espalda desnuda de aquel adonis.

Armado con una pala, el hombre estaba alfombrando el suelo con virutas y extendiéndolas meticulosamente. Imogene vio una gota de sudor resbalar por entre sus omóplatos, deslizándose por la espina dorsal hasta desaparecer bajo la cinturilla de los gastados vaqueros, y se dijo que era una lástima que admirar el físico de uno de los peones del rancho no entrara en su agenda.

Había ido allí para alquilar un caballo, aun cuando lo que sabía de esos animales podría escribirse en la cabeza de un alfiler. De hecho, la última vez que había montado había sido un poni en una feria a los cinco años, y la había tirado de la silla. En su relación con los hombres, por otra parte, no había tenido mucha más suerte: el último con el que había estado saliendo, hacía más de un año, la había dejado por un partido mejor.

El polvo de las virutas, que se le estaba metiendo por la nariz, la hizo estornudar hasta cinco veces seguidas, y el desconocido se volvió hacia ella.

—Disculpe —farfulló Imogene mientras se sacaba un pañuelo del bolsillo y se secaba los ojos con él.

Cuando levantó la vista, se encontró cara a cara con el hombre. Era alto, y no sólo estaba bien de cuerpo. Por sus rasgos, parecía árabe: tenía el cabello negro como el azabache y algo revuelto, la nariz recta, y unos labios gruesos y sensuales. El musculoso tórax, moldeado sin duda por el ejercicio físico que implicaba su trabajo, estaba cubierto por un triángulo invertido de oscuro vello, que descendía hasta desaparecer bajo la botonadura del pantalón.

Imogene volvió a alzar la vista a su rostro, y sus ojos se encontraron con los de él: unos ojos grises bordeados por oscuras

pestañas, que estaban estudiándola a ella con el mismo interés.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó.

Su voz era profunda, y para sorpresa de Imogene, sofisticada. Se le ocurrían varias cosas que podía hacer por ella, pero ninguna muy propia de una ejecutiva que en ese momento debía estar pensando en los negocios y no en el trasero de un perfecto desconocido.

—Estoy buscando al jeque Shakir.

El hombre apoyó ambas manos en la parte superior del mango de la pala, haciendo que resaltaran las prominentes venas de los brazos.

—¿Está esperándola?

Imogene sabía que debía haber llamado antes y concertado una cita, pero no había habido tiempo para eso. Había buscado en Internet un rancho de caballos y, siendo aquél el más cercano a Savannah, había agarrado su bolso, las llaves del coche, y había salido corriendo de la oficina en dirección allí.

—Bueno, la verdad es que no —contestó—. Espero que no suponga un problema.

—Depende de para qué quiera verlo.

—Necesito un árabe con buena presencia. Y que sea rápido.

Imogene se puso roja como un tomate al darse cuenta de cómo había sonado eso. ¿Dónde tenía la cabeza?

En los labios del hombre se dibujó lentamente una sonrisa sardónica, y sus ojos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en las piernas y los senos.

—Bueno, yo soy árabe, y creo que de presencia no estoy mal.

Imogene no podía creer que aquello estuviese ocurriendo. ¡Estaba flirteando con ella! Y lo más extraño era que ella quería seguirle el juego. Claro que no debería. Sería totalmente inapropiado.

—Agradezco su oferta, pero me refería a un *caballo* árabe.

El hombre cambió el peso de una pierna a la otra.

—¿Para cría?

—¿Perdón?

—Quiero decir que si lo que busca es un caballo para cría, un semental.

—Bueno, no, en realidad estoy buscando a alguien para montar… —contestó Imogene. ¿A *alguien*? ¡Por Dios!, ¿en qué

estaba pensando?—. Quiero decir un caballo, un caballo para montar —se corrigió apresuradamente, enrojeciendo de nuevo.

El hombre esbozó una nueva sonrisa, llena de malicia, y muy, muy sexy.

—¿Tiene experiencia?

Aunque Imogene imaginaba que se refería a experiencia ecuestre, el tono provocativo que había empleado y el modo en que la estaba mirando le dio a entender algo más.

—Bueno, algo —contestó.

«Algo» era mucho decir, tanto en lo que respectaba a los caballos como a los hombres. Su interlocutor dejó la pala apoyada en la pared, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya veo. ¿Y querría una montura dócil, o se atrevería con un animal un poco más… salvaje?

Imogene sintió incrementarse su temperatura corporal cuando su mente conjuró una imagen de sí misma cabalgando a lomos de aquel semental. Inclinó la cabeza y le lanzó una miradita recatada. Estaba disfrutando enormemente con aquello. Después de todo no había nada malo en flirtear un poco, y probablemente no volvería a verlo en su vida. Y, además, nunca tenía esa clase de conversaciones picantes con los hombres con los que trataba a diario: aburridos empresarios, corredores de bolsa, banqueros…

—Lo que sea, con tal de conseguir permanecer en la silla más de unos minutos —respondió.

—Eso puede lograrse con un poco de práctica.

—Y supongo que usted tiene mucha.

—No lo dude.

Desde luego aquel tipo tenía mucha confianza en sí mismo, pensó Imogene divertida. En fin, por desgracia no estaba allí para jugar. Tenía que conseguir un caballo y llamar a la sanguijuela que era su jefe, Sid Carver, que era quien la había metido en aquel lío, diciéndole a un posible cliente que era una amazona extraordinaria. De hecho, en el plazo de sólo un mes se esperaba que se reuniera en el rancho de ese cliente y su esposa con el magnífico caballo árabe purasangre que Sid le había dicho que tenía. Si no hubiera sido por el ascenso que le había prometido, no habría puesto un pie en una cuadra ni muerta.

Y encima había tenido que encontrarse con aquel hombre tan

increíblemente sexy… Tenía que dejar de fantasear con sus grandes manos y esa sonrisa encantadora, se dijo. Sin embargo, era más fácil pensarlo que hacerlo. Y es que, en ese preciso momento, el verlo enganchar los pulgares en los bolsillos del pantalón, estirándolo hacia abajo, atrajo su atención a cierta parte de su cuerpo que no debería mirar. El problema era que *quería* mirar.

Cuadrando los hombros, Imogene carraspeó, y subió la vista al rostro del hombre, empleando de nuevo su tono profesional:

—Querría alquilar uno de los purasangres del jeque.

La expresión de su interlocutor se tornó repentinamente seria.

—Le advierto que el jeque Shakir no alquila sus mejores ejemplares a cualquiera —dijo—. Tendría que hablarlo con él.

—Bueno, por eso estoy aquí —contestó ella—. Si me lleva donde esté, podrá exponerme sus condiciones.

El hombre recogió su camisa vaquera del brazo de la carretilla donde la había dejado, y se la puso sin molestarse en abrocharla.

—Sígame —le dijo a Imogene—, la conduciré a su despacho. Puede esperar allí.

—Gracias.

El hombre pasó por delante de ella, envolviéndola en una ola de calor, y dejando tras de sí un rastro de olor a serrín combinado con el aroma de sándalo de su colonia, que hizo que la libido de Imogene, que llevaba largo tiempo inactiva, se disparara.

Lo siguió hasta un pequeño edificio de dos plantas con tejado a dos aguas, y tras pasar el recibidor entraron a un despacho con las paredes recubiertas de madera. El hombre le señaló un rincón donde había un par de sofás y una mesita baja.

—Póngase cómoda.

—Gracias, señor… —comenzó Imogene, deteniéndose al darse cuenta de que no sabía su nombre—. No me ha dicho cómo se llama.

—Usted tampoco —replicó él—, pero quizá sea mejor que lo dejemos así.

Se dio la vuelta y salió del despacho por una puerta que había al fondo, cerrando tras de sí. Probablemente tenía órdenes estrictas del jeque de mantener las manos quietas con las clientas. Aunque a ella desde luego no le importaría sentir esas fuertes manos sobre su cuerpo… Sacudió la cabeza y se recostó en el respaldo con un

suspiro. Era bastante patético que estuviese allí, fantaseando con un mozo de cuadras sólo porque no había tenido una cita desde su ruptura con Wayne, hacía un año… el imbécil de Wayne, que la había dejado porque no le parecía lo suficientemente femenina.

Era cierto que no era una tímida florecilla, pero tampoco quería serlo, ni podría serlo. Siempre había preferido los trajes de chaqueta-pantalón a los vestidos de noche, las mieles del éxito profesional a las fiestas de sociedad. Además, estaba mejor sola que con alguien que quería cambiarla, que le decía cómo tenía que actuar y pensar. Le encantaba su trabajo, y no iba a dejarlo porque un hombre quisiese que se dedicase a acompañarlo a un evento social tras otro, como un florero, y a darle hijos. Y tenía intención de llegar a lo más alto, aunque ello implicase no tener apenas vida social.

Sin embargo, la sequía sentimental por la que estaba pasando no excusaba que hubiera estado fantaseando con un mozo de cuadras. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, intentando olvidarse de él, pero ante su mente empezaron a bailar imágenes de él, descamisado, sonriéndole con descaro…

El ruido de una puerta al cerrarse la sobresaltó. Abrió los ojos y se irguió en el asiento, para encontrarse de nuevo con aquel hombre, de pie a unos metros de ella. Se había cambiado de ropa, y llevaba puestos unos pantalones caqui, unos zapatos náuticos y un polo.

—No… no lo he oído entrar —balbució.

El hombre dio un paso hacia ella.

—Siento haberla asustado. ¿Se estaba quedando dormida?

—Eh… sí, sí, la verdad es que sí —mintió, aprovechando la excusa que le había brindado—. Este sofá es tan cómodo…

Se hizo un largo silencio, durante el cual él escrutó su rostro con las manos enlazadas tras la espalda antes de decirle:

—Bien, ¿y cuál es el motivo que la trae aquí?

Imogene frunció el ceño y se alisó la falda.

—Ya se lo he dicho, quiero hablar con el propietario del rancho porque necesito un caballo.

—Yo soy el propietario.

Imogene lo miró con incredulidad.

—Me toma el pelo —farfulló—. ¿Usted es el jeque Shakir?

—Raf ibn Shakir.

La perplejidad de Imogene se tornó en irritación.

—Oh, claro, seguro. ¿Y cómo se supone que debo dirigirme a usted? ¿Alteza?, ¿su Majestad?

Su sarcasmo pareció hacerle gracia en vez de molestarlo.

—De ninguna de las dos formas —respondió con una media sonrisa—. Nunca me han gustado esas pomposidades. Con Raf bastará. Estamos en América.

—Ya veo. Pues discúlpeme. Es que me ha dejado confundida que hace un rato se haya hecho pasar por un peón, y ahora de pronto aparezca diciendo que es el dueño del rancho. A menos, claro, que esté mintiendo para divertirse a mi costa.

Al hombre pareció molestarle que dudara de sus palabras.

—Le aseguro que soy Raf Shakir, el propietario de este rancho —le repitió con altivez, sentándose en el otro sofá—. Usted, en cambio, aún no me ha dicho su nombre.

—Imogene Danforth.

Raf se recostó en el asiento y se cruzó de piernas, apoyando un codo en el brazo del sofá para tocarse el mentón.

—¿Tiene algún parentesco con Abraham Danforth, el candidato al senado?

—Es mi tío, hermano de mi padre.

—¿Harold Danforth?

Imogene asintió con la cabeza.

—Según tengo entendido los dos llevan una empresa de importación de café.

—En realidad los dos se han jubilado ya, y ahora es mi primo Adam quien está al frente.

De modo que era una joven de la clase acomodada de Georgia, pensó Raf. Sin embargo, era muy distinta de las que había conocido desde que se estableciera en Savannah. Y era un cambio agradable que por una vez una mujer no se acercara a él por su dinero o su posición social. Quizá estuviera interesada en lo que podría ofrecerle en un ámbito más íntimo, aunque no parecía el momento adecuado para sugerir nada parecido.

—Estoy siguiendo con mucho interés la campaña de su tío —le dijo—. Parece un hombre serio y respetable.

Imogene esbozó una leve sonrisa.

—Gracias. ¿De dónde es originario?

—De un pequeño país llamado Amithra, cerca de Omán.

—¿Y qué lo trajo a Georgia… si no es indiscreción?

En realidad sí lo era, pero Raf optó por ser cortés.

—Nada me ata a mi país porque no estoy en la línea sucesoria inmediata al trono, y Savannah me pareció un lugar idóneo para la cría de caballos.

—Ya veo. Bien, respecto al asunto que me traía aquí…

—Quería usted alquilar un caballo.

—Exacto. Y lo necesito lo antes posible.

—Bueno, como le dije antes, no le alquilo uno de mis purasangres a cualquiera. ¿Cuánto hace que monta, señorita Danforth?

Imogene carraspeó y bajó la vista a sus manos, entrelazadas sobre el regazo.

—Hum… la verdad es que hace bastante que no monto.

El tono inseguro de su voz alertó a Raf.

—¿Cuánto exactamente? —inquirió, enarcando una ceja.

—Unos veinte años.

—¿Y tiene?

—Veinticinco, casi veintiséis.

Raf no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Me está diciendo que la última vez que montó no era más que una niña?

Imogene volvió a carraspear incómoda.

—Bueno, en realidad sólo fueron unos segundos que estuve a lomos de un poni, en una feria… —confesó—, pero nunca es tarde para aprender —se apresuró a decir, alzando la vista hacia él.

—Me niego a alquilarle o venderle un caballo a una novata, señorita Danforth.

Tenía buenas razones para ello, razones que no podía revelarle, ya que con ello haría resurgir el dolor que tanto le había costado enterrar.

Imogene se inclinó hacia delante, quedándose en el borde del asiento, y le lanzó una mirada suplicante.

—Por favor, señor Shakir, *necesito* ese caballo. Trabajo en una asesoría financiera, y tengo tres semanas para conseguir un caballo y aprender a montar para impresionar a un cliente potencial que

cree que soy una amazona experimentada.

—Mire —comenzó Raf—, admiro esa dedicación que demuestra hacia su trabajo, pero, ¿no le parece algo extremo llegar al punto de mentir para conseguir un cliente?

Imogene entornó los ojos.

—¿Y era necesario que usted me hiciera creer hasta hace sólo un momento que era un simple mozo de cuadras?

Touché, pensó Raf.

—Está bien, supongo que los dos tenemos nuestras razones para ocultar la verdad, pero eso no me hará cambiar de idea respecto a alquilarle un caballo cuando ni siquiera sabe montar.

—Si tomara unas lecciones, ¿lo reconsideraría?

—Quizá, pero tendría que demostrarme que ha aprendido lo bastante como para dejarle montar uno de mis purasangres; hay por ahí muchos instructores mediocres.

Imogene se quedó en silencio un instante antes de preguntarle:

—¿Habría posibilidad de que me enseñara usted?

Raf sonrió para sus adentros. Desde luego la idea era tentadora. Podía enseñarle unas cuantas cosas.

—Tres semanas no bastan para dominar la técnica.

Imogene resopló, llena de frustración.

—¿No tiene algún caballo viejo que sea dócil, que pudiera usar para enseñarme a montar?

Lo cierto era que sí tenía uno, un macho castrado y entrado en años que era bastante tranquilo.

—Es posible.

Una luz de esperanza iluminó los ojos de la joven.

—Entonces… ¿me dará lecciones?

Raf lo consideró un instante.

—¿Ha dicho que es asesora financiera?

Ella asintió.

—Ahora mismo estoy trabajando para una sucursal regional, pero tengo intención de ir subiendo puestos hasta conseguir un traslado a Nueva York y poder «jugar con los mayores».

Raf se preguntó si estaría dispuesta a tomar parte con él en otro tipo de juegos… juegos de cama. Llevaba dos años evitando a las mujeres, y por primera vez sentía deseos de romper ese celibato al que él mismo se había empujado.

—Podríamos llegar a un acuerdo, una especie de intercambio —dijo—. Al fin y al cabo, usted también tiene algo que yo quiero.

Imogene se cruzó de piernas y se alisó la falda.

—¿En qué está pensando exactamente?

Si supiera lo que estaba pensando…

—Querría que me aconsejara acerca de una serie de medidas de inversión que estoy pensando adoptar.

—Me parece un trato justo —respondió Imogene—. Entonces, ¿hemos llegado a un acuerdo?

—Hemos llegado a un acuerdo —asintió Raf, poniéndose de pie y tendiéndole una mano, que ella estrechó sin dudarlo—. Estoy dispuesto a enseñarla a montar.

Imogene sonrió.

—Estupendo —dijo poniéndose de pie también.

—Claro que habrá condiciones —añadió él—. Tendrá que seguir al pie de la letra mis instrucciones —le advirtió—. La seguridad es muy importante. Si en algún momento me desobedece, nuestro acuerdo quedará roto.

—No se preocupe; me mostraré cooperativa.

Raf tenía sus dudas respecto a eso. Parecía una mujer con mucho carácter.

—Y también creo que deberíamos tener un trato más informal.

—¿Quiere que nos tuteemos?

—Sí. Y tu nombre… ¿te importaría que te llamara de otra manera?

La joven frunció el ceño.

—¿Qué tiene de malo mi nombre? Me lo pusieron por la tía abuela favorita de mi madre —dijo ella ofendida—, que resulta que fue una de las primeras mujeres empresarias de su tiempo… antes de que decidiera ingresar en un convento, claro.

Raf no pudo reprimir una sonrisilla maliciosa.

—¿Te pusieron ese nombre por una tía abuela *monja*?

—¿Y qué si se metió a monja? Era una gran mujer.

—Bueno, no te ofendas. No pretendo meterme con tus antepasados, pero ese nombre tan estirado no te va —insistió Raf. Incapaz de contenerse, alzó una mano y apartó un mechón de rubio cabello de su rostro. Hay algo mágico en tu interior que se refleja en tus ojos, algo que parece estar esperando dormido en lo más

profundo de tu alma para salir a la luz, como ese genio de la historia de Aladino, que salía de la lámpara al frotarla. Podría llamarte Genie.

Imogene dio un respingo y lo miró desconcertada.

—¿Qué has dicho?

—Genie —repitió él—. Te va mucho mejor.

Había una extraña expresión de tristeza en el rostro de la joven, y una vulnerabilidad que no acertó a comprender.

—¿Hay alguna razón por la que no quieres que te llame así?

Imogene sacudió la cabeza.

—No, está bien. Es sólo que alguien especial para mí solía llamarme de ese modo.

Raf sospechaba que ese alguien era un hombre, y que, por lo que parecía, ella no lo había olvidado.

—Si te vas a sentir incómoda por que te llame así, yo…

—No, de verdad —lo interrumpió ella sonriendo—, lo prefiero a Imogene.

—Bien. Entonces sólo nos queda por acordar cuándo quieres que tengamos las lecciones —dijo él.

Imogene lo consideró un instante antes de hablar.

—Bueno, podríamos hacer una lección de una hora cada día, de las cinco a las seis de la tarde, y los fines de semana algo más de tiempo si no tengo que viajar por motivos de trabajo.

Pero Raf sacudió la cabeza.

—¿Una hora al día para aprender a montar en sólo tres semanas? Imposible —replicó.

—¿Y qué quieres que haga si no? No puedo faltar al trabajo, por no mencionar que no vivo precisamente a diez minutos de aquí.

A Raf se le ocurrió entonces una idea que se le antojó descabellada, aunque ciertamente tentadora.

—En ese caso, no te queda más remedio que cambiar de planes —dijo—. Tendrás que tomarte unas vacaciones.

—¿Vacaciones? —repitió Imogene atónita ante la propuesta.

Hacía tanto tiempo que no se tomaba unas que casi había olvidado el significado de la palabra.

—Eso he dicho —contestó él con firmeza—, y te alojarás aquí las próximas tres semanas.

—¿Alojarme aquí?

—Te espero mañana a las diez.

—Pero…

—Y no llegues tarde. Detesto a la gente impuntual.

Y, con esas palabras, Raf salió del despacho antes de que Imogene pudiera terminar la frase, o de que él hiciera algo impulsivo, como besarla para poner fin a sus protestas. Le habría gustado hacerlo, desde luego, pero aquello no figuraba en su acuerdo. Claro que, si su instinto no se había deteriorado en aquellos dos años de celibato, probablemente acabaría sucediendo, pensó con una sonrisa lobuna.

¿Vivir tres semanas bajo el mismo techo que él? Mientras giraba el volante del BMW para bajar por su calle, Imogene se preguntó cómo había podido aceptar semejante proposición. Tenía que haberse levantado y haber ido tras él, haberse negado. Debía haberse vuelto loca de remate: ¡irse a vivir tres semanas con un hombre al que no conocía de nada! Claro que… ¿qué otra opción tenía? Si no estaba dispuesto a aceptar otros términos, no le quedaba otro remedio que sacrificar parte de su precioso tiempo y tomarse unas vacaciones para concentrarse en aprender a montar. Después de todo Sid no tendría por qué enfadarse. Era él quien había mentido al cliente.

En cuanto llegó al bloque donde vivía y entró en su apartamento, tomó el teléfono y marcó el número del móvil del tirano.

—¿Diga? —contestó su jefe en su habitual tono irritado.

Imogene se dejó caer en el sofá, arrojando a un lado los zapatos.

—Sid, soy Imogene.

—¿Dónde diablos has estado toda la tarde? —rugió su jefe.

Sin embargo Sid Carver era perro ladrador y poco mordedor.

—En el rancho SaHráa, intentando alquilar un caballo para impresionar a los Grantham el mes que viene, como me dijiste que hiciera.

—¿Y lo has conseguido? —inquirió Sid, con algo más de amabilidad.

—Bueno, más o menos. Antes tendré que tomar unas clases de equitación.

—¿Clases de equitación? ¿Para qué diablos necesitas clases? No debe ser tan difícil. Lo único que tienes que hacer es mantenerte sobre la silla.

La actitud de Sid no la sorprendió en absoluto. En su relación ella siempre había sido la mula de carga, la que hacía el trabajo mientras él se llevaba toda la gloria.

—No es tan simple. Además, después de lo que le dijiste al señor Grantham, necesito esas clases si tengo que parecer una amazona experimentada. Y ésa es la condición que el dueño del rancho ha impuesto para alquilarme uno de sus purasangres árabes. Él mismo va a enseñarme a montar.

—Está bien. Así que tienes que tomarte un par de horas al día para ir a esas clases, ¿es eso? En fin, supongo que luego podrás recuperarlas.

«Allá vamos», pensó Imogene crispando el rostro y preparándose para un chaparrón.

—Verás, Sid, en realidad serán más de un par de horas al día. Considerando que sólo tengo tres semanas para convertirme en una experta, y teniendo en cuenta que el rancho está a una hora de Savannah… tendré que alojarme allí, así que necesito que me des tres semanas de vacaciones.

—¿*Tres semanas de vacaciones*? —rugió Sid al otro lado de la línea—. ¡Ni hablar!

—No me he tomado ni una siquiera en los dos años que llevo trabajando para ti —replicó Imogene—. Claro que por supuesto tendrás que pagármelas, porque no son vacaciones de verdad, sino que me las tomo por motivos de trabajo. Piensa que si esto sale bien añadiremos a los Grantham a nuestra cartera de clientes, y será otro éxito de Asesores Carver —intentó convencerlo, apelando a su ambición.

Lo oyó suspirar con pesadez, y lo imaginó repantigado en su sofá, rascándose a la vez la barriga y su enorme calvorota… las únicas dos acciones simultáneas de las que era capaz. Si era director de la compañía era únicamente porque su padre era el dueño.

—De acuerdo —cedió Sid finalmente—. Si es la única manera, dejaré que te tomes esas tres semanas libres. Pero si veo que no puedo seguir prescindiendo de ti, tendrás que dejarlo y volver al trabajo.

No si no podía contactar con ella.

—De acuerdo.

—¿Cómo podré contactar contigo?

Diablos.

—Tendré el móvil abierto —le dijo Imogene.

A menos que «accidentalmente» olvidara encenderlo.

—Bien. ¿Has dicho el rancho SaHráa? ¿No es el rancho de ese jeque… como se llame?

—El jeque Raf Shakir —respondió Imogene, armándose de paciencia—. Es quien me va a enseñar a montar.

—Ya. Seguro que le gustaría enseñarte un par de cosas más —contestó Sid, soltando una desagradable risotada—. Bueno, si tienes que acostarte con ese tipo hazlo. Puede que también consigamos añadirlo a nuestra cartera.

Aquello tampoco sorprendió a Imogene. Sabía que era un cerdo sin escrúpulos.

—No pienso acostarme con él para que tengas otro cliente, Sid —le respondió irritada.

Claro que, si fuera simplemente por placer, quizá se lo plantearía. «Haces esto por trabajo, Imogene», se recordó, «por trabajo».

—En los negocios no se pueden tener principios, Danforth. En fin, hasta dentro de tres semanas entonces. Contamos contigo. No nos defraudes.

—No lo haré.

Cuando hubo colgado el teléfono, Imogene suspiró, esperando poder mantener esa promesa. Si había algo que llevaba mal era no cumplir con las expectativas que se tenían de ella. Cinco años atrás le había fallado a una persona que lo había sido todo para ella, su hermana pequeña, Victoria, y aún arrastraba un sentimiento de culpa por lo que le había ocurrido. Si cinco años atrás no hubiera sido tan egoísta, si no hubiera pensado sólo en sí misma, quizá Tori estaría allí, con ellos, en vez de ser sólo un nombre y una fotografía en el archivo de desaparecidos de la policía.

Sus padres y sus hermanos nunca la habían culpado de la desaparición de Tori, pero ella sí lo había hecho, y seguía haciéndolo. Había intentado acallar su conciencia volcándose en su trabajo, pero aquel día, cuando Raf Shakir la había llamado Genie,

como solía llamarla su hermana de pequeña cuando todavía no era capaz de decir bien su nombre… El dolor del pasado, aquella terrible pérdida, la habían alcanzado, y estaba segura de que durante ese breve instante el jeque había sido capaz de ver más allá de su fachada de chica dura.

Capítulo Dos

A las nueve y media de la mañana siguiente Imogene estaba ya entrando en el rancho con su BMW. Aparcó frente a la enorme casa blanca de estilo colonial, y salió del vehículo, para dirigirse a la puerta con una maleta en cada mano. Llamó al timbre y esperó. Pasó un buen rato sin que nadie acudiera, y estaba ya con el dedo en el timbre para apretarlo de nuevo cuando la puerta se abrió y apareció una mujer de unos sesenta años, rechoncha, y sureña de la cabeza a los pies.

Imogene esbozó una sonrisa y le dijo:

—Buenos días. ¿Está el señor Shakir?

—¿Qué diablos quiere de él?

«Para que luego hablen de la amabilidad sureña…», pensó Imogene.

—Me ha invitado. Voy a ser su huésped durante las próximas tres semanas.

La mujer soltó una risotada sarcástica, que no le iba a la zaga a la de Sid.

—Todas dicen lo mismo.

—¿Todas? —repitió Imogene frunciendo el ceño.

—Las mujeres que vienen aquí como moscas a un panal, encanto.

—Pues se equivoca conmigo. Yo no soy una de ellas —se apresuró a replicar Imogene—. Sólo estoy aquí por asuntos de negocios.

—Eso también lo dicen todas. Además hoy es sábado; nadie hace negocios en sábado.

Obviamente aquella mujer tan simpática no sabía nada del mundo de los negocios.

—Mire, puede pensar lo que quiera, pero sólo he venido a aprender a montar a caballo. Pregúntele al jeque Shakir. Él se lo dirá. De hecho, debe estar esperándome.

La mujer la miró con recelo.

—Pues a mí no me ha dicho que espere a nadie. Además, no está aquí.

Estupendo. Lo que le faltaba.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde cree usted que puede estar?

Imogene resopló.

—No tengo ni idea de dónde pueda estar. ¿En las cuadras, tal vez?

—Probablemente —respondió la mujer—. Nadie diría que es un príncipe, viéndolo trabajar como cualquier peón del rancho.

—Es curioso, no había pensado en él como un príncipe —farfulló Imogene, sintiéndose como una idiota ante la mirada de «ya, seguro», que le lanzó la mujer.

—Pues, por si tampoco se le había ocurrido pensarlo, le diré que no le suelen caer bien las mujeres que le tienen el ojo echado a su billetera.

—Le juro, señora —dijo Imogene levantando la mano—, que no me interesa su billetera.

Su carpeta de acciones en cambio sí le interesaba, pero sólo porque si conseguía convertirlo en uno de los clientes de Asesores Carver sumaría puntos ante la sanguijuela de su jefe. Pero su dinero no. Ella tenía un fideicomiso considerable y un buen sueldo.

—Pues si no le interesa su billetera, será lo otro que guarda en los pantalones —replicó la mujer con una sonrisa maliciosa.

Imogene enrojeció ligeramente.

—Escuche… señora, si hiciera el favor de llevarme ante él, estoy segura de que podremos aclarar esto.

—Bueno, ¿por qué no? —farfulló la mujer, haciéndose a un lado—. No puedo estar de guarda y a la vez hacer las tareas de la casa. Pase y siéntese en el salón. Veré si puedo encontrarlo.

Imogene la siguió dentro, y tomó asiento en un sillón orejero, dejando las maletas en el suelo frente a ella y entrelazando las manos sobre el regazo como una perfecta damisela.

—Se lo agradezco, señora.

—Mi nombre es Doris —replicó la mujer, poniendo los brazos en jarras—. ¿Cuál es el suyo… para que pueda anunciarla? —inquirió con sorna.

—Imogene Danforth.

La mujer abrió los ojos como platos.

—¿Danforth, ha dicho? ¿No será pariente de ese senador tan guapo… Abraham Danforth?

—Es mi tío, pero todavía no es senador.

Doris agitó una mano despectivamente, como diciéndole que no sabía de lo que hablaba.

—Pero lo será —replicó—. Ya lo creo que lo será. Cuenta con el voto de todas las mujeres del estado… el mío incluido.

Imogene contuvo una sonrisilla.

—Bueno, es verdad que mi tío es un hombre muy atractivo, pero si le vota debería ser porque crea en su programa.

—Bah, yo no me creo ni una de esas promesas electorales —contestó Doris, agitando la mano de nuevo—. Pero si sale elegido al menos nos alegraremos la vista cada vez que salga en la tele —añadió—. Diga, encanto, ¿quiere que le traiga un té?, ¿con unas pastas quizá?

¡Menudo cambio de actitud!, pensó Imogene divertida. Nada como tener un tío rico, guapo, y candidato al senado…

—No, gracias. He desayunado hace poco.

—Bueno, entonces sólo le traeré a un apuesto jeque —contestó Doris, riéndose como una hiena mientras salía.

Al oír la puerta abrirse, Imogene alzó la vista y se encontró con Raf Shakir ante ella, ataviado de nuevo con su ropa de trabajo: camisa y pantalones vaqueros.

—Has venido —le dijo a modo de saludo, tendiéndole la mano.

Imogene se puso de pie, e iba a dar un paso hacia él cuando tropezó con una de las maletas, y habría caído de bruces al suelo si él no se hubiese adelantado para sostenerla, agarrándola por los hombros con sus fuertes manos.

—Lo… lo siento —balbució Imogene azorada al encontrarse de repente entre sus brazos—. Qué torpe soy… Seguro que ahora mismo estás dudando que sea capaz de arreglármelas con un caballo en movimiento cuando casi me hace caer una maleta que está quieta.

—Aún es demasiado pronto para que pueda juzgar tus habilidades —murmuró Raf mirándose en sus ojos verdes, sin

soltarla

Imogene tampoco quería que la soltara. Sin embargo, al cabo de un instante Raf la apartó de sí, enderezándola, y dio un paso atrás.

—Te enseñaré tu habitación —le dijo recogiendo sus maletas del suelo.

Imogene lo siguió a través de un largo pasillo y escaleras arriba. La decoración era similar a la de la casa donde ella había crecido: elegante, sobria, con montones de antigüedades… Sin embargo, cuando llegaron al dormitorio que Raf le había asignado, Imogene se quedó boquiabierta. En el lado izquierdo había una chimenea en mármol negro, enmarcada por espejos que cubrían el resto de la pared. En el derecho, a unos metros de la cama, una puerta abierta dejaba entrever el aseo, con una bañera al estilo de las piscinas de las antiguas termas romanas, rodeada por columnas de mármol blanco. Y, frente a ellos, en el extremo opuesto, había una puerta de doble hoja por donde se salía a un balcón desde el que se divisaba toda la vasta extensión del rancho.

—Si no es de tu agrado, hay muchas otras habitaciones en la casa —le dijo Raf, malinterpretando su silencio.

—Oh, no, no. Es… es perfecta —murmuró Imogene.

—La mía es la tercera puerta siguiendo por el pasillo —añadió él —. Y si necesitas algo durante la noche no tienes más que apretar el botón del intercomunicador que hay al lado de la puerta.

Imogene esbozó una sonrisa maliciosa.

—Bueno, no se me ocurre qué podría necesitar en mitad de la noche —dijo.

—Quizá algo de compañía.

Eso sonaba tentador.

—Vivo sola desde hace años —replicó—. Estoy acostumbrada a la soledad.

—Pero hay noches en las que no puedes dormir.

¿Cómo diablos podía saber eso?

—La mayoría de las noches duermo bien —contestó.

—Pero otras no. A veces a mí también me cuesta conciliar el sueño.

—Supongo que el estrés y los problemas no nos dejan dormir —apuntó ella, suponiendo que se refería a eso. Al fin y al cabo él también era un hombre de negocios.

—Quizá, pero no siempre son el estrés y los problemas.

Mientras la observaba con sus intensos ojos grises, Imogene tuvo la extraña sensación de que sabía exactamente qué era lo que no la dejaba dormir. Pero era imposible cuando apenas la conocía.

Raf dejó las maletas a los pies de la cama.

—Cámbiate de ropa. Te estaré esperando junto a las cuadras para tu primera lección.

—¿Y qué se supone que debo ponerme? —inquirió ella.

—Algo más apropiado.

Imogene bajó la vista a su camiseta de tirantes, sus pantalones de lino, y sus zapatillas deportivas.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

—¿No has traído ropa de montar?

—Pues no, más que nada porque no tengo.

Raf se dirigió al intercomunicador y apretó el botón.

—Doris, haga el favor de traerle a la señorita Danforth ropa de montar.

—Enseguida, señor —contestó la mujer con su habitual desgana.

Así de sencillo; sólo con apretar un botón aquel hombre conseguía lo que quería. Imogene se dijo que, probablemente, en lo que se refería a las mujeres le resultase igual de fácil obtener de ellas lo que deseaba. A ella desde luego no le importaría que apretara unos cuantos de sus botones.

—Cuando estés lista reúnete conmigo en las cuadras —le repitió Raf.

Y sin decir nada más salió del dormitorio, antes siquiera de que ella pudiera decir «de acuerdo».

Un día le regalaba sonrisas y se mostraba seductor, y al siguiente estaba distante, pensó Imogene contrariada. Raf Shakir era un verdadero enigma.

Momentos después Doris entraba en la habitación con unos pantalones de montar de color beige, y unas botas negras altas.

—Tenga, encanto, pruébese esto —le dijo a Imogene—. Creo que son de su talla. Y si no le gustase el color, tengo más.

—Este color está bien, gracias —respondió la joven tomando los pantalones—. ¿De quién es esta ropa?

Doris apartó la mirada.
—De una mujer.
—Ya me lo figuro.
—No son de la esposa del jeque, si es lo que la preocupa.
¿Esposa?
—¿Está casado?
La mirada de Doris se posó sobre ella de nuevo.
—Ya no. Y no me haga más preguntas; el patrón se enfadaría si pensara que voy por ahí difundiendo por ahí los detalles de su vida privada. Y si está pensando en preguntarle a él olvídelo. Es un hombre muy reservado y no le dirá nada.
Aunque Imogene sentía curiosidad por saber qué había sido de la esposa de Raf, se dijo que no sería prudente insistir si quería ganarse la confianza de la empleada del hogar.
—No pensaba hacerle más preguntas. La vida personal del jeque no me interesa.
Doris puso los brazos en jarras.
—Pues sería usted la primera. La mayoría de las mujeres que han venido por aquí querían sacarme información sobre él a toda costa para poder cazarlo. Y no las culpo; es un buen partido.
Imogene se sentó en el borde de la cama para quitarse las zapatillas de deporte.
—¿Y alguna de esas mujeres ha llegado a… bueno, a conocerlo mejor? —inquirió, arrepintiéndose de haber preguntado al ver la expresión maliciosa en el rostro de Doris.
—Por muy jeque que sea es un hombre, encanto —fue la contestación de la mujer—, y todos los hombres necesitan esa clase de cosas de vez en cuando, usted ya me entiende. De lo contrario explotarían —añadió riéndose entre dientes.
—Así que… ¿no tiene una novia o algo así? —preguntó Imogene, tensándose al escuchar el atisbo de esperanza en su voz.
Doris sonrió divertida.
—Encanto, ¿seguro que no está interesada en echarle el lazo a ese cuello real?
—Por supuesto que no. Es sólo que quería asegurarme de que mi estancia aquí no irá a enfurecer a alguna mujer celosa.
—Puede estar tranquila, encanto: mi patrón está pasando por una sequía que ya dura bastante.

Imogene estuvo a punto de echarse a reír. Ésa era exactamente la palabra que ella empleaba para referirse a su vida sentimental.

—Pues lo siento mucho por él, pero a mí sólo me ha traído aquí el aprender a montar.

—Oh, estoy segura de que mi patrón será un buen maestro —le dijo Doris con un guiño—, y a lo mejor hasta llega a enseñarla a montar a caballo también.

Dejando a Imogene roja como una amapola con esas palabras, la mujer salió de la habitación entre risitas.

En cuanto vio a su alumna llegar a las cuadras, Raf sintió que la entrepierna se le ponía tirante. Los pantalones de montar resaltaban sus largas piernas, y la femenina curva de las caderas. Agradeció en silencio a Mary Christine Chatham que se los hubiera dejado al marcharse a toda prisa, hecha una furia, cuando le había dicho que no iba a casarse con ella. La pobre… se había sentido doblemente insultada cuando había declinado su ofrecimiento de sexo. Sin embargo, lo que estaba claro era que no habría lamentado tanto el olvido de esos pantalones como el haber perdido la oportunidad de conseguir un marido rico.

—Quiero que conozcas a alguien —le dijo a Imogene cuando se acercó.

—No me lo digas… ¿el verdadero mozo de cuadras? —bromeó ella.

Raf sonrió.

—No, tiene cuatro patas, pero creo que te caerá bien.

Imogene lo siguió dentro de las cuadras, y echó un vistazo dentro del pesebre frente al cual Raf se había detenido.

—¡Dios, es enorme! —exclamó con los ojos como platos, dando un paso atrás—. ¿Tengo que montarme en eso? —inquirió preocupada, volviéndose hacia Raf.

Él reprimió una sonrisilla. El caballo castrado que había escogido para las lecciones era grande, pero nada fuera de lo normal.

—Relájate. Es un animal muy tranquilo, ya verás.

Imogene no pareció muy convencida.

—Eso espero —farfulló cruzando los brazos bajo el pecho.

Raf abrió la puerta del pesebre pero el caballo siguió engullendo heno sin prestarles atención.

—Tengo aquí a una señorita que quiere conocerte, Maurice.

Imogene soltó una risa tensa.

—¿Le has puesto Maurice a un caballo?

—En realidad Maurice es como lo llamaba su antigua dueña —respondió Raf—. Su nombre de registro es Rey Jassim sháaTir de miSir, si prefieres llamarlo así.

Imogene enarcó las cejas y parpadeó.

—Me quedó con Maurice.

Al ver que Imogene no parecía atreverse a acercarse al caballo, Raf la tomó de la mano y la condujo al interior del pesebre, deleitándose en la agradable sensación de sus finos dedos entrelazados con los suyos.

—Vamos, no seas tímida.

Una vez dentro le soltó la mano, se puso detrás de ella, y tomándola por los hombros la empujó suavemente hacia delante.

El caballo se giró hacia ella y resopló, haciendo que Imogene se tensase aún más, quedándose muy quieta.

—Hola, chico —le dijo con voz vacilante—. ¿Cómo estás?

El animal bajó la testa para alcanzar un poco de heno que había caído al suelo, antes de dar un paso hacia Imogene y olisquear su mano, como si estuviera buscando en ella alguna golosina. La joven, sin embargo, seguía tiesa como un témpano y lo miraba recelosa.

—No tengas miedo de tocarlo —le dijo Raf—. Es muy tranquilo, te lo aseguro.

Finalmente Imogene extendió una mano para rascarle detrás de las orejas, y el animal inclinó la cabeza hacia delante, frotando el morro entre sus senos.

Aunque era ridículo, Raf sintió envidia del caballo, y observó cómo cambiaba la expresión de Imogene.

—Oooh, qué tierno… es como un bebé grande —murmuró encantada.

—Prefiere las mujeres a los hombres, siempre le ha pasado —comentó Raf—, aunque ya no tiene mucho sentido puesto que no puede procrear —añadió.

Los ojos de Imogene pasaron del caballo a Raf.

—Eso de castrar a los animales me parece una injusticia —le

dijo—. Pobre Maurice. Negarle la poca diversión que debía tener…

—Ya está mayor, pero todavía se divierte —replicó Raf—. Siempre está impaciente por que llegue el momento de su paseo diario al arroyo, y le encanta que lo cepillen. Ésa es toda la actividad que tiene.

Su propia existencia en los dos últimos años no había sido mucho más emocionante, pensó Raf, aunque aquella soledad en la que se había sumido había sido elección suya. También se había volcado intencionadamente en sus valiosos purasangres y en ampliar su negocio para no recordar el pasado. Algunos días funcionaba. Otros, no. En aquellos dos años había tenido alguna que otra cita, claro, pero sólo habían sido acompañantes para uno u otro acto social. Ninguna de aquellas mujeres había conseguido llegarle al corazón. Aquella joven, en cambio…

Imogene apoyó la frente contra la del caballo, como haría una madre con su hijo.

—Está bien, chico —le dijo—, si te portas bien y no me tiras al suelo seremos amigos, y convenceré a Raf para que te dé algo mejor que esos hierbajos secos.

Raf se metió la mano en el bolsillo y sacó algo de allí

—Ten, puedes darle esto.

Imogene se quedó mirando lo que le tendía.

—¿Le gustan los caramelos de menta?

—Sí —asintió él. Le abrió la mano y le colocó el caramelo en la palma—. Asegúrate de no doblar los dedos. Es un animal muy tranquilo, pero cuando se trata de comida puede ponerse un poco ansioso.

Imogene hizo lo que le decía, y observó entusiasmada cómo el caballo devoraba el caramelo. Raf amarró el ronzal a la brida.

—Bien, vamos a empezar nuestra primera lección.

Imogene salió del pesebre y Raf la siguió con un remolón Maurice, sin poder evitar fijarse en la perfecta redondez de sus caderas y sus nalgas.

—¿Adónde vamos? —inquirió la joven.

—Al picadero —contestó Raf—. Pero no te preocupes, iremos despacio para que no te agobies.

Imogene se giró para mirarlo, caminando de espaldas mientras se dirigían a la salida de las cuadras.

—¿Cómo de despacio?

Tan despacio como ella quisiera, pensó Raf. Toda la noche, hasta el amanecer… hasta que ambos se hubiesen saciado.

—Los primeros días sólo haremos que Maurice te lleve a un paso muy suave, y luego, cuando vayas adquiriendo confianza, pasaremos al trote y finalmente a cabalgar.

—Eso suena un poco aburrido.

Tal y como había imaginado, no sería fácil de controlar, se dijo Raf. Aquello pintaba bien para la cama, pero no para sus lecciones de equitación.

—Quizá sea aburrido, pero es necesario. No se puede empezar una casa por el tejado. Por ejemplo, tienes que aprender a comunicarte con el caballo, aprender el modo de decirle lo que quieres. Los caballos leen las señales que emite el jinete por medio del lenguaje corporal. Si la señal que emites es confusa, el animal la malinterpretará.

Habían llegado al recinto del picadero.

—Ya veo —murmuró ella, pasándose una mano por el pelo, del que el sol del mes de junio arrancaba dorados destellos—. Pero, para que lo sepas, aprendo rápido… sobre todo cuando quiero conseguir algo.

El desafío de sus ojos se extendió como la pólvora por las venas de Raf.

—¿Hasta qué punto quieres esto?

—Si no lo quisiera desesperadamente no estaría aquí ahora, ¿no crees?

De buena gana Raf habría soltado las riendas del caballo y atraído a Imogene hacia sí, besándola hasta dejarla sin aliento, pero se contuvo y, en vez de eso, se volvió para abrir la puerta del picadero.

—Entra —le dijo a Imogene.

Quizá su voz hubiese sonado algo áspera, pero no había podido evitarlo, luchando como estaba por reprimir el creciente deseo que aquella ambigua conversación estaba despertando en él.

Cuando hubo hecho entrar a Maurice en el recinto, se volvió de nuevo hacia Imogene.

—Ahora monta.

La joven estudió vacilante la silla.

—No estoy segura de poder encaramarme ahí arriba yo sola. ¿No podrías echarme una mano?

Raf se había temido aquello. Sin embargo, comprendía que la primera vez fuese a resultarle difícil, sobre todo por lo ajustados que le quedaban los pantalones de montar.

—Levanta la pierna y apoya el pie en el estribo.

Con cierto esfuerzo, Imogene obedeció.

—De acuerdo, estoy lista.

Raf puso una palma contra la nalga de la joven, dejándola allí más rato del necesario antes de impulsarla hacia arriba para que se sentara en la silla.

—Debes mantenerte erguida, con la espalda recta y los codos pegados a los costados —le dijo haciéndole tomar las riendas—. No tires de ellas. Sujétalas pero mantenlas sueltas.

Imogene alzó la barbilla y se puso derecha en la silla.

—¿Así?

Aunque su postura podía considerarse adecuada, Raf no pudo dejar de aprovechar la ocasión. Colocó una palma contra el hueco de su espalda, y la otra contra el abdomen, justo encima de la cinturilla de los pantalones, imaginando cómo sería introducirlas por debajo de la prenda y tocar su piel. Apretó ambas palmas, haciéndola erguirse un poco más.

—Así —le dijo.

—Bien. ¿Y ahora qué? —inquirió ella.

—No apartes la vista del frente, agárrate con las piernas y las rodillas, y deja los pies un poco separados, pero manteniendo los talones pegados al cuerpo del caballo.

—No sé si voy a ser capaz de recordar todo eso.

—Con el tiempo llegarás a hacerlo de un modo automático.

Raf se colocó en el centro del recinto, controlando a Maurice con la cuerda que le había atado a la brida mientras caminaba tranquilo en círculos con Imogene sobre él. A pesar de que la joven había admitido que nunca antes había montado, se la veía muy natural a lomos del viejo caballo… y muy hermosa. Raf no desaprovechó la oportunidad de admirarla. Tenía unos senos erguidos y redondeados, y contemplándolos el jeque se preguntó cuál sería el color de las areolas. Probablemente de un rosa pálido, o quizá de un tono melocotón claro. De lo que no tenía duda era de que debían

ser exquisitamente suaves, y sólo de imaginar su lengua lamiendo aquellas perfectas circunferencias notó que se estaba excitando, y maldijo para sus adentros por su falta de autocontrol y buen juicio.

Después de unas cuantas vueltas, hizo que Maurice se detuviera y lo llevó al centro del recinto.

—Eso es todo por ahora.

Imogene lo miró disgustada.

—¿Ya está?

—Sí. Después del almuerzo tendremos la siguiente lección. Ya puedes desmontar.

—¿Podrías ayudarme?

Lo cierto era que no se atrevía a hacerlo.

—Estoy seguro de que puedes tú sola.

Imogene se inclinó hacia delante y miró el suelo.

—Esto está muy alto.

—Sólo tienes que pasar la pierna por encima de la silla y deslizarte con cuidado, eso es todo.

—¿No puedes enseñarme cómo? —le pidió Imogene, mirándolo suplicante.

—Vamos, puedes hacerlo tú sola.

—Bueno, tal vez, pero es la primera vez que me bajo de un caballo, y no me vendría mal un poco de ayuda.

No tanto ablandado por sus ruegos como por el deseo de sentirla contra sí, Raf soltó el ronzal y la levantó de la silla tomándola por la cintura. La deslizó hacia abajo lentamente, generando una intensa oleada de calor con la fricción de sus cuerpos, y aun cuando los pies de la joven tocaron el suelo, la retuvo entre sus brazos, sus senos aplastados contra su pecho, sus muslos contra los suyos, su pelvis en íntimo contacto con su creciente erección. Si antes Imogene no había sabido hasta qué punto le afectaba, en ese momento no debía quedarle ninguna duda.

—Gracias —murmuró Imogene, con los ojos fijos en los de él.

Qué fácil sería tomar sus labios, pensó Raf. Sólo tendría que inclinar la cabeza y…

Sin embargo, la llamada de uno de los peones del rancho a otro hizo que recordara que no estaban solos, e inmediatamente soltó a Imogene y dio un paso atrás.

—Voy a llevar a Maurice de vuelta a las cuadras para que lo

laven. Tú vete a la casa. Doris ya debe tener listo el almuerzo. A las cuatro tendremos la siguiente clase.

Imogene frunció el ceño contrariada.

—De acuerdo, pero sigo creyendo que ha sido una lección muy corta.

—Debes tener paciencia.

—El método de «hay que ir despacio» del jeque Shakir, ¿no es eso?

—Exacto.

—Está bien. Haremos las cosas a tu manera —murmuró ella.

—No te arrepentirás.

Imogene lanzó una mirada a su entrepierna, dándole a entender que había notado hasta qué punto la deseaba.

—Eso espero —contestó con una sonrisa lasciva.

Se dio la vuelta y se alejó hacia la casa con un ligero contoneo, dejando a Raf aún más excitado.

Capítulo Tres

—Deje ya eso y suba a cambiarse —le dijo Doris a Imogene, que estaba secando los platos—. Ya acabo yo.

Se habían sentado las dos a ver el culebrón favorito de Doris después del almuerzo, y cuando acabó el episodio, la joven se había ofrecido a ayudarla a fregar.

Raf no había aparecido por la casa, y había comido sola. Tal vez hubiera estado ocupado… o tal vez hubiera preferido almorzar con los peones del rancho en el barracón porque se sintiese incómodo con lo que había ocurrido entre ellos aquella mañana, pensó Imogene pesimista.

—¿Seguro? No es molestia.

—Seguro. Y no se olvide de aplicarse bastante protección solar o se pondrá como un cangrejo. A estas horas el sol quema de lo lindo.

—Lo haré —contestó Imogene con voz cansina.

Se secó las manos, hizo un gesto de despedida, y salió de la cocina.

Momentos después entraba en las cuadras vestida con una camiseta de tirantes, los pantalones de montar, y las botas. Parecía que Raf no estaba allí. Se dirigió al pesebre de Maurice, pero lo encontró vacío. Quizá Raf ya hubiera salido con él, pensó.

Abandonó las cuadras y se dirigió al picadero, comprobando que había estado en los cierto. Maurice estaba atado a un poste pero no estaba ensillado, y Raf estaba cabalgando por el perímetro interior del recinto a lomos de un magnífico caballo. El espectáculo era realmente fascinante: un apuesto hombre de cabello azabache, torso desnudo, y poderosas piernas enfundadas en unos vaqueros gastados, perfectamente sincronizado con la briosa bestia de negro pelaje y negras crines.

Imogene se encaramó en el vallado de madera para admirar la escena, y pasó desapercibida un buen rato hasta que Raf completó la vuelta con el caballo y la vio. Hizo que el animal aminorara el paso y se dirigiera hacia donde estaba hasta detenerse frente a ella.

La miró a los ojos, con el pecho bañado en sudor subiendo y bajando por su agitada respiración.

—Eres un gran jinete —dijo Imogene, casi sin aliento.

Sabía que debería mirarlo a la cara y evitar aquellos aspectos de su físico que lo hacían inequívocamente masculino, como la ancha planicie de sus pectorales, los fuertes hombros, el liso abdomen…, pero le estaba resultando francamente difícil.

Sin apartar sus ojos de los de ella, Raf sacó los pies de los estribos y dejó las piernas colgando. Se inclinó hacia delante y acarició el cuello del caballo.

—Éste es Layl BáHar —le dijo a Imogene—. Significa «mar negro», pero lo llamo BáHar, y no dejo que nadie aparte de mí lo monte.

El tono posesivo de su voz hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Imogene, pero no por temor, sino porque de pronto se lo imaginó declarándola a ella como su propiedad ante otro hombre. Se rió para sus adentros entre avergonzada y contrariada. Por Dios… Que una mujer liberada ansiase que un hombre la tratase como si le perteneciera…

Raf desmontó con una destreza envidiable y enrolló las riendas en torno al pomo de la silla, dándole al animal una orden en su idioma. El caballo se quedó muy quieto, moviendo sólo de vez en cuando la cola.

Raf fue a desatar a Maurice y lo llevó junto a Imogene, que se había bajado de la valla y estaba aguardando expectante.

—Lo sujetaré mientras montas —le dijo Raf.

Imogene lo miró boquiabierta.

—¿Qué? ¿Y qué pasa con la silla?

—Esta tarde montarás a pelo.

Ah, no…. Ni hablar.

—¿Cómo voy a montar sin silla? No tendría donde agarrarme si pierdo el equilibrio —replicó.

—Ésa es la idea: sin silla aprenderás a mantener mejor el equilibrio.

—Pues a mí no me parece que sea una buena idea.

—No te pasará nada. Yo estaré aquí, a tu lado y me aseguraré de que no te pase nada.

Imogene pareció considerarlo un momento, pero no se

convenció.

—¿Sabes? Me da igual tardar un poco más en aprender a mantener el equilibrio. No creo que haga falta que aprenda a montar sin silla.

—Pensaba que habíamos acordado que no cuestionarías mis instrucciones —dijo Raf, empezando a irritarse.

Imogene acarició el morro de Maurice mientras miraba a Raf por el rabillo del ojo.

—Bueno, yo estoy dispuesta a seguirlas… siempre y cuando no corra peligro de romperme la crisma.

Raf le lanzó una mirada fulminante.

—Si me atiendes y haces las cosas tal y como yo te diga, no tiene por qué pasarte nada, así que déjate de melindres y obedece.

Imogene hizo un saludo militar y chocó los talones de sus botas.

—Señor, sí, señor. Disculpe mi impertinencia, señor —le dijo burlona.

Raf resopló y frunció los labios, mirándola con una ceja enarcada.

—Vamos a empezar —farfulló.

Se colocó justo detrás de ella, dejando apenas unos centímetros de distancia, e Imogene, en medio de los latidos acelerados de su corazón, oyó su profunda voz diciéndole:

—Agarra las riendas y yo te ayudaré a subir.

Tan pronto hubo tomado las riendas, Raf le puso las manos en las nalgas y la impulsó hacia arriba, colocándola sobre el lomo cóncavo del animal.

Imogene se sintió totalmente perdida sin estribos donde poner los pies, pero esa preocupación se le olvidó pronto cuando bajó la vista hacia Raf y lo encontró mirándole fijamente el pecho. Sus pezones se endurecieron ante el intenso escrutinio de aquellos ojos grises, y ni la camiseta de tirantes, ni el sujetador deportivo que llevaba debajo, lograron ocultar la evidencia de su excitación. Y, dado que debían estar a más de veintisiete grados centígrados, ni siquiera habría podido echarle la culpa al tiempo.

De hecho, el sol abrasador que incidía sobre sus hombros en ese momento le recordó el consejo de Doris de aplicarse crema que, con las prisas al cambiarse, había olvidado. Sin embargo en ese instante lo que menos la preocupaba era quemarse un poco la piel. Toda su

atención estaba centrada en Raf, que todavía no se había movido, y cuyos ojos estaban fijos en su rostro.

—Primero darás una vuelta sola —le dijo.

Imogene apretó las riendas entre sus manos de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Sola?

—Tranquila. Yo estoy aquí, no va a pasarte nada. Para hacer que Maurice eche a andar todo lo que tienes que hacer es golpearle los costados suavemente con las rodillas abriendo y cerrando las piernas. Inténtalo.

Imogene hizo lo que le decía, y Maurice, sin muchas ganas, dio tres pasos y se paró en seco. Por suerte el animal no iba deprisa, pero la brusca parada hizo que el cuerpo de la joven se proyectara hacia delante, y aunque se le agarró al cuello acabó con la nariz aplastada contra sus crines.

Cuando se irguió, se encontró con Raf justo a su lado.

—Esto no funciona —protestó Imogene frustrada—. Me resbalo.

Raf se quedó observándola un momento, pero no con impaciencia ni con irritación, sino simplemente como considerando algo.

—Tengo una idea mejor —dijo.

Y la levantó por la cintura, bajándola del lomo de Maurice en un abrir y cerrar de ojos.

A Imogene también se le ocurrió una idea mejor cuando se encontró de frente con su pecho desnudo.

—¿Cuál? —farfulló, reprimiendo el deseo de lamer el pezón más cercano.

Hombre parco en palabras, Raf se apartó de ella, le quitó la silla a BáHar, colgándola sobre el vallado, y montó en el bello animal sin esfuerzo. Llamó con un silbido a un hombre entrecano que salía en ese momento de las cuadras.

—Blaylock, llévate a Maurice de vuelta a su pesebre. Ya no lo necesitaremos más por hoy.

—Sí, señor —respondió Blaylock acercándose.

Cuando el hombre se alejaba con el viejo caballo, Raf alzó la vista hacia Imogene.

—Acércate —le dijo en aquel tono que hacía que las rodillas se le volviesen de mantequilla.

La joven obedeció en silencio y, cuando estuvo a su lado, Raf se inclinó, la agarró por debajo del pecho, y la levantó del suelo como si fuera una pluma; la sentó delante de él y deslizó un brazo por su cintura, haciéndola recostarse contra su pecho. Imogene se vio envuelta por el aroma a sándalo de su colonia, y se sintió repentinamente cohibida al sentir sus muslos pegando con los de él y al inundarla el calor de su cuerpo.

—Acabas de quitarme diez años de vida con ese truco —le dijo, con el corazón aún latiéndole a toda prisa por el sobresalto.

—He pensado que de esta manera estarías más tranquila —le dijo Raf—. Y también podré guiarte mejor.

—Creía que habías dicho que no permitías que nadie excepto tú lo montara.

—En tu caso haré una excepción —contestó Raf, deslizando las palmas de las manos por sus brazos desnudos—. Toma las riendas como te he enseñado antes y procura mantenerte relajada. Si te pones nerviosa el caballo lo notará.

—Me temo que ya lo estoy —balbució ella, tragando saliva.

—Pues no tienes por qué estarlo. Estoy aquí para asegurarme de que no te pase nada y para enseñarte —le dijo Raf, rozándole la oreja con el aliento.

Imogene hizo lo que le decía.

—¿Así?

—Eso es. Ahora agárrate bien con las piernas a su cuerpo.

El problema era que Imogene se notaba las piernas temblonas.

Raf deslizó la mano libre hacia el costado de su muslo izquierdo.

—Más fuerte.

Imogene no pudo evitar imaginarse haciendo el amor con él, y a ella diciéndole eso. Con el corazón latiéndole como si fuera a salírsele del pecho, trató de ignorar la mano de Raf en su muslo y de concentrarse en sus indicaciones y apretar las piernas contra el cuerpo de BáHar con más fuerza.

—Mejor —dijo Raf—. Ahora golpéale suavemente con los talones para que empiece a andar.

Para sorpresa de Imogene el animal respondió con mucha más diligencia que Maurice, y dio unos cuantos pasos antes de iniciar un ligero trote, como si quisiera correr.

—Háblale —murmuró Raf—. Eso hará que vaya más despacio.

—Calma, chico, no vayas tan deprisa… —le dijo Imogene al caballo, y de nuevo, sorprendentemente, la obedeció.

Recorrieron el recinto en círculos a un paso relajado, e Imogene sintió deseos de recostarse contra Raf y cerrar los ojos, pero se recordó que debía concentrarse en la lección.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

—Continuaremos haciendo esto algunos días antes de pasar al próximo nivel.

—¿Cuántos?

—Hasta que vea que estás preparada para pasar de nivel —respondió él, ignorando su impaciencia.

Bajó la mano derecha del abdomen al vientre de la joven, dibujando círculos sobre el pantalón con el pulgar, y a Imogene se le cortó el aliento.

—Relaja las caderas y sigue el movimiento del caballo.

Imogene sólo podía seguir el movimiento de su dedo.

—B-bien.

—Si quieres que se detenga, sólo tienes que tirar un poco de las riendas. Sólo un poco. Tiene una boca muy sensible.

—Una boca muy sensible, ¿eh? —repitió Imogene.

Giró la cabeza para mirar a Raf, y sus rostros quedaron tan cerca el uno del otro que podía ver cada detalle de sus sensuales labios. Con sólo girarse un poco en la silla podría incluso besarlo.

—Deberías probar —le dijo Raf.

¿Le estaba dando permiso?

—¿Tú crees?

—Así verás lo fácil que es hacer que se detenga.

Diablos, se refería al caballo.

Imogene tiró suavemente de las riendas, como le había dicho, y el animal se detuvo. Después lo espoleó ligeramente con los talones para que comenzara a andar de nuevo, y el caballo respondió. Tras unos cuantos pasos volvió a tirar de las riendas y BáHar se paró. Lo espoleó otra vez y echó a andar de nuevo.

—Qué bien entrenado está —dijo impresionada—. Es mucho más obediente que Maurice.

—Lo estás haciendo bien, Genie —le susurró Raf—, muy bien.

Sin poder reprimirse, Imogene recostó la cabeza contra su hombro.

—¿De verdad? —inquirió con voz débil.

¿Qué magia ejercía Raf sobre ella para que se sintiese como si de pronto todos los huesos de su cuerpo se hubiesen convertido en gelatina?

El jeque apoyó su mejilla contra la de ella, e introdujo los dedos por debajo del dobladillo de la camiseta, rozando su piel.

—Aprendes rápido.

—Entonces, ¿podemos pasar ya al siguiente nivel? —inquirió Imogene tragando saliva.

El contacto de los dedos de Raf con su piel estaba haciéndola sentir temblorosa y llenándola de deseo.

Raf pasó la yema del pulgar por encima de la cinturilla del pantalón, hacia atrás y hacia delante, a un ritmo hipnotizador.

—Como te he dicho antes, iremos poco a poco.

—Ya veo.

Los dedos de Raf continuaron dibujando caprichosos arabescos sobre su estómago, descendiendo peligrosamente hacia la cinturilla del pantalón, y a Imogene se le cortó la respiración cuando notó que jugueteaban con el botón sobre la cremallera. Debería poner fin a aquello antes de que fuera más lejos, debería preguntarle qué estaba haciendo, no debería querer que siguiera… pero lo cierto era que quería.

Y entonces, de repente, Raf sacó la mano de debajo de su camiseta y le quitó las riendas. Hizo que BáHar se detuviera junto a la puerta del picadero, y desmontó.

Imogene se quedó mirándolo contrariada desde lo alto.

—¿Ya hemos acabado? —inquirió, su voz impregnada de frustración y decepción.

—Por hoy —contestó él.

La agarró por la cintura para bajarla, pero esa vez no la deslizó contra su cuerpo, sino que la depositó en el suelo, a un lado, como si fuera un saco de patatas, para a continuación tomar las riendas de BáHar y salir del recinto con él sin volver la vista atrás ni una vez.

Imogene se quedó allí de pie un buen rato, sintiendo la irritación transpirar por todos los poros de su cuerpo, igual que el sudor que se había formado en su espalda por el contacto con el pecho de Raf. Estaba enfadada, sí, enfadada porque era cruel que la hubiese

excitado de aquel modo para luego dejarla insatisfecha, y enfadada porque Raf sabía cuánto lo deseaba y parecía estar jugando con ella.

Apretando el paso lo alcanzó cuando acababa de entrar en las cuadras.

—Llévatelo y lávalo —le estaba diciendo a Blaylock, entregándole las riendas de BáHar—. Y dale una ración extra de heno como recompensa.

Mientras el hombre se alejaba con el animal por el pasillo de las enormes cuadras, Raf tomó su camisa, que había dejado colgada sobre la puerta de un pesebre vacío, y se la puso.

—¿Y yo?, ¿no me merezco algún tipo de recompensa por ser una buena alumna? —le preguntó Imogene, apoyando un hombro en uno de los postes del pesebre opuesto.

Raf se volvió hacia ella con una sonrisa que la pilló desprevenida.

—Pues… de hecho hay algo que quiero enseñarte.

Aquello sonaba prometedor.

—¿De qué se trata?

Raf señaló con la cabeza la entrada de las cuadras.

—Acompáñame.

Salieron de las cuadras y entraron en el pequeño edificio donde Raf tenía su despacho. Una vez allí, Raf cerró la puerta detrás de ellos, y la joven se quedó de pie en medio de la habitación, expectante. Sin embargo, para su sorpresa, Raf rodeó el escritorio y sacó una carpeta de un cajón.

—Quería hablar contigo de negocios.

La expectación de Imogene se desinfló como un globo. ¿Quería hablar de negocios? Qué tonta había sido. Por supuesto que quería hablar de negocios. Al fin y al cabo, parte del trato cuando había accedido a darle clases había sido que ella le daría su opinión como asesora financiera sobre un negocio de inversión en el que estaba pensando embarcarse. Sin embargo, el recordarse aquello no disminuyó su decepción.

—Oh. Claro —musitó.

Se dirigió al escritorio, tomó asiento en la silla que había frente a él, y Raf, de pie al otro lado, empujó la carpeta abierta hacia ella.

—Ésta es una lista de las personas que estarían interesadas en comprar acciones de BáHar. Con ellas se repartirían los beneficios

por cada cría que engendre. También correrían con parte de los gastos, y les concedería dos fecundaciones gratis por año siempre que las yeguas que traigan sean de calidad.

Imogene le echó un vistazo a los papeles que tenía delante. Allí figuraban algunas de las personas más ricas de Savannah.

—Me suenan unos cuantos de estos nombres —murmuró—. Son todos gente de mucho dinero. ¿Cuánto les costaría cada acción?

—Treinta mil dólares. Sólo pienso vender veinte.

—¿Tanto vale BáHar?

—Vale más que eso, contando con las acciones que retendré —contestó él.

Imogene dejó escapar un silbido.

—Vaya. Parece un buen negocio desde luego. Claro que, para serte sincera, nunca he asesorado a nadie sobre algo así. No entiendo nada de caballos. Si quieres podría preguntar a…

—Me fío de tu opinión —la interrumpió él—. Y estoy dispuesto a dejar que la asesoría para la que trabajas se encargue de los detalles y de la gestión de los fondos.

Sid estaría encantado cuando se lo dijera.

—De acuerdo. Como voy a estar aquí tres semanas podemos hablar otro día más a fondo sobre ello, y discutir los detalles, y si no te corre prisa, lo pondremos en marcha el mes próximo, cuando haya acabado las clases y haya vuelto al trabajo.

Por primera vez en su vida no quería volver al trabajo.

Raf se inclinó hacia delante, las palmas apoyadas sobre la mesa, y la camisa abierta, ofreciendo a Imogene un primer plano de su pecho desnudo.

—Como se suele decir, la prisa no es buena consejera, y en según qué cosas lo mejor es practicar la paciencia.

—Bueno, desde luego es cierto que no hay que precipitarse en los negocios —asintió ella, tragando saliva.

Los ojos de Raf, fijos en los de ella, se oscurecieron, y la joven sintió que el pulso se le disparaba.

—No sólo en los negocios —dijo el jeque—. También hay otras cosas que deben… saborearse.

Imogene se estremeció ligeramente.

—¿Qué… qué otras cosas?

—Cosas que no tienen nada que ver con los negocios.

Imogene, sin ser consciente siquiera de lo que estaba haciendo, se incorporó y se inclinó también sobre la mesa. Sus manos casi se tocaban, y sus rostros estaban sólo a unos centímetros el uno del otro.

—No me vendría mal algún ejemplo… —murmuró—… para entender mejor a qué te refieres.

—¿Estás segura? —inquirió él con voz ronca, bajando la vista a sus labios.

—Sí, muy segura.

Una mano de Raf le rodeó el cuello, acercando su cabeza un poco más a la de él, y depositó un beso en su frente.

—A eso es a lo que me refiero —susurró—. Y a esto —añadió besándola levemente en la mejilla—. Y a esto… —le dio un beso en la otra.

No era un mal comienzo, pensó Imogene, nada malo, pero Raf no había acabado. De hecho, no había hecho más que empezar.

—Y, por supuesto, a esto… —añadió.

Aquella vez, cuando inclinó la cabeza, la besó en los labios, haciéndolo de un modo sensual, introduciendo la lengua entre sus labios lo justo para tentarla. Imogene sintió que una ráfaga de calor invadía su pecho, para irse extendiendo por todo su cuerpo hasta alcanzar el lugar más íntimo de su cuerpo.

Raf incrementó la presión de sus labios, haciendo el beso más profundo, pero sólo un poco… lo bastante, eso sí, para que Imogene considerara la posibilidad de subirse encima de la mesa y lanzarse sobre él. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Raf se apartó, dando por finalizado el beso, y se irguió.

—Me marcho. Tenemos un potro enfermo y el veterinario debe estar a punto de llegar —le dijo en un tono sorprendentemente formal, considerando lo que acababa de suceder—. Doris sirve la cena a las siete Te sugiero que no llegues tarde; es capaz de dejarte sin comer.

Imogene se sentía como si le hubiese arrojado un cubo de agua fría a la cara. Se apartó de la mesa y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Vas a irte así?

Él rodeó la mesa muy tranquilo y le dio la espalda, para dirigirse a la puerta, pero a Imogene no le pasó desapercibida la sonrisa maliciosa que se había dibujado en sus labios. Maldito Raf…

—¿Vas a irte así, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros? —insistió Imogene.

Raf se volvió hacia ella con la mano en el picaporte.

—¿Qué crees que ha pasado exactamente entre nosotros, Genie? —inquirió.

—Que me has besado, y no ha sido precisamente un beso inocente, además.

—Y no será el último.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy. Y tú sabes tan bien como yo que volverá a ocurrir.

Si no sintiera hacia él la atracción que sentía, Imogene habría pensado que era un engreído.

—¿Y si yo no quiero que vuelva a ocurrir?

Raf entornó los ojos y a sus labios asomó una sonrisa insolente.

—No tienes elección.

«¡Será machista!», pensó Imogene.

—¿Ah, no? ¿No te parece que esa es una actitud un tanto retrógrada? Estamos en el siglo veintiuno, y hoy día las mujeres decidimos lo que queremos de un hombre y cuándo lo queremos y cómo…

Raf la interrumpió con otro beso, éste tan ardiente, que Imogene estaba segura de que su cabello liso debía haberse rizado. Mientras la besaba, las manos de Raf le rodearon la cintura, atrayéndola hacia sí, y descendieron a sus nalgas para apretarla contra su pelvis.

Los besos del jeque eran tan embriagadores como el champán, e Imogene se empezó a notar la cabeza tan mareada, que estaba convencida de que, si no fuera porque la tenía sujeta firmemente contra él, se habría tambaleado.

Sin embargo, finalmente Raf puso fin al beso, despegando sus labios de los de ella y dando un paso atrás.

Imogene se irguió.

—Supongo que has hecho eso para demostrar que tienes tus razones para estar tan seguro de ti mismo, ¿no es así?

—En realidad es sólo que he llegado a la conclusión de que la única manera de conseguir callarte es ocupar tu boca en otra tarea.

—¿Y crees que eso va a disuadirme de decir lo que pienso?

—No, pero seguiré imponiéndote silencio cada vez que me parezca oportuno.

Imogene deslizó un dedo desde su esternón hasta el ombligo, sintiendo los músculos replegarse a su paso.

—¿Sabes qué? Me da la impresión de que el jeque no tiene tanto control sobre sí mismo como asegura.

Raf le agarró la mano, la giró y se llevó la palma a los labios, imprimiendo en ella un beso que acabó con un lengüetazo en la muñeca.

—Te equivocas, Genie. Cuando quiero algo de veras, puedo tener mucho autocontrol.

Imogene no quería sentirse excitada, pero se notaba un cosquilleo en el vientre, y cómo el calor le estaba subiendo a las mejillas.

—¿Qué es lo que quieres, Raf?

—A ti.

Aquellas dos palabras le robaron el aliento y el corazón se le desbocó.

—Y crees que vas a tenerme, ¿no es eso?

—Sí, pero iremos poco a poco.

Aquello no era lo que quería Imogene. Ella quería que la hiciera suya allí mismo, en ese momento, que le hiciera el amor salvajemente.

—¿Poco a poco?

—Sí, y te aseguro que la espera merecerá la pena.

Raf abandonó la habitación, y la joven perdió por completo la compostura que había estado manteniendo hasta ese momento. Iba a hacerla esperar… ¿pero cuánto? No estaba segura de poder resistir mucho más tiempo sin perder la cordura.

Y no era la única. Raf también dudaba que pudiera resistir mucho más. Incluso verla tomar un sorbo de agua mientras esperaban a que Doris les sirviera la cena estaba haciendo que quisiera arrancarla de la silla y llevarla a su dormitorio.

—Aquí está la comida —anunció Doris.

Colocó un plato frente a Raf y otro frente a Imogene, que la miró como si hubiera puesto frente a ella un tesoro.

—¡Cocido Beaufort! —exclamó con los ojos muy abiertos y una amplia sonrisa—. Doris, ¿cómo has sabido que es mi plato favorito?

—No lo sabía —replicó la mujer riéndose—, pero las buenas chicas sureñas aprecian nuestra gastronomía… no como otros que yo me sé… —añadió en un tono mordaz, mirando a su patrón—. Es muy melindroso con la comida. Sólo le gustan tres o cuatro platos… entre ellos ese estofado de pollo que le he servido y que me hace cocinarle día sí, día no, y el de en medio. En mi vida he visto una cosa más seca. No sé cómo puede tragárselo. Ni siquiera le gusta el pan de maíz, imagínese.

Imogene se llevó una mano al pecho y miró a Doris boquiabierta, fingiendo asombro.

—¿Que no…? ¡Eso es casi pecado! —le dijo—. ¿A quién no le gusta el pan de maíz?

—A mí, para empezar —farfulló Raf, intentando cortar un trozo de pollo.

No le extrañaría nada que Doris lo hubiese dejado en el horno más tiempo de la cuenta para demostrar que tenía razón en lo seco que era.

—En fin, que disfruten de la cena —les deseó la mujer—. Aquí le dejo unas cuantas servilletas de papel, encanto —le dijo a Imogene, colocándoselas al lado—, así que no tema usar los dedos.

—Lo haré, gracias —contestó la joven riéndose—. ¡Qué mujer!, es todo un carácter —le dijo a Raf cuando hubo salido del comedor —. Tienes suerte de tenerla; no creo que se encuentren empleadas del hogar como ella todos los días.

—Bueno, es limpia y eficiente, pero tiene la lengua muy afilada y su forma de cocinar no acaba de convencerme.

—Lo he oído —dijo Doris desde la cocina.

Imogene se rió.

—Y también es capaz de oír a veinte metros de distancia —farfulló Raf.

Imogene abrió una servilleta de papel, se la remetió por el cuello de la blusa, y se dispuso a atacar su plato.

—¿Quieres una? —le preguntó a Raf, ofreciéndole una gamba.

Él la miró con desdén.

—No me gusta demasiado el marisco.

Tomándose su tiempo, Imogene empezó a pelar la gamba, y Raf se encontró imaginándose a sí mismo quitándole la ropa.

—¿Seguro que no quieres? Están deliciosas.

—Me alegro por ellas, pero no tengo el más mínimo deseo de probarlas.

En cambio se moría por volver a probar sus labios. En un intento por apartar esos pensamientos de su mente, Raf se concentró en su comida, tomando un bocado de la seca carne de pollo sin saborearlo en absoluto…. y no porque Doris no lo hubiera sazonado, como de costumbre, con todo tipo de especias. Al cabo de un rato se sorprendió mirando a Imogene de nuevo, que en ese momento estaba mojando una gamba pelada en la espesa salsa que acompañaba al plato. Se la llevó a la boca, y se lamió los labios emitiendo un «mmm» de lo más elocuente.

—Buenísimas —murmuró tomando otra y empezando a pelarla aún más despacio—. Como dijiste antes, hay cosas que deben saborearse.

Raf fingió estar muy ocupado con su propio plato, pero siguió lanzándole miradas de cuando en cuando.

—Espero que tu habitación esté a tu gusto —dijo, tratando de entablar conversación para distraerse.

—Oh, sí. La cama es muy cómoda, y anoche dormí como un bebé

—Me alegra oír eso.

—Sí, bueno, la verdad es que estaba tan cansada que no creo que me hubiera despertado ni un tren de mercancías —murmuró ella secándose la boca con una servilleta—. Aunque pasé un poco de calor y acabé con todas las sábanas revueltas y la colcha en el suelo.

Raf no pudo evitar imaginársela en medio de un montón de sábanas revueltas, y a él también empezó a entrarle calor.

—Si quieres ajustar la temperatura el termostato está en el vestíbulo.

—Ah, pues gracias por decírmelo. Luego iré a bajarlo un poco, porque hoy ha hecho más calor y si no lo bajo esta noche acabaré durmiendo desnuda.

Raf casi se atragantó con el sorbo de agua que estaba tomando. Si no se levantaba pronto y se marchaba, corría el riesgo de mandar al diablo su intención de llevar las cosas poco a poco con ella. Inspirando profundamente, empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Bueno, me voy a la cama —farfulló—. Que pases buena

noche.

Imogene alzó la vista hacia él.

—¿Ya te vas? Pensaba que a lo mejor querías que habláramos un poco más a fondo de lo que me estuviste comentando en tu despacho.

Si seguía allí mucho rato Raf dudaba que lo que hicieran fuera hablar.

—Otro día. Y tú también deberías acostarte temprano. Mañana a las ocho en punto te estaré esperando en las cuadras.

—Usted manda, profesor.

—Y ponte una camisa de manga larga.

—Hace demasiado calor para llevar manga larga —protestó ella.

—¿Prefieres quemarte? Tienes la piel enrojecida.

Imogene extendió los brazos y se los miró.

—No es nada —replicó—. Dentro de un par de días se convertirá en moreno —alzó el rostro hacia él y bajó los brazos—. No todos hemos sido bendecidos con una piel resistente al sol.

Tal vez, pensó Raf, pero ella en cambio había sido bendecida con los ojos más hermosos que había visto jamás, y el cuerpo más tentador, y… Y sería mejor que se fuese de una vez.

—De todos modos insisto en que deberías ponerte una camisa de manga larga. Si acabas quemándote te escocerá, y no podrás concentrarte en las clases.

Imogene apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—¿Sigue en pie tu ofrecimiento? —inquirió ella de repente.

—¿Qué ofrecimiento?

—El de que te llame por el intercomunicador si necesito algo durante la noche.

Raf no lo había olvidado, aunque tenía la esperanza de que ella sí, porque aquello supondría un calvario para él, habiéndose propuesto como se había propuesto ir poco a poco.

—Claro. Si tienes una emergencia no tienes más que llamarme.

—¿Qué se considera como una emergencia?

—Eso te lo dejo a ti.

Y antes de que olvidara su intención de ser paciente, Raf se volvió y salió del comedor.

Ya en su habitación se desvistió y se dio una larga ducha fría, aunque no le sirvió de mucho.

Tendido en su cama, desnudo, se sintió como si estuviera en su país natal de nuevo, con el calor sofocante del desierto. Tenía la boca seca, en contraste con el sudor que cubría todo su cuerpo, y estaba más excitado de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Con un brazo sobre los ojos, deslizó la palma de la mano por su pecho deteniéndola encima del ombligo, respirando acompasadamente en un intento por recobrar el control sobre sí mismo. Aquella vez las cosas serían distintas, se prometió. Aquella vez la mujer a la que deseaba acudiría a él por su propia voluntad. Sin embargo, aquella ocasión sería distinta en dos cosas: no habría lazos sentimentales ni conyugales de por medio. No, no volvería a casarse aunque le hubiera prometido que sí lo haría a su hermano menor, Darin, que había pasado años viajando por el mundo trabajando como rastreador para el ejército después de haber perdido a su prometida. De hecho, si se lo había prometido había sido sólo para que siguiese adelante con su vida… y lo había hecho, contrayendo matrimonio dos meses atrás con una mujer a la que había conocido en una misión como miembro del hermético Club de Ganaderos de Texas.

Raf, en cambio, no creía que pudiera volver a casarse. En cambio, no era contrario a la idea de encontrar a una mujer atractiva e inteligente que como él no buscase un compromiso, una mujer que fuese para él un puerto seguro. Tal vez Imogene Danforth pudiera ser esa mujer.

Capítulo Cuatro

—Llámame, Danforth, es una emergencia.

Después de oír el mensaje de voz que Sid le había dejado en el móvil, Imogene cerró el aparato y se dejó caer en la cama. Para Sid Carver hasta el café frío era una emergencia. ¿Qué tripa se le habría roto? Seguramente se trataría de alguna estupidez. Miró el reloj despertador de la mesilla. Las once de la noche. En fin, poco podría hacer ella para resolver nada a esas horas, se dijo. Lo llamaría por la mañana. O, mejor pensado, esperaría a que él volviera a llamarla. Con un poco de suerte quizá se resolvería el problema que tuviese y no la importunaría de nuevo.

De cualquier modo, por si acaso, lo mejor sería llevarse el móvil consigo a su clase de equitación la mañana siguiente. Si Sid volviera a llamarla y le saltara otra vez el contestador, se pondría furioso.

Y hablando de llamar… Ya era hora de que llamase a sus padres. Debían estar preocupados por ella. Aunque se había independizado hacía tiempo, todos los domingos la familia entera se reunía para verse cada semana, pero el día anterior ella había faltado a la cita, y aún no había telefoneado para excusarse por ello.

Volvió a abrir el móvil y buscó en la agenda el número de casa de sus padres. Después de cuatro tonos, su madre finalmente contestó a la llamada.

—¿Diga?

—Hola, mamá, soy yo.

—Genie, cariño, ¿qué te pasó ayer? No llamaste para avisar de que no vendrías y nos has tenido preocupados.

—Lo siento. ¿Estabais durmiendo ya?, ¿os he despertado?

—No, no. En realidad acabamos de entrar por la puerta. Venimos de un cóctel que había organizado tu tío Abe para recaudar fondos para la campaña.

—¿Y cómo ha ido?

—Oh, bien, bien. Increíblemente, nadie mencionó nada de lo de tu primo Marcus.

Imogene frunció el entrecejo. Sólo había estado fuera dos días y ya estaba desfasada con las noticias.

—¿Qué pasa con Marcus?

—¿No te has enterado? La policía lo llamó esta mañana para interrogarlo. Piensan que puede estar implicado en la explosión que hubo en las oficinas de Danforth & Danforth, que tiene algún tipo de relación con el cártel colombiano. ¿Te lo imaginas? —contestó su madre con una risa incrédula.

Imogene lo imaginaba perfectamente. Había mucha gente interesada en sepultar la campaña de su tío Abraham. No le sorprendería que detrás de todo aquello estuviera su oponente, John van Gelder.

—No creo que nadie se trague eso, mamá. Por favor, si Marcus es el abogado de la compañía… Desde que se licenció en la facultad de Derecho se ha dedicado ha defender los intereses del negocio familiar.

—Lo sé, cariño. Todos pensamos lo mismo, y espero que esto se aclare pronto y que se desmientan esos absurdos rumores. Abraham ya tiene bastante con lo que lidiar sin encima añadirle esto.

Por su propia elección, pensó Imogene, pero no lo dijo. Si no se hubiera presentado a las elecciones los medios de comunicación no estarían atacándolo como lobos hambrientos.

—Yo también lo espero —respondió—, pero si os llamaba era para deciros dónde estoy, por si necesitáis localizarme.

—¿No estás en la ciudad?

—No. Bueno, estoy a unos ochenta kilómetros al noroeste, en un rancho de caballos.

—¡Un rancho de caballos! —repitió su madre perpleja—. Es el último lugar del mundo donde te imaginaría. ¿Y qué se te ha perdido a ti en un rancho?

—Aprender a montar, por increíble que te parezca.

—Virgen santa… Espero que estés teniendo cuidado.

—Mamá, por favor, Toby monta a caballo y nunca te he oído decirle que tenga cuidado.

—Eso es distinto. Tu hermano es…

—¿Un hombre?

—No, ranchero. Sabe lo que hace. Sé lo que estás pensando, y no es que sea demasiado protectora contigo, Genie; es sólo que no

quiero que tengas un accidente. No podría soportar perder…

La voz de su madre se quebró, pero Imogene sabía perfectamente lo que iba a decir: no podría soportar perder a otra hija.

Imogene sintió una punzada de culpabilidad, recordando la desaparición de Tori, pero inspiró profundamente, para apartar esos oscuros pensamientos de su mente.

—No tienes por qué preocuparte, mamá; estaré bien. Mi instructor sabe lo que hace, y además estamos yendo muy despacio.

Demasiado despacio para su gusto.

—Y el sitio es precioso, te encantaría —continuó, al ver que su madre no decía nada—. Sobre todo la decoración de la casa: hay un montón de antigüedades, y mi habitación es increíble. Además, Raf es un profesor excelente. Es paciente y comprensivo…

Bueno, quizá no tan comprensivo.

—¿Raf? —repitió su madre maliciosa—. ¿Lo llamas por el nombre de pila? Vaya, vaya… ¿no será que está surgiendo un romance entre vosotros?

—¡Mamá! —exclamó Imogene, echándose a reír. Era incorregible—. Siento decepcionarte, pero no tiene madera de marido, si es lo que estás pensando.

—Pues es una lástima —replicó su madre—. Pero me alegra oírte reír, Genie. No lo haces muy a menudo.

—No es verdad. Claro que me río —protestó Imogene—. Bueno, quizás no demasiado, pero tampoco soy la estirada que todo el mundo cree que soy.

—No quería decir eso, cariño. Es sólo que… bueno, que creo que necesitas hacer otras cosas aparte de trabajar sin parar. No recuerdo cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones.

Imogene suspiró. Había oído aquel sermón unas mil veces.

—Lo sé, lo sé… Pero no es culpa mía que mi profesión sea tan absorbente.

—Lo comprendo, hija, pero deberías divertirte un poco, para variar, tomarte unos días de descanso.

—Bueno, ya lo estoy haciendo, ¿no? —contestó Imogene algo irritada—. Lo estoy pasando muy bien aquí en el rancho.

Si la tortura a la que la estaba sometiendo Raf podía considerarse pasarlo bien.

—Y yo me alegro de oírlo, cariño. No te enfades; sólo me preocupo por ti —respondió su madre, afectuosa. Imogene oyó un tono en el teléfono—. Oh, está sonando la llamada en espera. Te dejo, hija. Cuídate mucho.

—Vosotros también —farfulló Imogene—. Y dale un beso a papá de mi parte.

—Lo haré. Diviértete.

Imogene colgó y apagó el móvil, sintiéndose todavía algo molesta por la regañina de su madre… en parte porque sabía que lo que decía era verdad.

Con un suspiro, se bajó de la cama, abrió las puertas del balcón de par en par y salió fuera. Se desató el cinturón de la bata de seda, dejando que el aire fresco soplara sobre su piel. Sin embargo, la ligera brisa hizo poco por aliviar las quemaduras que le había provocado el sol, y tampoco consiguió disminuir su mal humor.

No le vendría mal algo de compañía, se dijo, pero probablemente no sucedería, al menos esa noche, así que no tenía sentido hacerse esperanzas. Volvió dentro y se dirigió a la cómoda, sobre la que Doris le había dejado una jarra de un mejunje casero para las quemaduras del sol. Imogene le quitó la tapa y olisqueó el contenido, esperando que desprendiese un pestazo desagradable, pero para su sorpresa tenía un olor agradable, como a limón.

Puso la jarra sobre la mesilla de noche, se quitó la bata, y se sentó en la cama, para a continuación echarse un poco de aquella loción en la mano. Mientras se frotaba los brazos con ella no pudo evitar recordar cómo se los había acariciado Raf durante la clase de aquella tarde, a lomos de BáHar. De pronto se lo imaginó aplicándole él la loción de Doris por todo el cuerpo, y pensó: «¿por qué no?». Podía pedírselo. Después de todo su madre le había dicho que se divirtiera, ¿no?, se dijo con una sonrisa malévola.

—Raf, si no estás dormido, no me vendría mal tu ayuda.

Raf miró el intercomunicador desde la cama, donde estaba tumbado ojeando una revista de economía. Incapaz de conciliar el sueño porque no podía dejar de pensar en ella, finalmente se había puesto a leer.

Se levantó de la cama y fue junto al intercomunicador,

apretando el botón.

—¿Qué necesitas?

—Sé que me dijiste que te llamara sólo en caso de emergencia, pero es que tengo la espalda muy quemada y como no me llego bien para ponerme la loción que me ha preparado Doris, pensé que quizá no te importaría echarme una mano.

Raf tragó saliva.

—Enseguida estoy ahí.

No se molestó en ponerse la camisa del pijama. Después de todo ella ya lo había visto desnudo de cintura para arriba un par de veces. Esperaba que lo que tuviera puesto no fuera muy sexy, porque de lo contrario corría peligro de mandar la paciencia a paseo y abandonarse al deseo.

Llamó a la puerta de Imogene con los nudillos suavemente, y sólo pasaron unos segundos antes de que se abriera. Imogene estaba vestida, aunque lo que llevaba puesto no era precisamente recatado. La corta bata de seda de color marfil estaba abierta, dejando entrever un fino salto de cama a juego y también de seda, que le llegaba a la mitad del muslo. El escote no era lo suficientemente bajo como para dejar a la vista siquiera un atisbo de sus senos, pero llevaba una pieza de encaje, a través de la cuál se transparentaba la tonalidad de las areolas… sonrosadas, tal y como había imaginado.

La piel que estaba por encima del pecho estaba visiblemente enrojecida, y también la nariz, aunque aquello no le restaba ni un ápice de atractivo.

—Pasa —le dijo Imogene, abriendo la puerta un poco más—. Te agradezco que hayas venido. No sabes cómo me escuece…

Se dirigió hacia la cómoda, sobre la que había dejado la jarra.

—Doris me ha asegurado que si me pongo un poco de esto mañana estaré como nueva —dijo quitándole la tapa.

Raf la tomó, y la joven regresó junto a la cómoda para dejar la tapa, dejando caer a continuación la bata al suelo, donde quedó, hecha un remolino de seda. Los ojos de Raf descendieron por su figura, yendo a posarse en la curva de sus nalgas, que se marcaba bajo la fina tela del salto de cama.

Imogene se giró de nuevo hacia él.

—¿Dónde lo hacemos?

Raf tragó saliva.

—¿Perdón?

—Me refiero a que dónde quieres que me ponga —aclaró ella divertida. Señaló la alfombra que había al lado de la cama—. ¿Qué tal si me siento ahí?

Se sentara donde se sentara, Raf estaba seguro de que no podría ignorar el calor que se estaba acumulando en su interior. Al menos no había sugerido la cama.

—Bueno, no sé. ¿Por qué no te sientas mejor en el sofá, o en la banqueta de la coqueta?

—¿Qué tiene de malo la alfombra? —insistió Imogene—. Desde el día en que llegué he querido comprobar si es tan suave como parece.

Él había pensado lo mismo una docena de veces sobre su piel.

—En fin, si es lo que quieres, en la alfombra —claudicó.

Con una sonrisa de satisfacción, Imogene se sentó en la alfombra con las piernas flexionadas frente a ella. Raf se sentó en el borde de la cama, detrás de ella, y vertió un poco de loción en su mano antes de depositar la jarra sobre la mesilla. Imogene se bajó los tirantes e inclinó la cabeza hacia delante, para facilitarle a Raf el acceso al cuello y los hombros, que habían sufrido la peor parte por la prolongada exposición al sol.

Él vaciló un instante, sabiendo que cuando la tocara mantener el control sobre sí mismo le sería mucho más difícil.

—¿Ocurre algo? —inquirió ella en un tono casi burlón, como si supiera exactamente el tormento por el que estaba haciéndole pasar.

Y probablemente lo supiera.

—Tengo las manos callosas —farfulló Raf—. No querría hacerte daño.

—Confío en ti. Sé que serás cuidadoso.

Si supiera que lo que en realidad quería hacer en ese momento era arrancarle el salto de cama, quizá no confiaría tanto en él, se dijo Raf. Sin embargo, decidido como estaba a ser paciente y llevar las cosas despacio, fue extremadamente cuidadoso cuando le untó la loción en los hombros y empezó a extenderla. La piel de Imogene era increíblemente suave, y mientras las palmas de sus manos la recorrían se dio cuenta de cuánto había echado de menos el tacto de una mujer, el aroma de sus cabellos, la fragilidad de su figura en

contraste con la suya… Recuerdos de otra mujer lo asaltaron, recuerdos amargos de una relación que había comenzado con rencor y había terminado en tragedia.

Raf apartó esos pensamientos de su mente y se concentró en lo que estaba haciendo, en la mujer a la que deseaba como no recordaba haber deseado a ninguna otra en su vida.

Imogene había levantado un poco la cabeza y estaba mirándolo en el reflejo de los espejos que cubrían la pared.

—¿Sabes? Creo que te resultaría más fácil si te sentaras aquí en la alfombra conmigo —le dijo.

Raf lo consideró en silencio mientras continuaba extendiendo la loción.

Se bajó de la cama, deslizándose hasta quedar sentado en la alfombra con las piernas flexionadas a ambos lados de las de ella, y aplicó otro poco de loción en el centro de su pecho, justo bajo la garganta, descendiendo en círculos, pero muy despacio.

Alzó la vista hacia el espejo, buscando los ojos de Imogene, y vio en ellos deseo. La joven entreabrió los labios, y su pecho comenzó a subir y bajar agitadamente cuando sus dedos se fueron acercando al escote. Luego, sin apartar la mirada del reflejo de ambos, Raf inclinó la cabeza para besarla en el cuello, y pareció que Imogene se quedara sin respiración.

—Eres preciosa —murmuró Raf, masajeando ligeramente sus senos a través de la seda del salto de cama.

—Gracias —murmuró Imogene.

Sin embargo, Raf vio la vacilación en sus ojos, y aquello lo hizo detenerse. Aunque desde el momento en que se conocieron ella se había mostrado muy audaz y aquello lo había atraído, esa repentina vulnerabilidad le provocó un sentimiento de ternura hacia ella.

Comprendía muy bien por qué le había ocultado ese lado suyo. Él también tenía un lado débil, vulnerable, y había aprendido hacía tiempo que era preferible no mostrarlo a la gente, ya que podían intentar aprovecharse. Sin embargo, no podía imaginar qué habría causado esa inseguridad en una mujer como Imogene, o quién la habría causado. Lo único que sabía era que quería mostrarle que esa inseguridad no tenía razón de ser.

Cuando Imogene echó la cabeza hacia atrás, recostándola contra su pecho, Raf inclinó la suya y tomó su boca, explorándola con la

lengua mientras seguía estimulando sus senos.

Paladeó el deseo de la joven mezclándose con el suyo, lo sintió en el modo en que le rodeó el cuello con una mano, atrayendo su cabeza más hacia la de ella, haciendo que su lengua penetrara más hondo en su cálida boca.

Al cabo de unos segundos Raf interrumpió el beso y le susurró:

—Gira el rostro hacia el espejo.

Le bajó lentamente el salto de cama, dejando al descubierto sus senos, y los exploró con experimentados dedos mientras apretaba sus muslos entre los suyos. Estaba seguro de que si la tocara allí abajo la encontraría húmeda, pero esa noche no lo haría, no iría más allá de lo que estaba yendo. Aquello sólo sería un preludio y, cuando finalmente hicieran el amor, Imogene estaría al límite de su deseo, igual que él. Extraería las facetas más sensuales de su ser, y cuando la hiciera suya sería porque ella lo quisiera.

Pero para ello tenía que dejarla ya. Sin embargo, estaba tan hermosa que el pensamiento de marcharse en ese momento se le antojaba casi insoportable. Y, aun así, tenía que hacerlo.

—Debo irme —le dijo poniéndose de pie.

Imogene se quedó aturdida un instante antes de colocarse bien el salto de cama y ponerse de pie también, volviéndose hacia él. En sus ojos se leía su confusión y el deseo insatisfecho.

—¿Dónde?

—A la cama. Y tú deberías hacer lo mismo. Si no mañana estarás demasiado cansada para la clase.

La confusión en la mirada verdemar de Imogene se tornó en enfado.

—No puedes hacerme esto. No puedes dejarme así —le dijo indignada.

—Ya te dije que iríamos despacio.

—¿Y yo no tengo ni voz ni voto en el asunto?

Raf extendió una mano y la puso en su mejilla.

—¿No encuentras excitante la espera? —murmuró—. ¿No ves que, cuando finalmente hagamos el amor, ese momento será todo lo que has ansiado, y aún más?

—Verdaderamente estás muy seguro de ti mismo, ¿no es así?

—¿Y tú? ¿No lo estás de ti?

Imogene bajó la vista.

—La mayor parte del tiempo sí, pero no siempre, y no en todo.

Alzándole la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, Raf le dijo:

—Pues yo no tengo ninguna duda de que la Genie que compartirá mi cama no tendrá nada que envidiarle a Imogene Danforth, la ejecutiva.

—Gracias por el voto de confianza —respondió ella, esbozando una leve sonrisa—. Espero que tengas razón, y que ninguno de los dos resultemos decepcionados.

Raf se inclinó y la besó suavemente en los labios.

—Eso jamás ocurrirá.

La sonrisa de Imogene se hizo un poco más amplia.

—Tienes razón. Dudo que eso pase… si sabes cómo usar esto.

Y, sorprendiendo a Raf, deslizó un dedo por la mitad de su pecho, descendiendo por el abdomen, y llegando a su erección, que se incrementó ante el contacto.

Antes de perder la cabeza y el control, Raf agarró la mano de Imogene y se la llevó a los labios, besándola antes de salir de la habitación. Iba a necesitar otra ducha de agua fría… o más bien helada.

Por lo general Imogene se guiaba por la lógica, pero aquel deseo abrumador que sentía por Raf Shakir no era racional. Ni racional era el malhumor que estaba exhibiendo aquella tarde después de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior, el mismo malhumor que había exhibido esa misma mañana. En eso iba pensando mientras recorría en círculos el recinto circular del picadero, a lomos de Maurice, con la mandíbula apretada para aguantar el chaparrón de órdenes que estaba lanzándole desde el centro, como si fuera un domador en la pista de un circo.

Se preguntó si su irritación tendría algo que ver con lo que había pasado la noche anterior en su habitación. Quizá estuviera arrepintiéndose de ello.

Y entonces, para empeorar las cosas, sonó su teléfono móvil. Ignorando la mirada furiosa que le lanzó Raf, tiró de las riendas haciendo que Maurice se detuviera, se levantó un poco la camisa que llevaba sacada por fuera, y sacó el aparato de la funda, que se

había colgado de la cinturilla del pantalón.

—Danforth, ¿por qué diablos no respondiste a mi llamada? —exigió saber la voz de Sid cuando se lo llevó al oído.

—Estoy en medio de una clase, Sid —masculló ella—. Luego te llamaré.

—No puedo esperar. Tengo que saber…

Pero Imogene no llegó a saber qué tenía que saber su jefe, porque Raf le arrancó el teléfono móvil de la mano y le dijo a Sid muy enfadado:

—La señorita Danforth no debe ser molestada durante las clases.

Y le colgó.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Imogene, que se había quedado boquiabierta.

—¿Quieres aprender a montar, o no? —le preguntó él a su vez.

—Ése era mi jefe, y no habría llamado si no fuera por algo importante —se defendió Imogene.

Aquella era la mentira más grande que había dicho en toda su vida.

—Sólo te preguntaré una vez más: ¿quieres aprender a montar o no?

—Si no quisiera no estaría aquí, ¿no crees? —le espetó ella, empezando enfadarse—. Llevo toda el día soportando tu mal genio y tus órdenes de sargento y todavía no me he quejado.

—Pues si de verdad quieres aprender a montar, no volverás a traer esto a las clases —le dijo él, levantando el teléfono—. No si no quieres tener un accidente. Tienes suerte de que el caballo no se haya encabritado y te haya tirado al suelo.

Imogene bajó la vista hacia Maurice, que tenía la cabeza gacha y parecía que se estaba quedando dormido.

—Claro, ya veo lo nervioso que se ha puesto Maurice…

A Raf no le hizo gracia su sarcasmo.

—He visto a jinetes resultar gravemente heridos por distracciones mucho menores —casi le rugió con el ceño fruncido—. Y tú no eres más que una novata.

La ira que había en su voz hizo que Imogene diera un respingo. Sentía curiosidad…

—¿Le ocurrió a alguien cercano a ti? —inquirió.

—¿Qué importa eso?

Por supuesto que importaba, se dijo Imogene. Por la preocupación que habían reflejado sus ojos cuando sonó el móvil, sospechaba que lo que le estaba diciendo debía haberle sucedido a alguna persona a quien apreciara mucho.

—Bueno, bueno… perdóname por preguntar. ¿No tienes nada más por lo que regañarme?

—Ya lo creo que sí —farfulló él, poniendo los brazos en jarras y mirándola aún enfadado—. ¿No te dije que te pusieras una camisa de manga larga?

Imogene se había puesto una camisa de algodón en vez de una de tirantes, pero no tenía mangas.

—Lo sé, pero hace mucho calor y las quemaduras casi han…

Iba a decir «desaparecido», pero al mirar sus brazos vio que estaban enrojecidos de nuevo. Tendría que comprarse una crema de protección solar con un factor más alto.

—Esta noche volverán a escocerte —masculló Raf—. Si me hubieras hecho caso…

—Bueno, no pasa nada. Para eso tengo la loción de Doris —lo interrumpió ella—. A lo mejor podrías ayudarme otra vez a ponérmela —añadió en un tono sugerente.

—La clase ha acabado —dijo Raf, y salió del picadero.

A Imogene se le cayó el alma a los pies. Debía estar arrepentido de lo que había hecho la noche anterior. ¿Por qué si no iba a comportarse de ese modo de repente?

Tras desmontar torpemente, llevó a Maurice de regreso a las cuadras, y allí encontró a Raf. Se había quitado la camisa y, horquilla en mano, estaba limpiando el pasillo central, como si fuera un peón cualquiera del rancho.

—¿Qué quieres que haga con Maurice? —le preguntó.

Raf siguió con lo que estaba haciendo y le contestó sin mirarla.

—Quítale la brida, y cepíllalo. Ya le diré a Blaylock que lo lave.

Imogene llevó al caballo a su pesebre, y por suerte para ella Maurice se comportó, y se quedó quieto y dócil mientras le quitaba la brida. Cuando Imogene lo hubo cepillado hasta que su pelaje relució, arrojó el cepillo en el cajón que había a un lado, y salió de nuevo al pasillo.

—¿Podrías devolverme el teléfono, *por favor*? —le dijo a Raf, deteniéndose frente a él y cruzándose de brazos.

Raf apoyó la horquilla contra un poste y finalmente se dignó a mirarla.

—¿Por qué debería? —inquirió desafiante, con los brazos en jarras.

¿Habría un hombre más irritante que aquél en todo el mundo?

—Porque es mío —contestó Imogene irritada.

Raf paseó la mirada por todo su cuerpo, y enganchó los pulgares en las trabillas del pantalón. Imogene bajó la vista, y vio que en uno de los bolsillos se marcaba la forma del móvil.

—Déjate de tonterías y dámelo de una vez, Raf —le dijo—. Mi jefe debe estar furioso.

—¿Y qué si lo está?

—Oh, claro, para ti es fácil decirlo… porque tú no trabajas para él —respondió ella—. ¿Vas a dármelo o no? —añadió extendiendo la mano.

—Ven a por él.

Se quedaron mirándose fijamente el uno al otro, como dos pistoleros al atardecer en una calle desierta, y un silencio tenso se adueñó del lugar.

Imogene dio un paso hacia él, y pasó los nudillos por su pecho descendiendo hasta llegar al bolsillo, para sacar lentamente el móvil de él. La mandíbula de Raf se contrajo, y también los músculos de su abdomen.

Y entonces, de pronto, inesperadamente, la agarró por la cintura, la llevó dentro de un pesebre vacío, y la acorraló contra la pared, manteniendo sin embargo unos centímetros de distancia entre ellos.

—No vuelvas a ponerte una camisa sin mangas para las clases —le dijo en un tono amenazante.

Imogene no se dejó intimidar.

—¿Prefieres que monte en topless? —murmuró dibujando un círculo en torno a un pezón con el índice—. Oh… pero supongo que lo dices por las quemaduras… —añadió para picarlo—. Entonces no podrá ser, claro.

—Lo que me preocupa es mi capacidad de concentración durante las clases, y no puedo concentrarme si me distraes.

—¿Y cómo te distraigo?

—Con tu cuerpo… —murmuró él, acariciando uno de sus senos

—, con tus labios…, con tus ojos…

Imogene se estremeció ante la caricia, y de pronto comprendió.

—¿Por eso estás de tan mal humor? —inquirió—. ¿Porque te distraigo?

Raf tomó su mano y la puso sobre su pantalón.

—¿Tú qué crees?

Al notar su erección, por un momento Imogene pensó que iba a desmayarse, o que iba a derretirse sobre el serrín que alfombraba el suelo del pesebre como un cubito de hielo.

—La culpa no es sólo mía —murmuró—. Podrías haber hecho algo para aliviar esto… —añadió apretando la mano contra su excitación—… anoche.

—Anoche no era el momento —replicó él, conteniendo el aliento.

—Entonces hazlo ahora —lo desafió ella con una mirada descarada, al tiempo que lo acariciaba.

Imogene había fantaseado con aquello desde el día en que se conocieron: hacer el amor en las cuadras. Sin embargo, su imaginación no la había preparado para el increíble beso en que se fundió con Raf en ese momento. Y, cuando Raf introdujo la mano por debajo de su camisa y le desabrochó el sujetador, sintió que una ráfaga de calor la invadía, el preludio del placer que experimentarían juntos cuando al fin se convirtieran en uno.

Raf masajeó un seno entre sus dedos y se pegó a ella, empujándola más contra la pared mientras continuaba el sensual asalto a su boca y usando la lengua para insinuar lo que quería hacerle con otra parte de su cuerpo.

Sin darle la ocasión de tomar aliento, deslizó una mano hacia el vientre de la joven, y le desabrochó el botón de los pantalones para a continuación bajarle lentamente la cremallera. Segundos después Imogene oía el ruido de la cremallera de él descendiendo también, y fue consciente de que en cuestión de unos pocos segundos más ya sería tarde para detener aquella locura.

Mejor abandonarse a la locura y satisfacer el ansia que la consumía, que actuar con la cabeza y seguir consumiéndose, fue el último pensamiento que cruzó por su mente antes de que Raf introdujera la mano dentro de sus braguitas.

—Jeque Shakir —llamó una voz masculina desde la entrada de

las cuadras—. ¿Está seguro de que quiere que ensille esa yegua, como me ha dicho esta mañana?

Para decepción de Imogene, Raf se apartó de ella al instante, rompiendo la magia del momento. Jadeante, Imogene parpadeó mientras lo observaba. Raf le había dado la espalda, tenía los brazos entrelazados tras la cabeza, y estaba mirando hacia el techo.

—Sí —le contestó al intruso, mientras Imogene se ponía bien la ropa—, estoy seguro.

Raf tardó un poco más en recuperarse, pero finalmente bajó los brazos, e Imogene oyó cómo se cerraba la cremallera. La joven se llevó una mano a los labios, notándolos ligeramente hinchados y algo doloridos por el apasionado beso. Sin embargo, no le habría importado que aquella deliciosa tortura hubiese continuado.

Raf ni siquiera la miró.

—Creo… creo que será mejor que vuelva a la casa —balbució Imogene, sin saber muy bien qué decir.

—Sí, será lo mejor —asintió él.

Imogene pasó por su lado para salir al pasillo, pero Raf seguía sin mirarla.

—Bueno, supongo que nos veremos luego.

—Tal vez en la cena.

Con el corazón extrañamente apesadumbrado, Imogene salió de las cuadras, preguntándose hacia dónde estaba yendo aquello.

No era sólo el ansia de compartir su cama lo que la agitaba por dentro. Estaba encariñándose con él, y quería saber más de él aunque eso significara cruzar la barrera entre lo puramente físico y lo emocional.

Sin embargo, había algo en Raf que la tenía confundida, algo que desconocía y que lo estaba haciendo luchar contra la mutua atracción que sentían el uno por el otro.

Capítulo Cinco

Apoyando las manos en la pared del fondo del pesebre, Raf bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza, intentando recobrar el control sobre sí mismo. El sabor de los labios de Imogene todavía no lo había abandonado, y aún podía oler su perfume. También seguía viendo en su mente la expresión de deseo en su rostro, el mismo deseo ardiente que lo había invadido a él. Casi había olvidado su intención de llevar aquello despacio, y si no los hubieran interrumpido, la habría hecho suya allí mismo.

—Ya está lista.

Raf se volvió y se encontró a Alí Kahmir de pie en el pasillo. Era el único de los trabajadores que había estado dispuesto a acompañarlo a América. Los demás, dolidos por cómo había desatado su furia contra ellos, tras el trágico accidente que había cambiado su vida, habían decidido permanecer en Amithra. Después de aquello Raf se había jurado a sí mismo que no volvería a dejar que su fuerte temperamento lo controlase, pero aquella misma mañana había vuelto a ocurrir. Imogene no se merecía el modo en que la había tratado, no se merecía que hubiese descargado sobre ella su frustración. No cuando ni siquiera sabía la causa de su tormento.

—¿Está seguro de que quiere hacer esto? —le preguntó una vez más Alí mientras salían de las cuadras.

Raf no quiso mirar a su viejo amigo Alí. Sabía que no podría soportar la expresión de lástima de su rostro.

—Hace tiempo que debería haberlo hecho.

—Pero, ¿por qué hoy?

Raf se había preguntado lo mismo aquella mañana, cuando había tomado la decisión. Quizá necesitara hacerlo para recordarse por qué debía ir despacio con Imogene.

—¿Y por qué no? —le dijo a Alí—. ¿La has estado preparando, como te pedí?

—Sí —asintió el otro hombre—. Todavía tiene algún ligero

problema de atención, pero aparte de eso ha superado bien el adiestramiento.

—Bien. A partir de ahora yo me haré cargo de ella.

Cuando llegaron fuera, la yegua castaña estaba atada a un poste, esperando, y Raf advirtió inmediatamente lo mucho que había crecido en los últimos dos años.

Había sido su «proyecto» especial, medio árabe, medio hannoveriana, y su intención había sido prepararla para las más importantes competiciones de hípica. Sin embargo, aquel trágico accidente había truncado sus planes. Claro que no podía culpar a la yegua. La culpa había sido suya.

Se acercó a ella y le habló suavemente mientras desataba las riendas del poste. Cuando se encaramó en la silla, la yegua se mostró dócil. Qué diferencia con la última vez que había intentado hacer lo mismo, dos años atrás. Y todo gracias a la maestría y la paciencia de Alí. Agitó suavemente las riendas y la condujo a un paso tranquilo por el camino que llevaba al río. Al cabo de un par de minutos hizo que empezara a trotar suavemente, y la yegua pareció satisfecha durante un rato, pero Raf intuía que quería correr.

Le golpeó ligeramente los costados con los tobillos para que iniciara un trote más rápido, y pasó luego a un galope cada vez más rápido. Las crines castañas de la yegua flotaban al viento, y aun cuando el camino y el campo abierto dieron paso al denso follaje del bosquecillo, el animal siguió corriendo. Raf se inclinó hacia delante, pegándose a su cuello para esquivar las ramas bajas. Quería cerrar los ojos y concentrarse en la sensación de velocidad, de la adrenalina fluyendo por sus venas, no pensar, pero sería algo peligroso en un terreno como aquel, y además sabía que los recuerdos continuarían agolpándose en su mente, punzantes como el filo de un cuchillo.

Raf hizo que poco a poco el animal fuera disminuyendo el paso, y cuando llegaban a la orilla del río lo hizo detenerse y desmontó, cansado física y anímicamente. Soltó las riendas y dejó a la yegua mordisqueando las tiernas hierbas silvestres que crecían en la ribera mientras apoyaba la espalda en el grueso tronco de un árbol, intentando recobrar la respiración y la calma.

De nada le sirvió. La yegua le recordaba lo sucedido dos años

atrás, un día del mes de abril, y se encontró preguntándose una vez más si no podría haberlo impedido.

Jamás debería haberse casado con Daliya. Él tenía entonces treinta y cuatro años, y ella sólo veintidós… demasiado joven para asumir el papel de esposa de un príncipe. Sin embargo, Raf había dejado que prevaleciese su sentido del deber. Tenía que dar un heredero al trono, y sus padres los habían prometido siendo sólo unos niños.

Él se sentía atraído por ella, y aunque Daliya no le había dado muestras de que ese sentimiento fuera recíproco, él no le había preguntado si estaba preparada, y la había apremiado a consumar el matrimonio. Por supuesto ella, como dictaban las costumbres de su pueblo, no podía negarle su derecho como esposo, pero no le había dejado ninguna duda de que había ido a su lecho contra su voluntad. No había habido pasión en sus ojos, ni deseo… sino odio. Y, a pesar de que se había esforzado por complacerla, ella no había respondido. De hecho, cuando finalmente la había hecho alcanzar el clímax, preocupándose antes de satisfacer las necesidades de ella que las suyas propias, la joven parecía haberlo lamentado. Las pocas otras veces que habían hecho el amor había sido igual. El cuerpo de Raf se había sentido saciado, pero su alma había quedado vacía.

Dos semanas después de la boda, sabiendo lo mucho que le gustaba montar, le había regalado aquella yegua en un intento por hacerla feliz, pero también le había dicho que no debía montarla hasta que el animal no estuviese adiestrado. Daliya lo había desobedecido. Cuando fue a las cuadras reales aquella mañana de abril y vio que la yegua no estaba en su pesebre Raf se había temido lo peor, y cuando por fin encontró a Daliya era ya demasiado tarde. Estaba cabalgando por los jardines del palacio, y cuando intentó saltar un muro bajo, salió disparada ante la mirada espantada de Raf. Había muerto en el acto.

Si hubiera sido más paciente con ella, si hubiera hablado con ella y le hubiera preguntado lo que quería… Las imágenes de aquel fatídico día regresaron en tropel a su memoria, como si estuvieran sucediendo en ese mismo momento. Si le hubiera dejado el espacio que ella ansiaba, si le hubiera dado el tiempo que le había dicho que necesitaba, quizá Daliya hubiera llegado a sentir, si no amor, al

menos un cierto cariño por él. Ésa era su vergüenza y su agonía. Aquella había sido la única vez que había llorado en su vida adulta, y se había jurado no volver a casarse para no hacer daño a otra mujer como se lo había hecho a Daliya.

La ligera brisa que se había levantado a lo largo de la mañana se estaba convirtiendo en un viento de cierta intensidad, y al mirar hacia el cielo Raf vio que estaban llegando nubes de tormenta. Fue junto a la yegua, pero en vez de montarla regresó a pie con ella a las cuadras. El animal iba tranquilo a su lado, ignorante de que había hecho resurgir los remordimientos de su dueño. Raf incluso la había rebautizado con el nombre de su malograda esposa, *Daliya*, para que no olvidar jamás aquel error que había cometido.

Después había abandonado su país, había emigrado a América con la idea de iniciar allí una nueva vida, cortando todos los lazos con su patria. Sin embargo, el dolor no había desaparecido.

Desde la ventana de su dormitorio Imogene estaba observando a Raf regresar a la casa. Su oscuro cabello reflejaba los últimos rayos del sol del atardecer. La tormenta, que había resultado poco más que un chaparrón, había pasado hacía un rato, y el cielo estaba prácticamente despejado. Sin embargo, la tormenta que podía verse en el rostro de Raf aún no había amainado.

Cuando estuvo más cerca de la casa e Imogene pudo ver mejor su cara, se dijo que nunca había visto semejante tristeza en los ojos de un hombre. La había visto en cambio en sus propios ojos hacía un momento, al mirarse en el espejo. En parte estaba triste porque Raf no había aparecido para la cena, y en parte porque al subir a su cuarto se había quedado dormida sobre la cama y acababa de despertarse de una pesadilla, una pesadilla que había tenido muchas veces. En ella había visto a su hermana Tori, tan dulce y confiada como siempre, de pie en medio de un campo, con los brazos extendidos hacia ella, su cabello rubio ambarino flotando al viento. Desde su desaparición, cinco años atrás en un concierto, Imogene había soñado con ella a menudo, y en su sueño siempre corría hacia ella, llamándola, pero justo cuando iba a alcanzarla se disolvía en el aire, como un espejismo.

El sonido de su teléfono móvil la sacó de sus pensamientos.

—¿Por qué diablos me colgaste, Danforth?

Ah, el querido Sid… Siempre tan agradable con ella…

—Te dije que estaba en medio de una clase, ¿no?

—Me da igual que estuvieras en medio de una clase. Esto es un caos. No consigo encontrar la carpeta con la documentación relativa al señor Littleton.

—¿Has probado a mirar por la L?

—No soy imbécil, Danforth.

Pues la tenía engañada.

—¿Y le has preguntado a la chica de administración que se encarga de los ficheros?

—No. ¿Cómo se llama?

Dios…

—Rachel —contestó Imogene con infinita paciencia—. Lleva siete años trabajando para ti. Creo que al menos deberías saber su nombre.

—No puedo acordarme de los nombres de todas las secretarias de la empresa —replicó Sid irritado—, y si estuvieras aquí no estaría teniendo estos problemas.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte, Sid?

—No puedo calmarme. Ahora mismo esto es un maldito caos, y la Bolsa está dislocada. Tenemos a un montón de inversores nerviosos llamándonos.

—¿Y cómo piensas calmarlos cuando tú estás histérico?

—Éste es tu trabajo, Danforth. Tú deberías estar aquí ocupándote de esto, no yo, así que ya estás haciendo las maletas y volviéndote para acá.

—No puedo. Todavía no he acabado con las clases.

—¿Cuánto tiempo necesitas para aprender a montar un estúpido caballo? Te daré sólo hasta el miércoles de la semana que viene. El jueves te quiero aquí.

—Dos semanas. Necesito al menos dos semanas más. Si no esto habrá sido una pérdida de tiempo —replicó ella.

—Hasta el viernes —contestó Sid—; y no pienso ceder ni un sólo día más.

Imogene resopló.

—Está bien, veré qué puedo hacer en ese tiempo. Pero si luego el cliente no se convence con mis habilidades ecuestres, no me

eches a mí la culpa.

—Bien —farfulló su jefe.

—Bien —farfulló ella a su vez—. ¿Querías alguna cosa más?

—No. Eso era todo. Y tengo que dejarte ya; tengo dos llamadas retenidas en la otra línea. Diviértete, Danforth… y prepárate para sudar cuando vuelvas.

Antes de que Imogene pudiera responder a eso, Sid colgó. Inspirando profundamente, la joven apagó el móvil y fue a tumbarse en el sofá a leer la novela de intriga que se había llevado consigo, pero no podía dejar de pensar en Raf.

Sin embargo, aunque nunca había sentido un deseo igual por ningún hombre, no sería ella quien moviese pieza. Si Raf verdaderamente quería algo de ella, tendría que ser él quien diese el siguiente paso.

Cuando oyó que llamaban a la puerta una hora más tarde, Imogene ladeó la cabeza, preguntándose si habría oído el ruido sólo en su imaginación, pero volvieron a llamar de nuevo, esa vez más fuerte. Con el pulso acelerado, se levantó y corrió a abrir llena de expectación… para encontrarse con que se trataba de Doris.

—Hola, encanto. Venía a preguntarle si necesitaba sábanas limpias antes de irme.

Necesitaba a Raf, no sábanas.

—No, pero gracias, Doris.

La mujer asomó la cabeza dentro de la habitación y miró de un sitio a otro, como buscando algo… o a alguien.

—Bueno, si no necesita nada me voy.

—Que descanse.

—Lo mismo digo —respondió Doris—. Espero que duerma bien. Y si no, que sea porque tenga algo mejor en lo que ocupar su tiempo —añadió, y se alejó por el pasillo, riéndose entre dientes.

Imogene gimió de pura frustración, e iba a volver al sofá cuando llamaron de nuevo a la puerta. «¿Qué tripa se le habrá roto ahora a esa mujer?», pensó irritada.

Abrió la puerta de nuevo, pero, para su sorpresa, esa vez no fue a Doris a quien encontró en el umbral de su dormitorio, sino a Raf, con unos pantalones de pijama de color negro y una camiseta de algodón blanca. Todavía tenía el cabello húmedo por el chaparrón, y parecía salido de la portada de una revista.

—¿Puedo entrar?

Como si le hiciera falta preguntar… Imogene se echó a un lado, e inspiró profundamente mientras cerraba la puerta, antes de volverse hacia él.

—Estaba empezando a preguntarme si tenías pensado pasar la noche en las cuadras.

—No, aunque quizá tenga que hacerlo dentro de un día o dos. Hay una yegua que está esperando el primer vástago de BáHar. Nos ha costado que se quedara preñada, así que es la última del rancho que queda por dar a luz.

Imogene no pudo evitar que su mente de mujer de negocios le hiciera preguntar:

—¿Y el que le haya costado tanto ha sido culpa de BáHar?

—No, se trata de una yegua que ya está un poco mayor, así que es normal.

—Bien, porque no querríamos que tus accionistas creyesen que BáHar no es capaz de cumplir con su cometido.

—Te aseguro que es más que capaz.

—Entonces, ¿BáHar y la yegua no tuvieron problemas para…? Bueno, tú ya me entiendes.

—A lo que me refiero es a que hasta ahora nunca hemos tenido problemas para conseguir esperma de calidad de BáHar.

Imogene lo miró confundida.

—Todo el proceso se hace de manera artificial —aclaró Raf.

Imogene no estaba muy segura de cómo lo hacían, pero tampoco estaba segura de querer saberlo.

—Así que no sólo priváis de la diversión a los caballos viejos como Maurice, sino también a los jóvenes. Pobre BáHar…

Raf se encogió de hombros.

—Ni siquiera ve la diferencia. Mientras haya una hembra presente no le importa demasiado que utilicemos el maniquí para recoger el esperma. Si quieres ver cómo se hace…

¿Maniquí?

—No, gracias. Eso me haría sentir como una *voyeur*.

—A un caballo le da igual si lo están mirando o no.

Sin embargo, Imogene, de sólo pensarlo, se puso roja como un tomate.

—Vale, te creo, pero no tengo el menor interés.

—Pues si vas a asesorarme, quizá no te iría mal conocer cómo funciona el negocio.

—No creo que sea necesario. Tú encárgate de los rituales de apareamiento, que yo me ocuparé de los números.

Los ojos de Raf se oscurecieron.

—Quizá deberíamos hablar sobre los rituales de apareamiento.

Imogene no quería hablar de ello, quería hacerlo.

Sin esperar a que ella lo invitara a hacerlo, Raf fue hacia la cama y se sentó en ella. Imogene lo siguió e hizo otro tanto, manteniendo las distancias hasta saber por qué estaba allí.

Con los codos descansando sobre los muslos, las manos entrelazadas, y la cabeza gacha, Raf le dijo:

—En primer lugar, quería disculparme contigo.

Las ilusiones de Imogene de una ardiente noche de sexo se hicieron añicos.

—¿Disculparte? ¿Por qué?

—Por lo de esta mañana.

Justo lo que había pensado. Estaba arrepintiéndose de lo que casi habían hecho.

—No tienes por qué sentirte culpable por ello. Simplemente ocurrió. Nos dejamos llevar.

—No estoy disculpándome por eso —replicó él, sorprendiéndola —. Me refería a cómo te traté. Descargué mi mal humor contigo, pero no tenía nada que ver contigo.

Imogene lo miró curiosa.

—¿No? Entonces, ¿por qué estabas enfadado?

—Eso da igual. Sólo quería que supieras que no era por ti.

—¿De verdad? Quizá no estoy progresando todo lo rápido que debería —farfulló Imogene, detestando la inseguridad que destiló su voz.

Raf le sonrió.

—No es verdad. Para el poco tiempo que llevas aquí estás haciéndolo bien.

—Gracias.

Raf paseó la mirada por todo su cuerpo.

—Te sienta bien el rojo —comentó.

Imogene sintió que las mejillas le ardían. Probablemente su cara debía estar del mismo color que el salto de cama de satén que se

había puesto. Nunca había llevado bien los cumplidos.

—Gracias otra vez.

¿«Gracias otra vez»? Dios, aquello había sonado patético… Claro que, con él a su lado mirándola de aquella manera le era imposible pensar con claridad. Durante un buen rato se quedaron los dos callados, y la joven tuvo la impresión de que Raf estuviese esperando que hiciese… algo. Ella sabía exactamente lo que quería hacer, pero ni en mil años tendría el valor de pedírselo.

—Bueno, supongo que probablemente estarás deseando irte a dormir —dijo como una tonta—. Debes estar cansado.

—¿Y tú, estás cansada? —inquirió Raf en un tono sensual y persuasivo que hizo que un escalofrío delicioso la recorriese de arriba abajo.

—No, la verdad es que no.

—¿Siguen molestándote las quemaduras?

—Bueno, un poco —murmuró ella, enredando nerviosa un dedo en su media melena rubia.

—Si quieres puedo ayudarte con la loción. Es lo menos que puedo hacer para compensarte por cómo me comporté contigo esta mañana.

—Bueno, la verdad es que te lo agradecería —balbució Imogene, tragando saliva.

Raf se levantó y fue a por la jarra de la loción, que Imogene había dejado sobre la cómoda.

—Siéntate en la alfombra —le dijo.

Con el corazón latiéndole como un loco, Imogene obedeció. Mientras lo hacía, los ojos de Raf volvieron a recorrer toda su figura, deteniéndose en sus senos, y la joven notó cómo se le endurecían los pezones ante su mirada y el estómago se le llenaba de mariposas.

Por las puertas abiertas del balcón se filtraba un aroma a jazmín, y el cielo nocturno, cuajado de estrellas, proporcionaba un mágico telón de fondo al momento. Raf fue a bajar un poco las luces, creando un ambiente más íntimo, y se sentó detrás de ella, como el día anterior, con las piernas abiertas y flexionadas a ambos lados de las de Imogene. Introdujo una mano en la jarra y comenzó a aplicar loción en la parte superior de la espalda, en los hombros, por los brazos… La untó también sobre su pecho, por toda la marca en

forma de media luna horizontal que el sol había dejado en él, pero no traspasó la barrera del cuello del salto de cama, sino que puso las manos sobre los hombros de Imogene y le susurró al oído:

—Si quieres que haga algo más, tendrás que indicármelo.

Imogene se sintió aliviada de que le hubiera dicho que se lo indicara, porque en ese momento se sentía incapaz de articular palabra. Deslizó los tirantes por sus brazos y se bajó la prenda hasta la cintura. Después, tomó las manos de Raf y las puso sobre sus senos. Él no necesitó más indicaciones. Empezó a estimularlos con sus hábiles dedos, y pronto tuvo a Imogene deseando algo más que sus caricias.

Girándose un poco hacia él, Imogene le pasó un brazo por el cuello y le hizo agachar la cabeza hacia su garganta, donde Raf depositó varios besos antes de deslizar la lengua en dirección al valle de entre sus senos. Imogene siguió indicándole lo que quería y dónde guiando su cabeza hasta que sus cálidos labios llegaron a un erguido pezón.

Raf lo estimuló con la lengua y los dientes, haciendo a Imogene suspirar mientras sus dedos se hundían en su corto cabello negro, manteniéndolo apretado contra su pecho. Un rato después Raf levantaba la cabeza y buscaba los ojos de Imogene.

—¿Necesitas algo más de mí esta noche?

—Sí.

—Entonces, muéstramelo.

Tras plantar un suave beso en casa seno, y otro en los labios de Imogene, Raf retiró el brazo de la joven de su cuello y la hizo volverse de nuevo hacia el espejo. Imogene comprendió que sabía lo que quería, lo que necesitaba, pero que estaba diciéndole que tendría que ser ella quien diese el siguiente paso.

Y lo hizo. Tomó con ambas manos el borde del salto de cama, y se lo sacó por la cabeza, quedándose sólo vestida con unas braguitas de encaje rojas que se había puesto a juego. Los brazos de Raf la rodearon, y mientras una mano descendía hasta su ombligo, trazando círculos en torno a él, la otra tomó su seno izquierdo, repasando el pulgar repetidamente sobre el pezón.

Las inhibiciones que hasta ese momento había tenido Imogene se disolvieron como una columna de humo en el aire, y tomó la mano derecha de Raf, haciéndola descender hasta su vientre.

Contuvo el aliento, esperando que él tomara la iniciativa, y no la decepcionó. Le susurró al oído que se abriera para él, al tiempo que le separaba las piernas y deslizaba la mano entre sus muslos.

Sin embargo, Imogene no tenía el suficiente valor para quitarse las braguitas, y Raf debió intuirlo, porque no trató de bajárselas, sino que introdujo la mano por debajo del encaje, provocándole una ráfaga húmeda entre las piernas.

Aunque no podía ver lo que estaba haciendo allí dentro, podía sentirlo. Oh, y cómo lo sentía…

El orgasmo le sobrevino en una serie de rápidas oleadas, para poco a poco ir volviendo a la realidad. Raf le puso una mano en la mejilla y tomó sus labios en un beso que fue la perfecta culminación de aquella increíble experiencia, pero no dejó de tocarla, de acariciarla, hasta llevarla a un nuevo clímax.

Imogene escondió la cabeza bajo su barbilla y de su garganta escapó un largo e intenso gemido que se habría convertido en un grito si no se hubiera mordido el labio inferior para contenerlo.

Para su sorpresa, Raf no sólo parecía decidido a mostrarle hasta qué punto podía darle placer, sino también que era un hombre sensible. La mantuvo abrazada mientras ella, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchaba los rítmicos latidos de su corazón.

—Raf… te quiero dentro de mí… —murmuró imprimiendo besos por la línea de su mandíbula.

Sin embargo, cuando intentó alcanzar el cordón que sostenía los pantalones del pijama, Raf la agarró de la muñeca para detenerla.

—Todavía no —le dijo—. Yo ya he sentido placer al dártelo a ti.

Imogene se echó hacia atrás y se quedó mirándolo con incredulidad.

—Pero yo… quiero que lo hagamos hasta el final esta noche, no mañana, ni pasado.

Raf le acarició el cabello y la besó en la frente.

—Debo regresar a mi habitación.

La frustración de Imogene se reflejó en el pesado suspiro que exhaló.

—Raf, no creo que esto haya sido suficiente para ti. Quiero decir, ni siquiera has…

Él le impuso silencio con un beso.

—No es verdad. He disfrutado muchísimo. Cuando has llegado

al clímax estabas más hermosa que nunca. Estoy deseando que llegue la siguiente vez, y la siguiente.

—No tienes por qué irte —insistió ella—. Por favor…

Raf tomó las manos de Imogene y se las llevó a los labios, besando primero una y luego la otra.

—Esto es sólo el principio.

Se apartó de ella y se puso de pie, para a continuación tenderle una mano y ayudarla a incorporarse.

—Créeme —le dijo abrazándola—, haremos el amor, pero sólo cuando sienta que estás lista para el siguiente paso.

Imogene trató de aferrarse a la decepción y el enfado que la habían inundado hacia unos instantes, pero la estaba abrazando con tal ternura que sintió que estaba derritiéndose por dentro.

—Estoy empezando a preguntarme qué es lo que quieres exactamente —farfulló.

Bajando las manos a sus nalgas, Raf la apretó contra sí para que notara su erección.

—Ya no tienes que seguir preguntándotelo.

—Entonces es que eres masoquista.

—No es eso. Como te dije, quiero que llevemos esto despacio.

—Pero, ¿por qué? —inquirió ella exasperada—. ¿Acaso quieres volverme loca con la espera?

—Lo que quiero es hacerte experimentar cosas que nunca antes hayas sentido. Quiero darte más placer del que ningún otro hombre te haya dado jamás.

Ya lo había hecho, pensó Imogene, apoyando la mejilla contra su pecho.

—Pues mañana por la noche será mi turno.

—Me temo que no estaré aquí mañana, ni pasado tampoco.

Imogene sintió deseos de gritar.

—¿Por qué? ¿Adónde vas a ir?

—A Atlanta. Voy a encontrarme con unos posibles clientes.

Imogene no iba a darse por vencida tan fácilmente.

—Podría acompañarte ya que no vas a estar aquí para darme las clases.

—Alí, el capataz del rancho, lo hará en mi lugar —le dijo tomando de nuevo sus manos y besándolas—. Y, cuando regrese, continuaremos con esto.

—¿Lo prometes?

—Puedes contar con ello.

La besó en los labios y salió del dormitorio. Imogene se quedó de pie en medio de la habitación, con una cálida sensación en el pecho. ¿No estaría enamorándose de él?, se preguntó preocupada. Dios, de todos los errores que podía cometer aquel sería el peor. Sin embargo, los sentimientos no eran algo que pudiese controlar.

Capítulo Seis

Después de pasar el día visitando ranchos y negociando, Raf exhaló un suspiro de alivio cuando por fin entró en la habitación del hotel donde se había alojado. Estaba quitándose la corbata cuando sonó el teléfono. Se ilusionó como un niño pensando que podría tratarse de Imogene. Aquella mañana había tenido que salir a las seis para el aeropuerto, por lo que no había podido despedirse de ella, pero había entrado en su habitación para dejarle una nota con el número del hotel sobre la almohada, y le había dado un beso en la mejilla, agradeciendo a Alá no haberla arrancado del sueño, porque si se hubiese despertado y hubiese tendido los brazos hacia él, habría sido incapaz de marcharse.

Dejó que el teléfono sonara dos veces más antes de inspirar profundamente para no parecer nervioso y contestarlo.

—¿Diga?

—Hombre, por fin te pillo. Deberías comprarte un teléfono móvil.

La voz no era la de Imogene, sino la de su hermano Darin.

—Odio los móviles. No te permiten tener un sólo momento de intimidad.

Darin se echó a reír.

—Sí, pero a veces son útiles —replicó—. Me habría evitado pasarme todo el día intentando localizarte.

—Cuando ha sonado el teléfono no imaginaba ni por asomo que pudieras ser tú —dijo Raf—. Creía que estabais de viaje.

—Y lo estábamos, pero se nos ocurrió que ya que estábamos en Georgia podríamos hacerte una visita. Llamé al rancho y me dijeron que te habías ido a Atlanta, así que aquí estamos.

—¿Estáis en Atlanta?

—Sí. De hecho te estoy llamando desde la recepción de tu hotel. He pensado que podrías tomar algo con nosotros y conocer a Fiona —le dijo Darin—. No te perdonaré nunca que no vinieras a la boda.

—Y yo siento de verdad que no pudiera ir —respondió Raf con

sinceridad.

—Bueno, ¿y qué me dices de la cena? Sé que es un poco repentino, pero mañana tenemos que seguir viaje.

Aun cansado como estaba, Raf no podía negarse.

—De acuerdo. Deja que me dé una ducha rápida. Bajaré enseguida.

—Bien. Te esperamos en el bar.

El bar del hotel no estaba muy lleno, y Raf vio inmediatamente a su hermano menor y a su esposa, una atractiva pelirroja de constitución delicada. Su hermano no había cambiado mucho desde la última vez que se habían visto, hacía más de un año, a excepción del cabello, que llevaba mucho más corto. Nunca hubiera imaginado ver a Darin con el cabello tan corto. Siempre le había gustado llevarlo más bien largo. Quizá su esposa fuese responsable de aquel cambio, se dijo. Tampoco hubiera imaginado nunca que Darin pudiese llegar a permitir que una mujer interviniese en sus decisiones, ni en algo tan nimio como un corte de pelo, aunque a decir verdad hasta hacía dos meses tampoco había podido imaginarlo casado.

A medida que se acercaba a la mesa apreció otros cambios más sutiles, como la ropa informal que llevaba puesta Darin, y tampoco se le pasó por alto el modo en que estaba sonriendo a su esposa, cómo sus dedos estaban entrelazados con los de ella… y sobre todo la dicha y la calma en su expresión, algo que había desaparecido tras la muerte de su prometida. A cada paso que daba los celos de Raf fueron en aumento, y también la sensación de culpabilidad por esos celos. Después de todo, Darin se merecía la felicidad que había encontrado, y él, como hermano suyo, debería alegrarse por él.

Cuando llegó junto a la mesa, su hermano se levantó y le dio un abrazo.

—Tienes buen aspecto, Raf —le dijo—. Permite que te presente a mi esposa, Fiona. Fiona, mi hermano Raf.

Raf le estrechó la mano a Fiona y tomó asiento frente a ellos.

—Me alegra conocer por fin a la mujer que ha conseguido echarle el lazo a mi hermano —dijo.

—Bueno, no fue demasiado difícil —bromeó Fiona, sonriendo a

su esposo—. Aunque a veces se pone un poco cabezota, en el fondo es un pedazo de pan.

Darin la besó en la mejilla, y Raf volvió a experimentar una punzada de celos.

—Entonces, ¿mañana seguís viaje?

—Sí. Nos marchamos a París por la mañana. Antes de establecernos permanentemente en Texas queremos resarcirnos, ya que no pudimos tener viaje de novios.

—Sí —asintió Fiona—, queremos movernos un poco antes de que no podamos hacerlo.

—Oh, claro, el hotelito que pensáis abrir… sí, algo me comentó Darin —murmuró Raf.

Su hermano y su esposa se miraron con complicidad antes de que él le dijera:

—En realidad hay otra cosa que nos mantendrá ocupados.

Raf los miró sin comprender.

—¡Estoy embarazada! —anunció Fiona con los ojos brillantes, y sin saber por qué a Raf le recordó a Imogene.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó Darin impaciente—. ¿No te lo esperabas, eh? —añadió riéndose.

Lo cierto era que no, pero el que Raf no los felicitara inmediatamente se debió a que de nuevo estaban asaltándolo los celos. Por algún extraño motivo se encontró queriendo estar en el lugar de su hermano, aunque no con Fiona, sino con cierta joven de rubios cabellos y ojos verdes. Aquello no tenía ningún sentido, aunque se estaba encariñando con Imogene y se sentía atraído hacia ella, no podía cometer el error de enamorarse de una mujer que no quería compromisos, una mujer para la cual lo primero era su libertad.

—No, no, la verdad es que no —farfulló—. Caray, me habéis dejado aturdido con la noticia. Me alegro mucho por vosotros —les dijo esbozando una sonrisa e intentando que su felicitación sonara sincera—. De verdad, es una noticia estupenda.

La conversación continuó con Darin y Fiona hablándole de su vida en común, de sus planes de futuro… y aunque Raf debería haberse sentido alegre por ellos, cada vez se notaba más deprimido y sus sonrisas le resultaban más forzadas. Por fortuna, cuando ya debían llevar un par de horas allí charlando, Darin miró su reloj y

dijo que sería mejor que se marchasen ya a su hotel, porque al día siguiente tenían que estar temprano en el aeropuerto.

Cuando se despedían en el vestíbulo con promesas de llamarse y volver a verse pronto, Darin inquirió de repente con curiosidad:

—Por cierto, ¿quién era la mujer que contestó al teléfono cuando llamé esta mañana al rancho? ¿No habrás despedido a Doris para contratar a una empleada del hogar más joven, eh? —lo picó, guiñándole un ojo.

Raf esbozó una media sonrisa.

—No, Doris sigue trabajando para mí.

Darin sonrió burlón.

—Mmmm… Entonces, ¿es alguien especial?

Más de lo que podía imaginar, pensó Raf. Más de lo que él mismo hubiera podido imaginar nunca. Y más de lo que debería serlo para alguien que, como él, se había jurado no volver a casarse.

—Le estoy enseñando a montar.

—Oh —dijo Darin, lanzándole a Fiona una sonrisa maliciosa—, seguro que sí. Bueno, ¿y nos la presentarás en un futuro?

Raf se aclaró la garganta.

—Sólo va a estar unas semanas en el rancho. Es un asunto de negocios.

Darin pareció algo decepcionado.

—Vaya. La verdad es que esperaba que hubieras encontrado a la mujer adecuada —le dijo rodeando la cintura a su esposa y atrayéndola hacia sí.

—Cuando eso ocurra te aseguro que serás el primero en saberlo —le respondió Raf—, …si es que ocurre.

—Bueno, nunca se sabe lo que nos depara el destino —contestó Darin con una sonrisa—, siempre y cuando le dejemos las puertas abiertas.

Raf trató de imaginar su futuro, y en comparación con el de su hermano, que había encontrado a alguien que quería pasar a su lado el resto de su vida, se le antojó frío y solitario.

Imogene se quedó mirando el teléfono un buen rato mientras se reprochaba su cobardía. Sólo sería una llamada amistosa, por amor de Dios. No era como si fuese a rogarle que volviera, llorando, y

diciéndole que lo echaba mucho de menos. Simplemente le preguntaría cómo le había ido el día, y le desearía que pasara una buena noche. ¿Qué había de malo en eso? Nada, absolutamente nada.

Levantó el auricular y marcó el número que le había dejado aquella mañana sobre la almohada. Le contestó una empleada de la recepción del hotel, y le pidió que la pusiera con la habitación de Raf Shakir. Después de esperar tres tonos, estaba a punto de colgar cuando escuchó la voz de Raf:

—¿Diga?

—Hola, soy yo —contestó Imogene, con el corazón queriendo salírsele del pecho—. ¿Qué… qué tal el día? ¿Lo has pasado bien?

—Bueno, no creo que pasarlo bien sea la manera de describirlo, pero sí ha sido fructífero.

—Me alegro —respondió ella—. Te he echado de menos.

Imogene apretó los dientes y cerró los ojos. Dios. Sintió deseos de abofetearse. ¿Cómo podía haber sido tan patética como para haberle dicho eso?

—Alí no es ni la mitad de cascarrabias que tú —se apresuró a añadir. «Buenos reflejos, Imogene»—. Al final va a resultar que me gustan los déspotas.

—Le advertí que eras una alumna difícil —dijo Raf—. Espero que cuando vuelva no me presente su dimisión.

—Si soy difícil es porque tú eres un profesor muy exigente —replicó ella divertida—. Y, para que lo sepas, estoy siendo una alumna modelo. Por cierto que esta mañana hablé por teléfono con tu hermano. ¿Consiguió contactar contigo?

—Sí. He estado tomando algo en el bar del hotel con su esposa y con él. Hasta esta noche no había tenido la oportunidad de conocerla.

—¿Y te ha gustado?

—Sí, es muy agradable. Están esperando un bebé.

A Imogene le pareció advertir una nota de melancolía en la voz de Raf. ¿Podía ser que Raf ansiara formar una familia, tener hijos? Nunca lo hubiera imaginado, pero había muchas otras cosas de él que tampoco había imaginado. Era un hombre poco previsible.

—Eso es estupendo —dijo—. Seguro que estás deseando ser tío.

—¿Dónde estás ahora, en tu habitación? —inquirió él.

Obviamente no quería seguir con el tema.

—Sí, estoy sentada en la cama.

—¿Y llevas puesto ese salto de cama rojo?

Imogene se echó a reír, ruborizándose como una adolescente.

—No, la verdad es que hoy me he puesto un pijama azul. ¿Y tú?, ¿qué llevas puesto?

—Nada.

Imogene podía imaginarlo vívidamente… a excepción de cierta parte de él que aún no había visto. Aun así le resultaba excitante pensar en él desnudo.

—¿Siempre duermes desnudo?

—La mayoría de las veces, sí. ¿Cómo van tus quemaduras?

—Mucho mejor, gracias.

—¿Te has mirado en el espejo esta noche?

Imogene giró el rostro en esa dirección antes de dejarse caer sobre el colchón.

—Bueno, considerando que cubre casi toda la pared, es difícil ignorarlo.

—Y al mirarlo, ¿has recordado lo que viste en él anoche, lo que hicimos anoche frente a él?

Si seguían con esa conversación, pensó Imogene, tendría que acabar quitándose el pijama, porque se sentía tan ardiendo por dentro que estaba empezando a temer que terminase prendiéndose fuego.

—No me hace falta mirar el espejo. Desde anoche no he podido pensar en otra cosa.

—Pues mantenlo así, en tus pensamientos, y recuerda que lo que hemos hecho es sólo el principio. Te veré pasado mañana por la noche si todo va según lo previsto. Buenas noches, Genie.

Raf ya había colgado cuando Imogene salió del trance en que la habían sumido sus últimas palabras y hundiól el rostro en un almohadón para ahogar un grito de irritación y frustración. Lo único que le faltaría sería que Doris subiera corriendo pensando que alguien había entrado por el balcón y estaba atacándola.

El día siguiente se le iba a hacer eterno, pensó desesperada. Lo único que podía hacer para no obsesionarse era concentrarse en las clases, y, con la ayuda de Alí, planeaba darle una sorpresa a Raf que lo dejaría con la boca abierta.

Cuando llegaron al rancho, Raf le pidió a su chófer que lo dejara delante de las cuadras. Debería haber ido antes a la casa, a cambiarse de ropa, pero no podía esperar un segundo más para ver de nuevo a Imogene.

Había podido tomar un vuelo que salía más temprano, y por la hora imaginó que la joven estaría todavía en el picadero, dando su clase con Alí. Y en efecto allí la encontró, a lomos de Maurice, mientras Alí la observaba desde el centro del recinto. Raf se quitó la corbata y la chaqueta, entregándoselas al chofer para que se las llevara junto con su maleta a Doris, y se dirigió al picadero desabrochándose un par de botones, porque la sola visión de Imogene hacía que le costase respirar. Estaba preciosa montada a caballo, con el dorado cabello agitándose con el movimiento del animal, la barbilla elevada, y el cuerpo perfectamente erguido.

Raf avanzó hasta el vallado de madera que cerraba el recinto, y apoyó un pie en la tabla inferior, aprovechando para admirarla sabiendo que no se había percatado de su presencia.

—Ahora, señorita —le dijo Alí.

Imogene golpeó los costados de Maurice con los talones y agitó las riendas, haciendo que el animal iniciara un trote rápido. El corazón le dio un vuelco a Raf, y abrió de malos modos la puerta del picadero, entrando en el recinto como una exhalación.

—Márchate, Alí. Yo continuaré con la clase —le dijo a Alí.

El hombre no supo a qué venía el tono agrio en su voz, pero no discutió.

—Como gustéis, alteza.

Imogene, que en ese momento estaba girando en aquella dirección, lo vio saliendo del recinto y lo miró confusa, pero se olvidó de él al ver a Raf.

Sus miradas se encontraron, y la joven hizo que Maurice se detuviera, saludándolo con una mano.

—¡Mira esto! —le gritó sonriendo.

Imogene volvió a hacer trotar a Maurice de nuevo por el recinto circular, y a pesar de que su soltura y el modo en que se mantenía erguida en la silla sorprendieron a Raf, no pudo evitar que la ira se apoderara de él.

Debería haber estado presente para presenciar ese nuevo paso en su aprendizaje; debería haber sido él quien se lo enseñase. Y, para colmo, al ver las caderas de Imogene subiendo y bajando sobre la silla con los movimientos del caballo, su mente conjuró una escena de ella haciendo lo mismo… pero sobre él, y notó cómo por momentos la entrepierna se le iba poniendo más y más tirante. La presión en esa parte de su anatomía se estaba volviendo casi insoportable, y aquello sólo sirvió para alimentar su enfado.

Esa pérdida de control lo hizo fruncir el ceño cuando Imogene condujo a Maurice al centro del picadero y desmontó como una profesional.

—¿Qué te ha parecido?

Raf no contestó. Estaba temblando por dentro, y su mente se había tornado en un amasijo de contradictorias emociones que no podía comprender.

—¿Raf?

—Por hoy se acabaron las clases —le dijo él en un tono que no admitía discusión.

Y, sin una palabra más, le dio la espalda y se alejó hacia las cuadras, dejando a Imogene patidifusa en medio del recinto.

Cuando entró en las cuadras Raf se encontró con Alí parado en el pasillo, los brazos en jarras, mirándolo con desaprobación. Raf lo ignoró, y entró en el pesebre de Maurice para rellenar el cajón de heno.

—¿No estáis contento con los progresos de la señorita Danforth, alteza? —le preguntó el hombre, mirándolo a través de las barras de hierro que separaban el pesebre del pasillo.

—No estaba preparada para aprender a trotar.

—Disculpadme, pero creo que hace un momento os ha demostrado lo contrario. Yo diría que tiene un talento natural para la equitación.

—Me preocupa su seguridad, Alí; por eso no quiero que se precipite.

—Yo no creo que se haya precipitado —replicó el otro hombre —. Aprende rápido, eso es todo.

Raf oyó el ruido de los cascos de Maurice acercándose a las

cuadras, y los pasos irritados de Imogene.

—Alí, cepilla y lava a Maurice —ordenó Raf—. Luego puedes irte a casa.

Alí se dirigió a la entrada de las cuadras, donde la joven le entregó las riendas y Raf los oyó farfullar algo. Seguramente estaban metiéndose con él. Le daba igual. Tenía que salir de allí antes de que hiciera alguna tontería o dijera algo de lo que más tarde se arrepintiera.

Salió del pesebre y comenzó a avanzar por el pasillo con la esperanza de que Imogene no lo siguiera, pero sabiendo que probablemente lo haría.

—Espera, Raf —lo llamó cuando se dirigía al pequeño edificio donde tenía su despacho.

Raf no se volvió, ni se detuvo, pero no pudo evitar que entrara detrás de él.

—Dejar de huir de mí, maldita sea —farfulló Imogene irritada, siguiéndolo al despacho.

Raf continuó ignorándola, dándole la espalda mientras buscaba una carpetilla en uno de los cajones del mueble archivador.

—¿Qué es lo que quieres?, ¿que te felicite cuando me has desobedecido? —farfulló.

—Pero, ¿se puede saber por qué estás tan enfadado? —quiso saber Imogene—. ¿Porque he aprendido a trotar?, ¿y qué? ¿Qué tiene de malo?

—Estoy enfadado con Alí —replicó Raf, irritado por no poder encontrar la carpetilla. Empezó a repasarlas todas de nuevo desde el principio—. Le dije que no estabas preparada para eso.

—No lo culpes a él. Fui yo quien lo convenció para que me enseñara.

—Me da igual que fueras tú quien se lo pidiera. Trabaja para mí, no para ti, y son mis órdenes las que debe obedecer.

—¿Te importaría mirarme a la cara? Me siento como si estuviera hablando con una pared.

Raf no se atrevía a volverse. Temía que, de hacerlo, de mirarla a los ojos, probablemente la ira que sentía en esos momentos se disiparía por completo, y la necesitaba para no dejarse llevar, tomarla entre sus brazos y satisfacer el deseo que lo consumía.

—Tengo trabajo que hacer antes de cenar —farfulló—, así que si

no te importa…

—No pienso marcharme hasta que no me digas cuál es el problema.

Raf se giró hacia ella, y halló en su rostro una expresión mezcla de confusión e irritación.

—El problema es que desobedeciste mis indicaciones. Podrías haber resultado herida.

—Pero no lo estoy. No me he roto nada; estoy de una pieza como puedes ver.

Raf no pudo evitar pasear la mirada largamente por su esbelta figura.

—Porque has tenido suerte.

Imogene cruzó los brazos sobre el pecho.

—No tiene nada que ver con la suerte, sino con que Alí es un profesor estupendo.

Raf sintió otro aguijonazo de ira en su pecho.

—En ese caso si quieres puede ocupar mi puesto, ya que yo no te parezco un buen profesor.

—Yo no he dicho eso —protestó ella—. Quiero que me enseñes tú, pero…

—Pero no hiciste caso de lo que te dije.

—Lo sé, pero…

—Y, si no recuerdo mal, el primer día quedamos en que si tú desobedecías mis normas, nuestro acuerdo quedaría anulado, ¿no es así?

—Sí, pero…

—¿Es eso lo que quieres, Genie?, ¿quieres que anulemos nuestro acuerdo?

—No, no es eso lo que quiero. Lo que quiero es que me escuches, maldita sea —casi le gritó Imogene—. Quería… yo sólo quería darte una sorpresa —murmuró, apartando la mirada—. Lo hice por ti.

¿Por él? La ira de Raf se disipó en cuestión de segundos, y de pronto se sintió como el ser más vil de la tierra. Imogene se había sentido feliz de haber logrado aprender algo para poder sorprenderlo, para agradarle, y él había destruido esa alegría con sus paranoias por algo que había ocurrido en el pasado.

—¿Por qué, Genie? —inquirió quedamente.

La joven bajó los brazos, dejándolos caer junto a los costados.

—Porque era importante para mí. Quería que te sintieses orgulloso de mí, pero ahora veo que he sido una tonta.

Raf se quedó en silencio un instante.

—Genie, yo… yo me he sentido decepcionado de que no hayas esperado a mi regreso para dar el siguiente paso en tus clases, pero no se puede cambiar lo que ya se ha hecho, así que no me queda más remedio que aceptarlo, y lo acepto.

—Pero no te sientes a gusto con ello, ¿es eso?

Raf no sabría cómo empezar a expresar lo que sentía en ese momento: ira, arrepentimiento, deseo… miedo. Miedo de lo que sentía por ella, miedo de acabar dejándose llevar por las emociones.

—Me siento frustrado.

—¿Frustrado… por qué, Raf? —dijo Imogene, dirigiéndose hacia él hasta que estuvo a menos de un par de pasos—. ¿Frustrado porque te he desobedecido… o frustrado porque me deseas, y por alguna razón eso te asusta?

—No estoy asustado.

—¿Ah, no? Demuéstralo entonces.

El débil control que a Raf le quedaba sobre sí mismo se quebró, y la agarró por los brazos y la acorraló contra la pared. Tomó su rostro ovalado entre ambas manos, obligándola a mirarlo para que supiera lo que había desatado.

—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo —masculló—. Anoche y la noche anterior me he pasado horas despierto, pensando en ti hasta que estaba tan excitado que no podía dormir. Y hoy, al verte sobre el caballo, incluso viendo que me habías desobedecido, no pude evitar empezar a pensar en llevarte a algún lugar donde pudiéramos estar a solas y hacerte el amor hasta perder el sentido.

—¿Y entonces por qué tenemos que esperar? ¿Por qué es tan importante para ti esa obsesión de ir despacio?

Antes de que Raf pudiera contenerlas, las palabras abandonaron atropelladamente sus labios.

—Porque eres la única mujer a la que he permitido acercarse tanto a mí, la única mujer… desde hace dos años. Por eso es importante.

Raf no esperó a ver su reacción, sino que se apartó de ella y salió del despacho sin mirar atrás, sabiendo que probablemente más tarde se arrepentiría de haberle hecho esa revelación. Imogene no

se conformaría con eso; querría saber más, le haría preguntas… preguntas que no estaba seguro de querer contestar porque sus respuestas harían que ella se diera cuenta de que no era la clase de hombre que creía que era.

Capítulo Siete

Aún después de dos días, Imogene seguía impresionada por la revelación de Raf. ¿Por qué ella? ¿Por qué en ese momento? ¿Y cuál habría sido la causa de que durante dos años no hubiera dejado entrar en su vida a ninguna otra mujer?

Había tantas preguntas sin respuestas, tantas cosas que quería saber de Raf Shakir… Desde aquella conversación en el despacho parecía que la rehuyera porque sólo se veían durante las clases, y aun en esos momentos se mostraba seco y distante.

Imogene sabía que no sería él quien respondiese a sus preguntas, y aquella noche de viernes, después de la cena, decidió ir a hacer una visita a Doris en la cocina con la esperanza de poder sonsacarle algún poco más de información.

La encontró limpiando la cocina, y tras saludarla se encaramó a una de las banquetas altas.

—¿Y el jeque? —le preguntó en un tono desinteresado—. ¿Se ha ido a jugar al póquer con los amigos, o algo así?

—Apareció por aquí una media hora antes de la cena para llevarse un termo de café —respondió la mujer sin dejar lo que estaba haciendo—. Parece que la yegua preñada se ha puesto de parto, y allí están los tres, en las cuadras, esperando, aunque yo les he dicho que cuanto más la miren más tardará, igual que cuando pones agua a hervir en una cacerola.

Imogene supuso que con «los tres» se refería a Blaylock, Alí, y Raf.

—Durante mi primer embarazo —continuó Doris—, cuando salí de cuentas, tuve a mi marido pendiente de mí dos semanas enteras. Prácticamente no se movía de mi lado, pero cuando vio que la cosa se alargaba empezó a hartarse, y justo al día siguiente, cuando había salido a hacer unos recados, me puse de parto. ¡Imagínese! —concluyó, echándose a reír.

Imogene apoyó el codo en la encimera y la mejilla en la palma de la mano.

—No sabía que estaba casada, ni que tenía hijos.

—Tengo tres hijos, todos ya crecidos, que viven cada uno en una punta del país, los tres casados, y tengo un buen puñado de nietos también. Llevo casada casi cuarenta años, aunque Bernie Blaylock siempre dice que no le parece que haga tanto tiempo.

La sorpresa hizo que Imogene se irguiera en el asiento.

—¿Su marido es el señor Blaylock?

—Pues claro, encanto —contestó Doris, interrumpiendo su tarea y volviéndose hacia ella—. ¿No lo sabía? Vivimos en la casa que hay sobre la colina, la del tejado verde, junto a la de Alí y su mujer. ¿No se lo había dicho su majestad?

—No. El jeque no es muy comunicativo.

—Me refería a mi marido. Lo llamo «su majestad» porque he estado limpiando el «trono» en el que se sienta cada día desde hace cuarenta años —contestó la mujer, riéndose ruidosamente.

Imogene no pudo evitar secundarla y se echó a reír también, pero aprovechó la oportunidad para preguntarle por su otra majestad.

—¿Y el jeque Shakir?, ¿tuvo algún hijo durante su matrimonio?

—No, encanto, ningún hijo. Sólo estuvieron casados un par de meses antes de… —al darse cuenta de que había hablado de más, Doris se calló bruscamente y volvió a darle la espalda, frotando con saña el estropajo por la superficie de la cocina—. Es increíble cómo se agarra la grasa —farfulló.

Imogene, sin embargo, no iba a darse por vencida tan fácilmente.

—Estuvieron casados un par de meses… ¿antes de qué?

Doris meneó la cabeza sin volverse.

—Ya he dicho demasiado. Si quiere saber más, tendrá que preguntarle a él.

—Pero es que él nunca me hablará de eso.

Doris se giró y esbozó una leve sonrisa.

—Entonces déjelo estar. Hay cosas de las que es mejor no hablar.

Imogene lo comprendía. Después de todo, ella raramente le hablaba a nadie de la noche en que Tori había desaparecido. Y, sin embargo, quería saber, necesitaba saber.

—¿No puede decirme al menos cuánto hace que terminó su

matrimonio? —inquirió.

Doris suspiró mientras atacaba con el estropajo uno de los quemadores.

—Vino a Georgia justo después de… —su mano se detuvo al tiempo que sus palabras—… justo después de que el matrimonio terminara. De eso hace dos años.

Dos años… El mismo tiempo que él le había confesado que hacía que no se acercaba a ninguna mujer. Parecía que por alguna razón el fin de su matrimonio lo había dejado destrozado hasta el punto de cerrarse a la posibilidad de una nueva relación, pensó Imogene. Pero, ¿por qué la había elegido a ella para poner fin a ese periodo de duelo? Probablemente sólo porque se había mostrado receptiva y porque no lo había atosigado como esas mujeres de las que Doris le había hablado. Además, sabía que ella no esperaba nada de él, ninguna promesa de matrimonio, o de amor eterno. Después de todo, tenía una carrera profesional que no había hecho más que empezar, y aún le quedaban muchas ambiciones por cumplir, se recordó. ¿Por qué entonces se sentía tan deprimida?

Sabiendo que probablemente Doris no le revelaría nada más acerca de Raf, se despidió de ella y salió de la casa en dirección a las cuadras.

Imogene se guió por los murmullos de las voces de los tres hombres para dar con el pesebre donde estaba la yegua parturienta. La puerta estaba abierta, y cuando se asomó a ella Blaylock la saludó agarrando la visera de su gorra y levantándola, y Alí hizo otro tanto con un asentimiento de cabeza. Raf estaba acuclillado en el suelo con las manos entrelazadas. Los tres parecían absortos observando a la yegua tumbada sobre el costado, las costillas subiendo y bajando con cada aliento jadeante.

—Alí, vete a casa con tu mujer —dijo Raf—. Y tú también, Blaylock. Yo me quedaré. Esto aún puede tardar un rato y no hace falta que estemos los tres.

Imogene imaginó que eso se extendía a ella, ya que ni la había saludado, pero cuando iba a marcharse detrás de los dos hombres oyó a Raf decir:

—Genie, espera. Quédate.

Imogene se acercó vacilante de nuevo a la puerta del pesebre mientras Blaylock y Alí se alejaban por el pasillo.

—¿Estás seguro de que quieres que me quede?

Raf le dirigió una breve mirada antes de volver de nuevo la cabeza hacia la yegua.

—Pasa y hazme compañía. Por favor.

Imogene no necesitó que se lo dijera dos veces. Entró en el pesebre y se acuclilló a su lado, sintiéndose feliz de que le hubiera pedido que se quedara, de que quisiera compartir con ella ese momento.

El lugar, a excepción de los relinchos ocasionales de la yegua, estaba completamente en silencio.

—¿Cuánto tiempo crees que falta para que lo tenga? —le preguntó a Raf.

—No mucho ya.

—¿Y no necesita un veterinario?

—No en su décimo parto, pero suele tardar bastante en alumbrar.

—¿Cómo se llama?

—Jasmine.

—Es un nombre bonito —murmuró ella.

Mientras aguardaban expectantes, la yegua se puso en pie un par de veces, como inquieta, levantando y agitando la cola para luego volver a tumbarse. Los segundos se convirtieron en minutos, los minutos en horas… y parecía que no tuviera ninguna intención de decidirse.

A Imogene habían empezando a entrarle calambres en las piernas, así que había acabado sentándose en el suelo con las piernas flexionadas y los brazos descansando sobre las rodillas.

Miró de reojo a Raf, que seguía en cuclillas. Llevaba en esa postura varias horas y parecía tan fresco, como si acabase de agacharse hacía un instante. Claro que, con las piernas tan fuertes que tenía, pensó admirándolas, era normal que no se le resintiesen tan pronto como a ella. También tenía unos brazos sólidos y bien formados, y sus manos… aquellas manos grandes y masculinas… Imogene se estremeció al recordar cómo esas mismas manos habían masajeado sus senos, y cómo los dedos de esas manos se habían introducido en su interior, estimulándola con rítmicos movimientos

hasta…

—¿Tienes frío?

Imogene alzó la vista al rostro de Raf y se dio cuenta de que la había pillado mirándolo y de que seguramente había advertido el escalofrío que la había recorrido.

—No, estoy bien.

—¿Quieres volver a la casa? Se está haciendo tarde.

—No puedo irme ahora. Después del rato que llevo aquí, seguro que si me voy Jasmine alumbrará y me lo habré perdido.

—¿Has visto nacer antes un potrillo?

—No. En realidad nunca he presenciado un nacimiento.

—En ese caso no debes perdértelo. Cuando sucede ante ti te parece casi un milagro.

El milagro era que Imogene estuviese siendo capaz de contenerse cuando estaba deseando besarlo.

—Estoy dispuesta a esperar lo que haga falta.

Siguieron esperando y de pronto, cuando a Imogene estaban empezando a cerrársele los ojos, la yegua levantó la cabeza y se mordisqueó suavemente el hinchado costado, atrayendo la atención de la joven en esa dirección. Algo se movía allí.

—Es increíble —murmuró—: lo veo moverse.

—Y pronto lo verás llegar a este mundo —dijo Raf.

Y tenía razón. Las primeras que emergieron fueron dos finas y largas patitas, y luego el hocico. La yegua empujó unas cuantas veces más, y finalmente la cría estaba fuera. La yegua saltó con las patas traseras hasta romper el cordón umbilical, y luego procedió a liberar a la cría de la bolsa amniótica, que le cubría el cuerpo y la cabeza, dejando al descubierto su pelaje negro, como el de BáHar. Raf se puso de pie y anunció que era una potrilla.

Imogene se levantó también y observó cómo Raf limpiaba el cuerpo del animalito con una toalla, con la misma delicadeza con que la había tocado a ella noches atrás. Después de intentarlo y caerse dos veces, a la tercera finalmente la potrilla logró sostenerse sobre sus patitas temblonas, y se dirigió vacilante hacia su madre.

Imogene se rió enternecida al ver la boca de la cría buscando instintivamente las ubres de su madre. De pronto Raf se puso detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos, atrayéndola hacia sí. Imogene se quedó quieta y callada, no queriendo romper la magia

del momento.

—Es perfecta —murmuró Raf en un tono casi reverente mientras observaban a la cría mamando de su madre.

—Sí que lo es, es preciosa —asintió Imogene—. BáHar puede estar orgulloso—giró el rostro hacia Raf—. Y, por cierto, me he quedado impresionada al ver el cuidado con que la estabas limpiando. Seguro que serás un gran padre algún día —añadió con una sonrisa.

Una sombra de tristeza pasó por los ojos de Raf.

—Si es que llega ese día.

A sabiendas de que podía salir escaldada, Imogene decidió arriesgarse.

—¿Tu esposa y tú habríais querido tener hijos?

Los brazos de Raf se tensaron, y la joven supo que iba a ponerse a la defensiva.

—¿Cómo sabes que estuve casado?

—Bueno, me enteré de un modo casual —contestó ella—, pero no sé por qué acabó vuestro matrimonio.

—Prefiero mantener las cosas del pasado en el pasado —dijo Raf.

Su voz sonó fría y desprovista de toda emoción, como si hubiese vuelto a ponerse esa coraza de hielo que parecía aislarlo de los demás. Imogene consideró disculparse por su indiscreción, pero sospechó que eso no haría sino empeorar las cosas.

Raf le quitó los brazos de la cintura y se apartó de ella.

—Deberías irte a la cama. Ya es más de medianoche y necesitas descansar para las clases de mañana.

Imogene se giró y lo miró a la cara, pero ésta se había convertido en una máscara que no dejaba traslucir sus emociones.

Imogene no discutió.

—Hasta mañana —le dijo quedamente.

Y, sin mirar atrás, salió del pesebre. No quería que Raf viera la decepción en su rostro. Además, temía que, si volvía la cabeza, los sentimientos podrían más que la razón, y sacrificaría su amor propio corriendo a sus brazos y suplicándole que la perdonase por entrometerse.

No iba a hacerlo, no iba a comportarse como una tonta. Si Raf quería algo de ella, tendría que ser él quien moviese pieza.

Poco antes del amanecer, Raf estaba en la puerta del dormitorio de Imogene, el brazo apoyado en el marco, observándola mientras dormía. Había ido allí para decirle que podía quedarse en la cama un poco más si quería porque el cielo amenazaba lluvia y quizá no pudieran dar la clase, pero al verla se había quedado hipnotizado. Estaba de lado, acurrucada sobre el colchón, con las sábanas revueltas, y llevaba puestos una camisola blanca de satén con tirantes, y unos pantaloncitos a juego.

La noche anterior debería haberse disculpado con ella y haberle explicado por qué no quería hablar de su pasado, pero, en lugar de eso, le había dicho que se fuera para evitar sus preguntas y para no tener que enfrentarse al sentimiento de culpa que lo reconcomía por dentro.

Después de cómo la estaba tratando no podía tener esperanzas de que aún quisiese nada con él, pero estaba tan hermosa allí echada, y la deseaba de tal modo… Iba a volverse loco. ¿Cuánto tiempo más podría seguir reprimiendo ese deseo que sentía por ella? No podía, no podía seguir haciéndolo… La necesitaba demasiado. Se acercaría a ella y, si no lo rechazaba, esa vez no la dejaría insatisfecha. Daría todo lo que tenía. Se entregaría a ella por completo.

Cerró la puerta suavemente detrás de sí, echó el pestillo, y se quitó toda la ropa antes de cruzar la habitación y rodear la cama. Se tumbó sobre el colchón, pegándose a la espalda de Imogene, y deslizó la mano arriba y abajo por el brazo de Imogene mientras la besaba en el hombro.

La joven se despertó cuando sus labios alcanzaron el cuello, y giró el rostro hacia él guiñando los ojos por la luz del día que se filtraba ya por las cortinas.

—¿Raf? —murmuró soñolienta.

Él la silenció poniendo el índice sobre sus labios.

—No es momento de charlar —le susurró—. Hay mejores maneras de emplear el tiempo…

Imogene se volvió hacia él, bostezando y estirándose, y se le abrieron los ojos como platos cuando se despertó del todo y se percató de que no estaba soñando.

Raf sonrió y la besó suavemente en los labios. Se sentó y la hizo sentarse a ella también para quitarle la camisola y dejarla caer al suelo. Raf se tomó unos momentos para abrazarla, deleitándose en explorar la suave extensión de su espalda y en sentir sus senos aplastados contra su pecho.

Enredando los dedos en su corto cabello dorado, tomó sus labios, y la joven los abrió para que pudiera hacer el beso más profundo.

Raf la empujó suavemente e Imogene quedó tumbada de nuevo. Luego se miró en sus ojos esmeralda largo rato, y bajando la cabeza a sus senos succionó primero uno y luego el otro hasta que sintió el movimiento de las caderas de la joven debajo de él, diciéndole que necesitaba mucho más. Estaba más que dispuesto a dárselo.

Le bajó los pantaloncitos poco a poco, dejando un reguero de besos por la piel que iba quedando al descubierto, y cuando la cinturilla estaba por debajo del ombligo Raf se incorporó para sacárselos. No llevaba nada debajo, y aquello lo excitó aún más.

Subió ambas manos por los muslos de Imogene, separándolos para hacerse sitio, cuando escuchó a Imogene contener el aliento y vaciló. Primero se aseguraría de que ella quería aquello, y si lo quería, no pararía hasta que la hubiese hecho alcanzar las más altas cimas del placer.

Apoyando la mejilla en un muslo, pasó los dedos por entre los dorados vellos púbicos y observó su rostro. En él sólo había expectación.

Raf lamió la cara interna del muslo sobre el que descansaba, y las caderas de Imogene se arquearon, en vez de apartarse, instándolo a ser más ardiente. Raf obedeció ese ruego mudo, incrementando los gemidos de la joven con sus caricias y cada suave penetración de sus dedos.

Alzó el rostro, y vio que Imogene había girado la cabeza para observar el reflejo de ambos en los espejos que cubrían la pared, y empujándole el muslo hacia abajo con la palma de una mano, le hizo extender la pierna para que pudiera ver mejor lo que le estaba haciendo.

Cuando notó las primeras oleadas del clímax de Imogene y contempló en el espejo cómo el éxtasis transformaba sus facciones, sintió como si se estuviera abrasando por dentro. Introdujo dos

dedos en su interior para sentir lo que estaba experimentando, como lo sentiría más tarde, cuando fuera otra parte de su cuerpo la que estuviera enterrada en ella.

Imogene murmuró su nombre, y Raf advirtió una nota inequívoca de placer absoluto en su voz. Estaba lista para el paso final. Empezando por el abdomen, fue ascendiendo con besos por su suave piel, y únicamente gracias a su voluntad de hierro consiguió contenerse y no penetrarla en ese mismo momento.

—Raf… te necesito… dentro de mí… —le susurró Imogene.

Aquellas eran las palabras que Raf necesitaba escuchar.

—Y me tendrás —respondió.

El corazón de Raf empezó a latir con fuerza cuando guió su miembro entre los muslos de Imogene, y con una profunda inspiración la penetró, poniendo fin a aquel celibato voluntario que había durado dos años. Exhaló un largo suspiro de satisfacción, y se quedó muy quieto, saboreando la sensación de los pliegues de Imogene absorbiéndolo hasta que no pudo esperar más.

Buscó los labios de la joven, y con suaves embestidas empezó a marcar el ritmo que su cuerpo necesitaba. Mientras alzaba las caderas de Imogene con las palmas de sus manos para aumentar la fricción y llevarla a otro orgasmo, besó alternativamente su boca y sus senos.

La temperatura iba subiendo más y más entre sus piernas con cada embestida, y aunque quería aminorar el ritmo para prolongar el momento, sentía que aquello estaba llegando a su final, pero esperó a que Imogene hubiera alcanzado el clímax para abandonarse al fin como no lo había hecho nunca.

Hundió el rostro entre los cabellos rubios de Imogene, jadeando contra la almohada, tenso por el orgasmo. Las manos, igual que el resto del cuerpo, le temblaban por la fuerza de aquellas sensaciones, y se derrumbó sobre la joven. Nunca había experimentado nada semejante con otra mujer, y tampoco había deseado nunca a ninguna de aquel modo.

Una vez que su respiración se hubo normalizado, Raf rodó hacia el lado y atrajo a Imogene hacia sí. Los dos permanecieron en silencio, acariciándose como si estuvieran sedientos de calor humano. Y, en muchos sentidos, Raf lo estaba… desde hacía dos largos años.

El saber que Imogene lo había aceptado voluntariamente le dio la paz interior que hasta entonces le había faltado. La apretó contra sí con fuerza. Imogene se había convertido para él en el ancla que lograba que el barco de su alma no zozobrara, aun en medio de la tormenta.

Capítulo Ocho

Imogene estaba de pie, mirando fuera a través de los cristales de las puertas del balcón. Un fuerte viento doblaba las ramas de los robles y la lluvia caía casi oblicua. Sin embargo, no había sido el tiempo lo que la había despertado. De nuevo Tori se le había aparecido en sueños, pero, al contrario que en las ocasiones anteriores, le había hablado. «No te rindas, Genie», le había dicho.

Se había despertado sobresaltada, temblando, con el rostro bañado en lágrimas que no quería que Raf viera, y ése era el motivo por el que había abandonado el lecho.

Notó la presencia de Raf detrás de ella antes de que sus brazos le rodearan la cintura, apretándola contra sí. Sus labios se posaron sobre su cuello, depositando un lánguido beso.

—¿Qué te ha sacado de la cama? —le preguntó con voz ronca por el sueño—. ¿Ha sido la tormenta?

Imogene optó por una verdad a medias.

—Es casi mediodía. Normalmente no me quedo en la cama hasta tan tarde, sin hacer nada.

—¿Llamas nada a lo que hemos estado haciendo?

Imogene se giró entre sus brazos, agradecida de encontrarse con una sonrisa y no enfado en su atractivo rostro. Le revolvió el ya alborotado cabello.

—Sabes a qué me refiero. No recuerdo cuándo fue la última vez que me tomé un día libre. Cuando acabé en el instituto empecé la universidad, y estuve haciendo el master mientras estaba en periodo de pruebas en la empresa. Después fui escalando puestos, y asumiendo más responsabilidades, y…

—¿Y te gusta un trabajo con tanto estrés?

Imogene se encogió de hombros.

—Supongo que soy un poco masoquista. Además, como te dije cuando nos conocimos, para mí esto es sólo el principio. Tengo planes mucho más ambiciosos para el futuro.

Raf escudriñó su rostro con esos ojos suyos que tanto se parecían

al plomizo cielo de aquel sábado.

—¿Y es el trabajo lo único que te quita el sueño?

La habilidad de Raf para leer en ella como en un libro abierto nunca dejaría de sorprenderla. Quizá debería hablarle de lo que la preocupaba. Si lo hacía, tal vez él se abriese a ella también.

—Estaba teniendo un sueño en el que aparecía mi hermana pequeña —comenzó Imogene—. Eso fue lo que me despertó.

—¿Una pesadilla?

Imogene asintió.

—Una pesadilla que dura ya cinco años; el tiempo que hace que desapareció.

Los brazos de Raf le estrecharon con más fuerza la cintura.

—¿Qué le ocurrió?

Imogene inspiró profundamente y soltó el aire despacio, preparándose para relatarle aquel terrible episodio de su vida. Nunca antes había hablado de ello con nadie.

—Fue a un concierto en Atlanta, y no regresó. Desapareció… sin dejar rastro.

—Tal vez quería probar sus alas. A algunos adolescentes les pasa —inquirió Raf—. Necesitan demostrarse que pueden arreglárselas solos.

Imogene negó con la cabeza.

—No. Ella nunca habría hecho algo así. Y aunque así hubiera sido, después de unos días al menos me habría llamado a mí para decirme que estaba bien y que no nos preocupáramos. Estábamos muy unidas la una a la otra. Era la benjamina de la casa —añadió con una sonrisa triste—. Ella fue quien empezó a llamarme Genie cuando estaba aprendiendo a hablar, porque no era capaz de pronunciar mi nombre. Y yo… yo soy responsable de su desaparición.

Raf frunció el ceño.

—¿Cómo vas a ser tú responsable de lo que le ocurrió?

Imogene no estaba segura de querer hacerle aquella confesión; tenía miedo de cómo cambiaría su opinión de ella, pero ya que había empezado a contárselo, se dijo, llegaría hasta el final.

—Aquel día Victoria cumplía diecisiete años —murmuró, sintiendo una punzada de dolor al recordarlo—. Se suponía que yo debía acompañarla al concierto, pero estaba a punto de conseguir

cerrar un negocio con un cliente de la empresa, y me habían prometido un ascenso. El cliente se marchaba al día siguiente de la ciudad… así que la dejé ir sola. Desde entonces no he hecho más que recriminarme por ello. No hago más que pensar que si hubiera ido con ella, quizá aquello nunca hubiera pasado.

—O quizá tú habrías acabado siendo otra víctima como ella —apuntó él muy serio.

Imogene se tensó en su abrazo.

—No está muerta, Raf, estoy segura. Sé que es una locura, pero siento que está viva… en algún sitio. En el sueño que estaba teniendo antes de despertarme me decía que no me rindiera, y no voy a hacerlo. No puedo hacerlo.

Raf la apretó contra su pecho y la besó en la frente.

—Y haces bien en no perder la esperanza si eso te da paz.

Los días siguientes fueron para Imogene una sucesión de placeres compartidos con Raf. Habiéndose explorado sin inhibiciones conocían ya ambos cada centímetro del cuerpo del otro. Imogene había aprendido a expresar sus deseos, y Raf tampoco tenía problema en decirle lo que le gustaba, y dónde quería que lo tocara.

Además, ninguno de los dos parecía saciarse jamás, y Raf se había vuelto atrevido hasta el punto de que Imogene nunca sabía exactamente dónde o cuándo acabarían haciendo el amor. Un día le había comentado que siempre había tenido una fantasía sexual con hacer el amor en un establo, y él no había perdido tiempo en hacerla realidad una tarde, a plena luz del día, los dos sudorosos por el calor del verano e ignorando el riesgo de ser descubiertos.

Luego, una noche, justo después de que Doris se hubiera marchado, habían empezado a tocarse por debajo del mantel, y se habían excitado de tal modo que no habían llegado a subir las escaleras y habían acabado haciéndolo en el rellano.

Y, frente a la pared de espejos del dormitorio, Raf le había descubierto todas las formas de placer imaginables… e incluso algunas que jamás habría imaginado. Imogene sabía que, después de aquello, el mirarse al espejo para ella nunca volvería a ser lo mismo. La estaba malacostumbrando con su pericia, y robándole el

corazón poco a poco con cada uno de aquellos increíbles encuentros.

Sin embargo, eran los momentos de calma, después de hacer el amor los que Imogene atesoraba, los momentos en los que charlaban de todo y nada, cuando yacían juntos, abrazados y en silencio hasta el amanecer… Aquellos eran los momentos en los que algo en su interior le decía que si las cosas fueran distintas, podría verdaderamente enamorarse de él y amarlo el resto de su vida.

Sin embargo, al tiempo que Raf se había vuelto más pródigo en sus afectos, Sid estaba empezando a impacientarse cada vez más por su ausencia. Con la esperanza de aplacarlo un poco, había comenzado a llevarse el móvil consigo a todas partes, incluso a las clases, aunque después de la regañina de Raf tenía siempre cuidado de dejarlo en el suelo, junto al vallado, y con el sonido desactivado, y comprobaba después si tenía llamadas perdidas.

También había intentado convencerlo para que la dejara quedarse en el rancho unos días más, asegurándole que estaba a punto de cerrar con Raf el trato por el cual sería un cliente más que añadir a la cartera de la empresa. Sin embargo, ni aquello había sido suficiente, y Sid la había amenazado con darle su puesto a otra persona si no volvía al trabajo en el plazo previsto.

A pesar de todo Imogene decidió que esa mañana apartaría esas preocupaciones de su mente y se centraría en la clase. Tenía que hacerlo si quería aprovechar el poco tiempo que le quedaba para aprender.

Sin embargo, justo cuando Raf y ella se dirigían al picadero con Maurice le sonó el móvil. Imogene vio en la pantalla que se trataba del tirano de su jefe.

—¿Qué te ocurre ahora, Sid?, ¿se te ha roto una uña? —contestó con fastidio.

—Muy graciosa, Danforth. Lovell está amenazando con irse a otra compañía si no lo asesoras tú personalmente. Esta semana ha tenido muchas pérdidas. Tienes que volver.

Imogene suspiró. El señor Lovell era uno de los clientes más importantes de la empresa, y si lo perdían por su culpa podía irse despidiendo de su puesto.

—De acuerdo, organízame una cita con él mañana.

—¿Mañana? ¡Él quiere verte hoy! ¿Qué se supone que voy a

decirle?

—Sé creativo, Sid. Dile que… que estoy enferma, o que estoy fuera de la ciudad. Es un hombre razonable. No creo que veinticuatro horas le supongan tanto.

—Más te vale que así sea, Danforth —masculló Sid, colgando a continuación.

Imogene se quedó mirando el móvil sumamente irritada. Diablos. ¿Por qué tenía que tener tan mala suerte?

—¿Tienes que marcharte antes de lo previsto? —inquirió Raf.

—Mañana —farfulló ella cabizbaja, dando un puntapié a un guijarro—. He intentado que mi jefe me diera el máximo tiempo posible, pero ha surgido un problema con un cliente.

—¿Y no puede solucionarlo tu jefe? Creía que era él quien te había metido en esto. ¿No se da cuenta de que no puedes aprender en dos días?

Imogene alzó la vista hacia Raf y vio que tenía el ceño fruncido.

—El cliente quiere hablar personalmente conmigo —explicó—. Respecto a mi jefe… a él sólo le preocupa que la empresa funcione para ganar dinero y ponerse medallas que no le corresponden. En fin —concluyó encogiéndose de hombros—, supongo que hoy tendremos que trabajar más duro para compensar.

—Un día no es bastante.

Imogene estaba de acuerdo. No era bastante para aprender lo que le faltaba por saber… y no era bastante para despedirse de él. Dios, no quería despedirse de él.

—Lo sé —suspiró. De pronto se le ocurrió una idea—. Claro que… podríamos aprovechar el fin de semana. Volvería el sábado y lo retomaríamos donde lo dejamos.

—Bueno, un par de días más de clases te ayudarían —dijo Raf—. Y hablando de clases… si vamos a aprovechar el día será mejor que empecemos ya con la de hoy.

Imogene asintió, exhalando un nuevo suspiro, y se encaminaron de nuevo al picadero.

Después del almuerzo, Imogene había subido a cambiarse para la clase de la tarde cuando volvió a sonar su móvil.

Resopló y puso los ojos en blanco, pensando que fuera otra vez

el pesado de su jefe, pero para su sorpresa vio en la pantalla que el número era el de casa de sus padres.

—¿Diga? —contestó.

—Hola, Genie, cariño, soy mamá. Espero no haberte interrumpido durante una de tus clases.

—Ah, hola, mamá. No, no te preocupes. No tengo la siguiente hasta dentro de quince minutos.

—Oh, bien —dijo su madre—. Te llamaba sólo para recordarte que este sábado por la tarde es la boda de Reid y de Tina, porque con tanto ajetreo como tienes siempre con el trabajo eres capaz de haberte olvidado —añadió, riéndose suavemente.

Imogene cerró los ojos y maldijo para sus adentros. La boda… En efecto, se había olvidado por completo. Bueno, al menos era por la tarde, así que podría aprovechar la mañana y pasar unas horas más con Raf.

—No, claro que no —mintió—, ¿cómo iba a olvidarlo?

—Y también quería pedirte que te vengas temprano, porque necesito que me eches una mano para asegurarme de que todo está a punto.

Imogene se tensó.

—Eh… mamá, no creo que haga falta. Hace más de un mes que están contratados los músicos y el servicio de cátering y… en fin, seguro que todo saldrá bien; no tienes por qué preocuparte.

—Por supuesto que tengo que preocuparme —replicó su madre —. Tu primo Reid es como un hijo para mí, y quiero que tenga una boda tan bonita como la querría para tus hermanos o para ti. Y ya sabes cómo son estas cosas: tienes que estar detrás de esa gente, porque si no no hacen las cosas bien. Ayer mismo me llamaron de la floristería para preguntarme si para decorar la iglesia habíamos pedido nardos o claveles… ¿Te imaginas? Les dejé muy claro que tenían que ser nardos… es increíble, sencillamente inaudito.

Reid y sus hermanos habían perdido a su madre en un accidente de coche hacía años, y dado que su padre no podía pasar mucho tiempo con ellos por sus ocupaciones, desde ese momento los padres de Imogene se habían convertido en una especie de segundos padres para ellos. Por eso, Imogene comprendía que su madre quisiese asegurarse de que en aquel día tan importante para Reid todo resultara perfecto, y sabía que la heriría si se negase, así que

suspiró y le dijo:

—Está bien, mamá, no te preocupes. De todos modos mañana me marcho ya porque tengo que reincorporarme al trabajo, así que no habrá problema.

—Gracias, cariño, sabía que podría contar contigo. Eres un encanto. Bueno, pues nos vemos el sábado. Cuídate.

—Tú también —respondió Imogene—. Hasta el sábado.

Imogene colgó el teléfono con una mezcla de sentimientos contradictorios. Se alegraba de haber hecho feliz a su madre, pero el no poder volver el sábado al rancho implicaba que tal vez aquél fuese el último día que pasaría con Raf, al menos por una temporada. No sabía muy bien hacia dónde se dirigía lo que había surgido entre ellos, ni en qué punto estaban. Lo único que sabía, ya sin duda alguna, era que se había enamorado perdidamente de él.

Mientras estaban en las cuadras preparando a Maurice para la siguiente clase, Alí, que llevaba un rato considerando si atreverse o no, le preguntó a su patrón:

—¿Es ella la mujer que estabais esperando, alteza?

Raf detuvo la mano sobre la cincha de la silla, sorprendido por la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Sabéis de sobra a qué me refiero —respondió Alí—, o más bien a quién: a la señorita Danforth. He servido a vuestra familia durante muchos años, así que confío en que no os moleste que me entrometa. Me preguntaba si podría ser quizá la mujer que habéis escogido para poner fin a esta existencia sin sentido con la que os estáis castigando desde hace dos años.

—No comprendo qué te ha llevado a pensar eso.

—Pues que sospecho desde hace ya unos cuantos días, que la señorita y vuestra alteza son algo más que alumna y profesor.

Raf, molesto por la perspicacia del hombre, apretó la cincha demasiado fuerte, y tuvo que aflojarla un poco para no ahogar a Maurice.

—¿Se quedará más tiempo del previsto inicialmente? —insistió Alí, a pesar del silencio de su patrón.

—La señorita Danforth se marcha mañana y regresará el sábado.

Después de eso no sé qué ocurrirá en el futuro. Y esta conversación se ha acabado —farfulló, dejando caer la brida dos veces mientras intentaba ponérsela a Maurice.

—¿Queréis que os ayude con eso, alteza? —inquirió Alí burlón.

Raf lo miró airado.

—No necesito ayuda. He hecho esto mil veces. Podría hacerlo hasta dormido —masculló, dejando caer la brida otra vez.

Alí se mesó la barba divertido.

—Oh, sí, ya lo veo. ¿No será que anoche no dormisteis lo suficiente?

A Raf sin embargo aquello no le hacía ninguna gracia.

—Dormí muy bien y estoy descansado —farfulló consiguiendo al fin colocarle la brida al caballo—. Gracias por tu preocupación.

Alí se apoyó en la pared del pesebre con los brazos cruzados.

—¿Vais a enseñar a la señorita Danforth a galopar hoy?

Raf ajustó las correas de la brida.

—Todavía no está lista para eso.

—¿Estáis seguro? Si se marcha mañana…

—Yo decidiré cuándo pasará al siguiente nivel.

—No querría entrometerme, pero me parece que por culpa del pasado estáis exagerando un poco con tanta cautela —dijo Alí muy serio.

Siendo como era un viejo amigo de la familia, a Raf no solían molestarle sus comentarios, pero no le gustaba que le recordasen lo que había ocurrido dos años atrás. No cuando él no podía quitárselo de la cabeza.

—Si peco de algo, prefiero que sea de cautela —respondió—. Y no quiero seguir hablando de esto.

—Sé que ella os importa —murmuró Alí—, más de lo que estáis dispuesto a admitir.

Raf se giró hacia él, dándole la espalda al caballo, y lo miró a los ojos.

—Estás imaginándote cosas que no son, viejo.

—No soy tan viejo como para no reconocer cuando lo tengo delante a un hombre enamorado. Y vos lo estáis, alteza.

—Piensa lo que quieras.

Alí se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Cuando vuestro padre perdió a vuestra madre no se encerró

en el dolor —le dijo—, y no se sentiría feliz si supiera cómo estáis viviendo vuestra vida.

Raf apartó su mano echando el hombro hacia atrás con brusquedad.

—Mira a tu alrededor —le espetó altivo—. Creo que vivo bastante bien.

—Pero no tenéis a nadie con quien compartir vuestra vida.

—Mi padre nunca vio la necesidad de volver a casarse después de la muerte de mi madre.

—Porque respetaba demasiado su memoria como para hacerlo —replicó Alí—. Pero Fátima, la mujer a la que conoció cuatro años después, se convirtió en su amante y lo fue hasta el día en que vuestro padre abandonó este mundo.

—Todo eso ya lo sé. No entiendo para qué me lo estás contando, a menos que pretendas que le pida a la señorita Danforth que sea mi amante —contestó Raf exasperado.

—No es eso lo que estoy diciendo —replicó Alí—. Se merece algo mejor que ser vuestra amante.

Raf se quedó callado, temiendo que si decía algo más delataría los sentimientos que tenía hacia Imogene. Además, por mucho que ansiase creer que podría convertirse en la compañera de su vida, no estaba seguro de que ella quisiera lo mismo, de que había sitio para él en su mundo. No quería interferir en sus sueños, en esas ambiciones que le había confiado.

—Te lo he dicho mil veces: no tengo la menor intención de comprometerme con ninguna mujer ahora mismo —respondió a Alí con más convicción de la que realmente sentía.

Cuando Alí carraspeó y bajó la cabeza, Raf tuvo la sensación de que había alguien detrás de él, y al volverse se encontró, para su espanto, con que se trataba de Imogene. No sabía cuánto había oído de su conversación, pero, aunque sin duda debía haber escuchado su última frase, no parecía herida, ni molesta. Quizá incluso se hubiese sentido aliviada al enterarse de que no veía lo que había surgido entre ellos como algo que pudiera convertirse en una relación seria. ¿Y él, cómo se sentía?, se preguntó a sí mismo. Lo cierto era que lo que le había dicho a Alí era lo que quería que todo el mundo creyese, que no necesitaba a nadie, pero en realidad en los últimos días se había encontrado pensando más y más en ella, y

deseando que no llegase el momento en que tuviera que irse.

—Iré yendo hacia el picadero —le dijo Alí a Raf antes de salir al pasillo.

Imogene se acercó a Maurice y le acarició el morro.

—Me ha llamado mi madre —le dijo a Raf, intentando que su voz no sonase triste… tan triste como se sentía por tener que irse, tan triste como se sentía por lo que acababa de oír—. Me había olvidado de que mi primo Reid se casa el sábado. La boda es por la tarde, pero mi madre quiere que esté allí por la mañana para ayudarla a supervisar los preparativos.

Una profunda decepción se adueñó de Raf, pero la encubrió con una expresión de indiferencia.

—Entonces, ¿no podrás venir el sábado?

Imogene sacudió la cabeza.

—Y el domingo, después de la boda, no creo que tenga el cuerpo para venir a dar clase.

—¿Y la semana siguiente?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Sid no me concederá más tiempo, así que será mejor que aproveche bien esta tarde —alzó de nuevo el rostro hacia él—. Estoy preparada para el siguiente paso.

—No puedes aprender a galopar en una tarde.

—Lo sé, pero necesito avanzar lo máximo posible. No sé, quizá pueda venir un par de días a practicar antes de que tenga que ir al rancho de los Grantham.

—Si es lo que quieres… —contestó él—, aunque no puedo prometerte que estarás preparada con tan poco tiempo.

—No te estoy pidiendo que me prometas nada.

Raf se quedó callado un instante.

—De acuerdo, entonces. Nada de promesas —dijo.

Tenía la sensación de que aquello era lo mismo que Imogene quería, o más bien no quería respecto a ellos dos. Probablemente lo único que le había interesado desde el principio era su experiencia en la cama, y esas semanas no debían haber sido para ella más que una manera de pasar el tiempo, ni entraba en sus planes de futuro una relación seria.

Con Imogene siguiéndolo unos pasos por detrás, Raf condujo a Maurice fuera de las cuadras y al picadero, donde Alí estaba ya esperándolos. Aunque no creía que fuese a necesitar su ayuda, Raf había pensado que no estaría de más que estuviera presente, para corregir los vicios que Imogene pudiera haber desarrollado por culpa de su continua falta de concentración mientras le enseñaba.

Al ver a Imogene montar sin su ayuda, Raf tuvo que admitir aun a regañadientes para sus adentros que para el poco tiempo que había estado allí, había aprendido muchísimo. Sin embargo… ¿estaría preparada para galopar?

—Tal vez deberíamos usar el ronzal —le dijo a Alí.

—No creo que haga falta —replicó el otro hombre—. Se las apañará bien sola. Ya le he enseñado cómo a balancearse en la silla y hemos estado practicando las órdenes al caballo al trote.

—¿Cuándo?

—Durante el par de días que estuvisteis fuera. Lo hará bien.

Raf se esforzó por controlar su genio y los celos de haber sido excluido una vez más de una parte importante en el aprendizaje de Imogene. Además, ni siquiera el saber que Alí era un experto jinete y un buen profesor lo tranquilizó con respecto a su seguridad. Por eso, pensando que la joven pudiera advertir su ansiedad y que eso no la beneficiaría en nada, le dijo a Alí:

—Encárgate tú.

Alí enarcó las cejas.

—¿Estáis seguro?

—Sí. Yo observaré desde la valla.

Antes de que Alí pudiera decir nada Raf se alejó, y encaramándose en la valla observó cómo el otro hombre empezaba a darle instrucciones a Imogene desde el centro del recinto. Primero le ordenó que iniciase con el caballo un paso suave, después que lo hiciese trotar, y finalmente que pasase a medio galope.

Raf, que estaba rezando en silencio por que todo fuera bien, se sorprendió al ver la facilidad con que Imogene pasó del trote al galope, y lo bien que mantenía el equilibrio sobre el animal. El orgullo de la joven por la destreza que había adquirido se traslució en la amplia sonrisa que le dirigió cuando pasó a su lado, una sonrisa que Raf recordaría siempre, aunque no volviese a verla.

Imogene dio dos vueltas más, cada vez más confiada en sus

habilidades, demostrándole a Raf que se había equivocado al preocuparse tanto. Tenía un don natural… tanto para la equitación como para el amor, pensó Raf, admirando embelesado la belleza de su figura a lomos de Maurice.

Sin embargo, en ese momento ocurrió algo imprevisto. Se levantó un fuerte viento de repente que a su paso se llevo hojas secas, ramitas y otras cosas de poco peso, con tan mala suerte que arrastró una bolsa de plástico que algún peón debía haber dejado tirada en las proximidades del picadero, yendo a interponerse en el camino del caballo y su amazona.

Maurice, que raramente se sobresaltaba por nada, se asustó, encabritándose. Imogene se deslizó hacia un lado sobre la silla e intentó recobrar el equilibrio, pero sus esfuerzos fueron en vano, y cayó a la arena en medio de una densa nube de polvo.

En ese instante Raf palideció, sintiéndose como si hubiera vuelto atrás en el tiempo. El peor de sus miedos había revivido.

Capítulo Nueve

Al menos había aterrizado sobre el trasero y no la cabeza, se dijo Imogene mientras se apoyaba en los codos para sentarse. Movió con cuidado cada extremidad. Parecía que no tenía nada roto. Mientras se sacudía el polvo de la blusa y los pantalones, Raf llegó corriendo a su lado, seguido de Alí.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó, arrodillándose junto a ella.

Sus ojos reflejaban preocupación y algo cercano al miedo.

Imogene consiguió esbozar una débil sonrisa.

—No, estoy bien, aunque me he llevado un susto. Sucedió todo tan deprisa que no tuve tiempo de enderezarme en la silla… aunque lo intenté.

Alí, al contrario que Raf, que seguía muy serio, le devolvió la sonrisa.

—Lo hemos visto. Habría resuelto bien la situación si como ha dicho hubiera tenido más tiempo de reacción, y un poco más de práctica —dijo.

—¿Estás segura de que no tienes nada? —insistió Raf en un tono algo duro.

—No, de verdad, estoy bien.

—Aun así creo que deberíamos llamar a un médico.

—No es necesario —replicó ella poniéndose de pie para demostrarle que estaba bien.

Sin embargo, Raf no parecía convencido cuando se levantó también y la miró fijamente con los puños apretados a los lados.

—Creo que ha sido más que suficiente por hoy —farfulló en el mismo tono severo, como si la culpara por aquel incidente.

—Pero yo quiero seguir —protestó ella—. Es mi último día. Tengo que aprovecharlo.

Raf entornó los ojos enfadado.

—Imposible.

Imogene no se amilanó.

—Puede que no sepa mucho de caballos, pero creo que alguna vez he oído que cuando un jinete se cae debe volver a montar cuanto antes para no tomarle miedo. ¿No es así, Alí?

Aunque Alí parecía un poco incómodo al ver que Imogene le estaba pidiendo su apoyo sabiendo que lo pondría en contra del jeque, asintió.

—Es cierto.

Raf lanzó una mirada furibunda a Alí, y a continuación a Imogene.

—Podrías acabar con una lesión —le dijo—, y yo no quiero ser responsable. Como te dije, no estás preparada.

Imogene puso los brazos en jarras.

—Estoy más que preparada y lo sabes. Y aunque me ocurriera algo nunca te echaría a ti la culpa. No soy una niña pequeña, Raf; soy capaz de tomar mis propias decisiones.

—Me da igual —replicó él obstinadamente—. No tomaré parte en esto.

—No tienes que hacerlo si no quieres —le espetó ella enfadada —. Alí me ayudará.

Raf se volvió hacia él con mirada torva.

—¿Tú no estarás de acuerdo con esto? —le preguntó.

Alí se acarició la barba.

—La señorita Danforth es consciente de los riesgos, como vuestra alteza, y creo que debería continuar con la clase.

Sin decir otra palabra, Raf se giró sobre los talones y salió del picadero a grandes zancadas. Se alejó en dirección a las cuadras.

Imogene pensó en ir tras él pero decidió que sería mejor darle tiempo para que se calmara. Más tarde intentaría hablar con él para hacerle ver que, aunque agradecía su preocupación, era injustificada. Sabía que podía conseguir dominar aquello e iba a hacerlo. Conseguiría que se sintiese orgullosa de ella.

—Gracias por apoyarme —le dijo a Alí—. Espero que no te metas en problemas con él por mi culpa.

El hombre sacudió la cabeza.

—No me preocupan los problemas que pueda acarrearme el ayudarla. Estoy convencido de que, una vez que haya recapacitado, el patrón entenderá que esto es lo correcto.

—Lo que no consigo comprender es por qué se ha puesto de ese

modo —murmuró Imogene—. Imagino que todo el mundo se caerá alguna vez cuando está aprendiendo a montar.

—Es cierto, pero el patrón quedó muy afectado por el accidente de una persona muy cercana a él.

Como Imogene había imaginado, la preocupación de Raf tenía su origen en una experiencia personal.

—¿Alguien a quien también le estuvo enseñando a montar?

Alí sacudió la cabeza.

—Su esposa —respondió.

El corazón le dio un vuelco a Imogene.

—¿Su esposa tuvo un accidente montando a caballo?

El hombre asintió.

—Y él lo presenció, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Imogene se llevó una mano al pecho espantada.

—Dios mío —murmuró—. ¿Y fue grave?

Alí pareció algo desconcertado por la pregunta.

—Lo que voy a decirle podría considerarse como una falta de lealtad por mi parte hacia el jeque Shakir, pero creo que es necesario, porque me preocupa, y porque así comprenderá usted su comportamiento.

Olvidándose de la clase, Imogene siguió a Alí al borde del recinto, y se apoyó en la cerca, preparándose para escuchar lo que llevaba días ansiando saber. Sin embargo, nada la había preparado para lo que Alí le contó.

Aunque Alí no entró en demasiados detalles, Imogene pudo imaginar lo terrible que debía haber sido para Raf, el sentimiento de culpabilidad que lo inundó, creyendo que podía haberlo evitado. Y seguía sufriendo por ello, se dijo.

Sin embargo, Imogene sabía por propia experiencia que no importaba cuántas precauciones se tomaran, a veces uno no podía evitar que la desgracia se cruzara en el camino de sus seres queridos. Fue en aquel momento cuando comprendió finalmente cuál era la naturaleza de la angustia que atenazaba a Raf, cuando se dio cuenta de que ella había estado haciendo lo mismo que él los últimos cinco años: había estado encerrándose en sí misma recriminándose todo el tiempo, culpándose por lo que le había ocurrido a su hermana.

En ese momento supo que no podía haber protegido a Tori de

todo, igual que Raf no podía haber previsto que su mujer tendría un accidente. A pesar de las diferencias que había entre los dos, Raf y ella eran muy parecidos.

Tenía confianza en sí misma y estaba decidida a volver a subirse al caballo y terminar la clase, pero no se sentía tan segura en lo que se refería a qué le diría a Raf. No podía marcharse al día siguiente sin haber arreglado las cosas.

Al menos les quedaba aquella noche, y, si consiguiese borrar el enfado de Raf, pasaría toda la noche haciendo el amor con él, y guardaría siempre aquel recuerdo.

Después de marcharse enfadado del picadero, Raf había ido a las cuadras y había salido con BáHar para cabalgar con él hasta la ribera del río porque necesitaba estar solo y calmarse los ánimos, pero no había servido de mucho. Ver a Imogene caerse del caballo había sido el equivalente de una pesadilla recurrente. Y aunque no había resultado herida, y aunque él había tratado de ir muy despacio con ella durante todo el proceso de aprendizaje, no podía evitar sentirse responsable por el accidente.

Por mucho que hubiera deseado poder hacerlo, no había podido evitarlo, igual que no había podido evitar enamorarse de ella. A lo largo de su vida se había sentido atraído por muchas mujeres, pero nunca había sentido por ninguna lo que sentía por Imogene.

No sabía qué hacer. Si decidiese declararse, casi con toda probabilidad lo rechazaría. Al día siguiente se marchaba, y como le había dejado muy claro desde el principio, para ella lo más importante era su carrera profesional. No, no había lugar para él en su vida, aunque ella siempre ocuparía un lugar muy especial en su corazón.

Cuando fue a llevar a BáHar de vuelta a las cuadras, se encontró allí con Alí, que acababa de terminar de cepillar a Maurice.

—Yo me ocuparé de BáHar, alteza —le dijo acercándose para tomar las riendas.

—Gracias, Alí.

Raf estaba ya dirigiéndose hacia la salida cuando el otro hombre le preguntó.

—¿No queréis saber cómo le ha ido a la señorita Danforth con la

clase?

Raf se detuvo, pero no se volvió hacia él.

—Imagino que bien, y que tú, sin duda, estarás satisfecho de poder demostrarme que estaba equivocado.

—Ha ido bien, en efecto —asintió el hombre—, pero yo quería haceros una pregunta antes de que os marcharais.

Aunque Raf no quería seguir hablando, se volvió hacia él y le dijo:

—Está bien, pero espero que sea importante, porque quiero revisar unos papeles antes de irme a dormir.

Alí sacudió la cabeza.

—¿Cuándo vais a dejar de huir de vuestros sentimientos?

La ira, que no había llegado a disiparse en el interior de Raf, volvió a resurgir.

—No estoy huyendo de nada, ni de nadie. Y ahora, si me disculpas, necesito estar a solas para pensar.

—¿Sobre cuál va a ser vuestra decisión respecto a vuestra relación con la señorita Danforth?

—No hay nada que decidir.

—Entonces, ¿no vais a pedirle que se quede?

Raf había considerado la posibilidad de hacerlo, pero no se atrevía, porque temía que ella le dijera que no.

—No tiene ninguna razón para quedarse aquí. Tiene una vida fuera de este lugar.

—Y para vuestra alteza en cambio se ha convertido en una prisión. Tenéis la oportunidad de cambiar eso, señor, no la dejéis pasar.

Esforzándose por controlar su genio, Raf le dijo lo más calmadamente posible:

—Ya hemos discutido esto, Alí, y no tengo ningún deseo de iniciar una relación formal con una mujer que no quiere estar a mi lado. No voy a volver a cometer el mismo error.

Alí se quedó callado, pero Raf sabía que no había terminado de decirle todo lo que tenía que decir.

—Si la dejáis ir sin averiguar cuáles son sus sentimientos… entonces sí estaréis cometiendo un error. Pensadlo bien, alteza, o sólo conseguiréis arrastrar aún más remordimientos.

Raf se giró sobre los talones y se apresuró a salir de las cuadras

antes de que tuviera que seguir escuchando los consejos de Alí. Minutos más tarde sin embargo, encerrado en su despacho, no podía dejar de oír en su cabeza una y otra vez las palabras de su empleado y amigo. Le dio vueltas al asunto, y finalmente decidió que lo mejor sería que olvidara a Imogene, que cortase los lazos con ella al día siguiente, cuando se marchara. No podía cargarla con sus sentimientos, ni forzarla a escoger entre su libertad y él. Aquel sería su regalo por todo lo que le había dado.

Antes o después tendría que subir a su dormitorio, pensó Imogene suspirando de nuevo. Sin embargo, llevaba sentada en su cama casi hora y media, y era más de medianoche. Quizá debería irse a su habitación. Después de todo, a la mañana siguiente tenía que levantarse temprano para acudir a la reunión que tenía con el señor Lovell. Y antes tendría que pasar por su apartamento para cambiarse de ropa… y necesitaría al menos una hora entera para llorar, para derramar las lágrimas que estaba conteniendo con todas sus fuerzas porque no quería que Raf las viera.

La puerta se abrió en ese momento, sobresaltándola, y se levantó como un resorte. Raf se detuvo en el umbral de la puerta, con la mano en el picaporte, como si estuviera considerando la idea de salir huyendo.

Imogene alzó la barbilla y, con un valor que no sentía, le dijo como si no hubiera ocurrido nada:

—Estaba empezando a preguntarme si subirías algún día a acostarte. ¿Dónde estabas?

Raf bajó la mano, pero no se movió ni cerró la puerta.

—En el salón, leyendo. No podía dormir, así que bajé y me puse a leer.

—Yo tampoco podía dormir.

¿Y ahora qué?, pensó Imogene cuando pasaron los segundos y empezó a asentarse entre ambos un denso silencio. Verlo allí de pie, vestido sólo con unos pantalones de pijama estaba haciendo que le entrasen ganas de olvidarse de la conversación, lanzarse a sus brazos y besarlo, pero parecía tan distante que sus inseguridades la hicieron quedarse donde estaba.

—Pensé que… ya que me marcho mañana, podíamos pasar

juntos la última noche —murmuró.

—No creo que sea buena compañía.

—Tú siempre eres buena compañía, Raf.

—Después de como me he comportado contigo esta tarde me temo que eso es discutible —replicó él, con voz cansada y contrita.

Imogene sabía que podía ponerlo furioso si sacaba a relucir lo que Alí le había contado, pero no quería marcharse dejando tantas cosas sin hablar, sin que supiera que comprendía su dolor.

—¿Por qué no me has hablado nunca de la muerte de tu esposa?

Raf ni siquiera intentó ocultar su enfado.

—¿Quién te ha…?

—Alí —lo interrumpió ella quedamente—, pero por favor no tomes represalias contra él. Si me lo contó fue sólo porque estaba preocupado por ti y quería que yo comprendiera por qué reaccionas a veces como reaccionas. Sin embargo, hubiera querido enterarme por ti y no por él.

—Yo no quería hablar de esto contigo.

—¿Por qué? ¿Acaso pensabas que no lo entendería?, ¿es eso?

Raf apartó la vista.

—No sirve de nada remover el pasado.

Imogene finalmente tuvo el valor de ir junto a él, y tomándole las manos se las apretó suavemente.

—Es cierto, pero a veces, aunque no lo remuevas, vuelve a tu mente, lo quieras o no.

—No estoy de humor para hablar de eso —le espetó él. El tono de su voz era áspero, pero al menos no había intentado apartarla de él.

Imogene le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla contra su pecho, contra su corazón.

—No tenemos por qué hablar… de nada, si no quieres.

Al cabo de unos instantes alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—Esta noche no quiero que pensemos en el pasado, ni en el futuro. Sólo quiero estar contigo.

Imogene vio un atisbo de vacilación en los ojos de él, pero de pronto Raf suspiró, y tomando su rostro entre ambas manos le dijo:

—¿Por qué me cuesta tanto negarte nada?

Imogene puso sus manos sobre las de él.

—Porque sabes lo increíble que ha sido cada vez que hemos

hecho el amor, y que será igual de increíble si volvemos a hacerlo ahora —contestó sonriéndole—. Aunque cuando te diga lo que me gustaría, quizá no quieras hacerlo.

Raf sonrió también. Fue una sonrisa leve, pero llena de dulzura.

—Y eso que te gustaría… ¿tiene algo que ver con los espejos de tu habitación?

Imogene lo tomó de las manos y lo condujo hacia la cama.

—No esta noche; nada de espejos… sólo nosotros.

—De acuerdo, nada de espejos.

—Y no quiero que cierres los ojos, ni un solo momento —añadió ella—. Quiero que me hagas el amor mirándome todo el tiempo.

Raf tomó el rostro de la joven entre sus manos y antes de besarla murmuró:

—Como desees.

Con Imogene dormida entre sus brazos cuando apenas empezaba a alborear, Raf se dijo que, si se lo pidiese, le daría todo cuanto desease. Pero desde el principio había sabido que no le pediría nada. No en vano ésa precisamente había sido la razón por la cual no había vacilado ante la idea de seducirla. Sin embargo, en ese momento suspiró para sus adentros deseando que Imogene quisiese de él algo más que mero placer físico, que quisiese su amor, ese amor que había ido creciendo en él día tras día.

—Por favor, dime que todavía no ha amanecido —murmuró la joven con voz soñolienta, despertándose en ese instante y acurrucándose contra su cuerpo.

Raf la besó tiernamente en la frente.

—Todavía no.

Imogene ahogó un bostezo con la mano.

—Bien, porque todavía no tengo fuerzas para levantarme.

Raf no quería que se fuera, y aunque no se atrevía a decírselo, sí lo hizo en su idioma:

—*La trúuH* —le susurró.

Imogene entreabrió los ojos y lo miró confundida.

—¿Qué?

—He dicho que vuelvas a dormirte —respondió sintiendo el amargor de la mentira en el paladar—. Es temprano todavía.

Imogene había vuelto a acurrucarse contra él, y Raf le acarició el cabello mientras notaba cómo el cuerpo de ella se iba relajando al mismo tiempo que su respiración se acompasaba y se quedaba otra vez dormida.

Se maldijo en silencio por ser tan cobarde, por permitir que sus miedos le impidieran expresar sus sentimientos. Si tan sólo supiera cómo podría convencerla para que se quedara a su lado… Claro que, considerando su dedicación al trabajo dudaba que pudiera ocurrírsele nada con lo que pudiera convencerla. A menos que…

Una sonrisa asomó a sus labios al recordar que Imogene se jactaba de sus dotes como negociadora. Tampoco a él se le daba mal negociar. Quizá pudiera llegar a un trato con ella.

—¿Que quieres que haga qué?

—Quiero que vengas a trabajar para mí —repitió Raf.

Imogene se quedó mirándolo anonadada con la mano en la puerta del coche.

—¿Haciendo qué?

—Tú te encargarías de las finanzas y yo de los caballos —respondió él—. Podrías tomártelo como un reto.

Aquella mañana, mientras se duchaban juntos, Raf le había dicho que tenía algo que preguntarle, y la había mantenido en suspense durante todo el desayuno. Y ella, por supuesto, había sido tan ingenua como para pensar que se trataría de algo más romántico. Quizá no una proposición de matrimonio, pero sí al menos que quisiera volver a verla de nuevo.

—Gracias por la oferta, pero ya tengo un trabajo.

Y un nudo en la garganta también. ¿Cómo podía haber sido tan ilusa?

Raf apoyó un brazo sobre el techo del coche adoptando una postura casi insolente.

—Te dejaré un tiempo para que lo pienses —dijo a pesar de su negativa—. Llámame cuando hayas tomado una decisión.

—Ya lo he decidido, Raf, acabo de decírtelo, y la respuesta es no, gracias.

Sentía a la vez ganas de salir llorando y de zarandearlo. Miró su reloj de pulsera para evitar su intensa mirada y le dijo:

—Debo irme ya.

Abrió la puerta del coche, pero Raf volvió a cerrarla empujándola con la palma de la mano y manteniéndola sobre ella.

—Todavía no me has dicho dónde y cuándo tengo que llevar a BáHar para que puedas impresionar a ese posible cliente al que tienes que impresionar.

Imogene creyó haber oído mal.

—¿BáHar?

—Creía que necesitabas un caballo árabe rápido y con buena presencia —respondió él.

—Sí, pero tú me dijiste que no permitías que nadie…

—Lo monte excepto yo, lo sé —la interrumpió él, apartando la mano de la puerta para remeter un mechón tras la oreja de Imogene —. Confío en ti, Genie. Sé que no decepcionarás a ese cliente.

El nudo en la garganta de la joven pareció hacerse aún más grande.

—¿Tanta fe tienes en mí?

Raf le acarició suavemente la mejilla.

—Sí —respondió con sinceridad—. He visto lo que eres capaz de hacer. Por eso confiaría en ti para llevar la gestión del rancho si te decides a aceptar mi oferta.

¡Cómo le hubiera gustado a Imogene mandarlo todo al diablo y decirle que sí! Pero no podía hacerlo; tenía que ser fuerte en vez de prolongar aquella agonía más tiempo del necesario. No quería trabajar para él; quería que la amase. Volvió a abrir la puerta del coche y esa vez él no la detuvo.

—En realidad voy a decirle a los Grantham la verdad —murmuró—; que no entiendo casi nada de caballos, y que tampoco tengo uno. He decidido optar por ser honesta. Si quieren que los asesore no deben importarles mis habilidades ecuestres, sino las financieras.

—¿Estás segura?

—Sí, muy segura.

—En ese caso las dos semanas que has pasado aquí ha sido una pérdida de tiempo.

El solemne tono de Raf, sus palabras, hicieron que Imogene sintiera una punzada en el pecho.

—Créeme, para mí no han sido en absoluto una pérdida de

tiempo. He descubierto muchas cosas acerca de mí misma, y de lo que quiero de verdad.

Raf le puso las manos en los hombros y estudió su rostro en silencio, con una expresión en la mirada que ella no supo interpretar.

—¿Qué es lo que quieres, Genie?

«A ti», habría querido responderle ella. Pero en vez de eso dijo:

—Quiero ser la mejor en mi trabajo, y he decidido que voy a intentar perdonarme por lo que le ocurrió a mi hermana. Me he dado cuenta de que no habría podido hacer nada para evitarlo, que no podía haberlo sabido, aunque no voy a perder la esperanza de que algún día la encontremos, y de que estará bien. De algún modo es lo que he aprendido de ti —concluyó con un suspiro—. ¿Puedo pedirte un favor, Raf?

—¿De qué se trata?

Imogene puso una mano en su mejilla.

—Quiero que te perdones tú también. No podrías haber evitado lo que le sucedió a tu esposa. Quiero que seas feliz.

Raf la abrazó con fuerza, y cuando la soltó pareció que quisiera decirle algo, pero dio un paso atrás, sosteniéndole la puerta para que entrara en el coche.

—Cuídate, Genie. Y llámame si cambias de opinión respecto a mi oferta.

De modo que así terminaba su historia, pensó Imogene con tristeza mientras se sentaba frente al volante y cerraba la puerta. Sin embargo, no pensaba marcharse de allí sin llevarse algo de él. Bajó la ventanilla y, asomándose fuera, le dijo:

—Dadme un beso de despedida, alteza.

Raf se agachó y la besó con tal ardor que Imogene consideró por un instante bajarse del coche y desnudarle su alma, pero haciendo acopio de valentía inspiró profundamente y giró la llave en el contacto. Raf se apartó del coche y se dirigió de vuelta a la casa.

Imogene se dijo que no le importaba que se fuera así, que era mejor que no le hubiese dicho adiós, pero cuando se alejaba lo vio por el retrovisor de pie, frente al porche, viendo cómo se alejaba, casi le pareció que sus labios pronunciaban la palabra, y se arrepintió de haberse ido sin decirle que lo amaba.

Capítulo Diez

—¿A qué diablos crees que estás jugando, Danforth?

Imogene alzó la vista del cuaderno donde había estado garabateando el nombre de Raf, y se encontró a Sid en la puerta de su despacho con una expresión de furia absoluta.

—Yo también me alegro de verte, Sid.

Su jefe se puso casi granate.

—Acabo de recibir una llamada de Pierce Grantham, y me ha dicho que les has contado que lo de que sabías montar a caballo no era más que una estratagema para conseguir añadirlo a nuestra cartera de clientes.

Imogene soltó el bolígrafo sobre la mesa.

—No les dije más que la verdad. ¿Y sabes qué? No parecieron enfadarse.

—No contigo, por supuesto, pero conmigo sí lo están. ¿Por qué tuviste que decirles que había sido idea mía?

—En realidad no tuve que decírselo. El señor Grantham se lo imaginó él solito.

Sid apretó los puños y la miró como si quisiera fulminarla.

—Ya estoy harto de ti, Danforth. Estás… estás…

—¿Despedida?

Imogene plantó las palmas de las manos sobre la mesa y se levantó de la silla.

—No puedes despedirme porque dimito, Sid —añadió—. Ya le he presentado mi carta de dimisión a tu padre, donde le explico las razones por las que dejo la compañía.

—¡No puedes hacer eso!

Imogene agarró su chaqueta del respaldo de la silla y se la puso.

—Ya lo creo que puedo —respondió mirándolo desafiante—. Es más: ya lo he hecho.

Y salió por la puerta sin mirar atrás, experimentando una sorprendente sensación de libertad, incluso de felicidad… a pesar de que acababa de quedarse sin trabajo.

Al día siguiente, Raf estaba sentado en el comedor, pero no había tocado la comida. No tenía apetito, ni tampoco ganas de hablar. Doris, Blaylock, y Alí estaban mirándolo como si estuvieran esperando que dijera algo.

Apartó el plato de sí y puso ambas manos en torno a la taza de café que Doris le había servido, deseando que desaparecieran todos y lo dejaran solo con su pesar. En vez de eso, Doris se inclinó hacia delante y le preguntó:

—¿Va a volver?

Raf bajó la mirada al periódico, fingiendo leer una columna sobre rugby, cuando nunca había entendido nada de ese deporte.

—No.

—¿Y ya está?, ¿ha dejado que se vaya, así, sin más?

El tono incrédulo de Doris lo hizo levantar la cabeza.

—No podría haber dicho nada para convencerla de que no se fuera. Tiene un trabajo, y no había ninguna razón para que permaneciera aquí más tiempo.

—Oh, por amor de Dios… —farfulló Doris exasperada—. ¿Y no fue capaz de darle usted ninguna razón para que se quedase.

—Le hice una proposición y la rechazó.

—¿Se negó a casarse con usted?

—Doris —intervino su marido—, eso no es asunto nuestro.

Doris hizo un gesto desdeñoso de la mano.

—Cállate, Bernie. Alguien tiene que abrirle los ojos antes de que cometa el mayor error de su vida.

—Yo le he dicho lo mismo —asintió Alí.

Raf estaba empezando a enfadarse. Se sentía como si estuviese sentado frente a un jurado que ya lo hubiese declarado culpable antes incluso de que pudiera defenderse.

—No le he pedido a la señorita Danforth que se case conmigo. Le he pedido que trabaje para mí.

Doris puso los ojos en blanco.

—Virgen santa… Toda esa educación en colegios europeos y ni siquiera sabe cómo cortejar a una mujer… —farfulló. Extendió un brazo y señaló la puerta con el índice—. Bernie, Alí y tú id a vuestras cosas. Voy a explicarle al jeque un par de cosas sobre las

mujeres.

Blaylock se frotó la nuca incómodo.

—Doris, no creo que el patrón necesite…

—No, déjala Blaylock —le dijo Raf—. Que diga lo que tenga que decir. De todos modos siempre lo hace…

Tan pronto como los dos hombres hubieron salido, Doris se cruzó de brazos y se recostó en la silla.

—Bien, ¿qué piensa hacer para que vuelva?

—Si quiere volver lo hará porque quiera, Doris. No voy a traerla aquí contra su voluntad.

—Yo no he dicho eso. Lo que tiene que hacer es convencerla con sus palabras y sus acciones. Tiene que hacerle saber cómo se siente.

Raf tuvo que admitir para sus adentros que eso era lo que debía haber hecho la noche anterior, o, al menos, aquella mañana, antes de que se fuera.

—Me temo que ya he dejado pasar esa posibilidad, así que sólo me queda esperar y ver si regresa por su propia voluntad.

—¿Y qué va a hacer, sentarse a esperar la caída de la hoja? Vaya a buscarla y hable con ella.

—No tengo idea de dónde está.

Una excusa barata. El apellido Danforth era muy conocido en Savannah, y podría encontrarla sin mayor dificultad, pero no estaba seguro de que ella quisiera que la encontrara. Después de todo no le había dejado un número de teléfono, ni una dirección. Y él tampoco se lo había pedido.

Doris le quitó el periódico y pasó varias páginas hasta llegar a la sección de sociedad y se lo plantó delante señalándole la foto de una gran mansión.

—Va a celebrarse el banquete de la boda de uno de sus primos en la mansión de su tío el senador, Crofthaven. Seguro que estará allí.

Raf recordó que Imogene lo había mencionado.

—No estoy invitado.

—¿Y eso qué más da? Póngase sus mejores ropas y dígales que es el jeque Raf Shakir y que es amigo personal de la señorita Imogene.

Raf no pudo reprimir una sonrisa ante la seria expresión del rostro de Doris.

—¿Y cuando esté dentro qué?

La mujer resopló irritada.

—¿Voy a tener que dárselo todo mascado? La busca, y le dice que quiere que vuelva, para quedarse. A menos que no esté enamorado, lo cual dudo mucho, porque lo lleva escrito en la cara.

Raf se pasó una mano por el cabello y consideró la posibilidad de mentir por un instante, pero sabía que no podría engañar a Doris.

—¿Tanto se me nota?

—Soy una mujer, señor Shakir, y las mujeres nos damos cuenta de estas cosas. Igual que me he dado cuenta de que ella también está enamorada de usted.

Raf la miró sorprendido.

—¿Eso te dijo ella?

—No, pero no hace falta que me lo dijera. Se le notaba a la legua por cómo lo miraba, igual que se le notaba a usted cada vez que la miraba a ella. Nunca he visto a dos personas más tercas a la hora de admitir sus sentimientos. Creo que ya es hora de que deje a un lado su orgullo y vaya a por todas.

—¿Y si me rechaza?

—No lo hará. Y si lo hace, tráigala aunque sea a la fuerza y tendré también una charla con ella.

—¿Te importa que me siente contigo y nos deprimamos juntos?

Imogene alzó la vista para encontrarse con su hermano Toby. La cena había terminado, y la gente estaba de pie charlando o bailando. Ella en cambio se había quedado sentada, a solas con sus pensamientos y sintiendo envidia de los recién casados y todas las parejas que estaban bailando.

—No, claro que no —le dijo señalándole la silla junto a la suya.

—Mamá me ha dicho que has estado tomando clases de equitación en un rancho en las afueras de la ciudad —comentó Toby sentándose—. ¿Por qué no me llamaste? Podía haberte enseñado yo.

—Ni hablar. Primero tendría que haberme desplazado hasta Wyoming, y además tú ya tienes bastante con ocuparte de Dylan —miró en derredor buscando al hijo de su hermano—. Por cierto,

¿dónde está?

—Joyce ha subido a acostarlo. No se sentía cómodo entre tanta gente.

—¿Ha hecho algún progreso? —inquirió Imogene—. ¿Ha vuelto a hablar?

Toby negó con la cabeza.

—No. Pero estoy seguro de que algún día, si tengo paciencia con él, lo hará. Aunque no estoy muy seguro de estar haciendo todo lo que puedo.

Imogene sintió una punzada de tristeza por su hermano, que había criado a su hijo solo desde que su esposa los abandonara. Desde aquel día Dylan había dejado de hablar.

—Eres un gran padre, Toby. Dylan es muy afortunado.

—No sé —murmuró él—. Mucha gente sigue diciéndome que necesita una madre.

—Bueno, en cualquier caso no necesita a su madre… esa mujer sin corazón… —farfulló Imogene sacudiendo la cabeza.

Toby dirigió la mirada a la pista de baile sin decir nada. Imogene imaginó que no quería hablar de su ex mujer. Para ella un ranchero no había sido suficiente, y lo había abandonado para irse con un playboy a la Riviera. Pero estaba mejor sin ella, pensó. Sin embargo, le preocupaba que su hermano no llegase a recuperarse nunca del dolor que le había quedado dentro, igual que Raf.

Raf… ¿Podría dejar algún día de pensar en él? Antes de que no pudiera contener más las lágrimas, le dijo a su hermano:

—Discúlpame, Toby. Voy a subir al servicio.

—Tranquila. Seguiré aquí cuando vuelvas… ahogando mis penas en el champán—le dijo tomando la copa de la que ella había estado bebiendo, y acercándose la botella.

Habiendo recobrado la compostura y arreglado su maquillaje, Imogene descendió por las escaleras decidida a escabullirse e irse a casa en cuanto Reid y Tina se hubieran despedido de los invitados para partir en su viaje de luna de miel. Sin embargo, cuando estaba llegando al rellano, alzó el rostro, y lo que vio la hizo detenerse.

Había un hombre al pie de la escalera. Estaba vestido con esmoquin, igual que varios de los invitados, pero su cabello era

negro como el azabache, su porte distinguido, como el de un príncipe, y sus ojos grises.

Cuando llegó al último escalón, Raf le tendió una mano, y ella la tomó sin dudarlo. No pronunciaron palabra mientras atravesaron el enorme salón de baile, lleno de gente, y salieron a los jardines.

Sólo entonces se volvió Imogene hacia él, y antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo allí, Raf murmuró:

—Siempre fuiste tú.

Imogene lo miró sin comprender, y Raf apartó un mechón rubio de su rostro, acariciándole la oreja y jugueteando un instante con el pendiente.

—La última noche que pasamos juntos me pediste que te hiciera el amor sin cerrar los ojos un momento, como si creyeras que las otras veces hubiera habido otra persona en mi mente, pero nunca fue así. Siempre has sido tú, Genie, sólo tú.

A Imogene le costaba respirar.

—Pero yo pensaba…

—Que cuando te hacía el amor yo imaginaba que estaba haciéndole el amor a mi esposa —concluyó él—. Ven, siéntate conmigo. Es necesario que te explique cuáles fueron las circunstancias de mi matrimonio —le dijo llevándola a uno de los bancos de mármol.

Imogene se sentó, pero lo miró insegura.

—¿De verdad importa, Raf? Quizá tuvieras razón, quizá no se deba remover el pasado.

Pero él sacudió la cabeza y le contó cómo su matrimonio había sido un matrimonio concertado, que ella no había querido casarse con él, y le habló del accidente que le había provocado la muerte.

—No quería ni que la tocara —le confió a Imogene—. Cuando hacíamos el amor ella no se negaba… porque a una mujer musulmana la educan para que respete y se pliegue a los deseos de su marido. Murió odiándome.

Sólo entonces empezó a comprender Imogene.

—Por eso querías que fuésemos despacio… —murmuró.

Raf asintió.

—Necesitaba estar seguro de que tú lo querías tanto como yo.

—No sería por que yo me mostrara indecisa… —dijo ella con picardía.

Raf esbozó una pequeña sonrisa.

—Tenía que asegurarme.

—¿Y has venido hasta aquí sólo para explicarme eso? —inquirió Imogene.

Raf tomó sus manos y se las llevó a los labios, besándolas suavemente antes de depositarlas sobre su regazo sin soltarlas.

—No, he venido para modificar mi oferta.

A Imogene se le cayó el alma a los pies.

—¿En qué sentido?

—Me parece que no fui lo suficientemente generoso como para tentarte a considerarla, así que he pensado que, si aceptas, te cederé la mitad de los intereses que obtenga de las acciones de BáHar.

—¿Por qué querrías hacer algo así?

—Ayer recibí una llamada de los Grantham. Me han dicho que has dejado tu trabajo, y que los convenciste para comprar acciones de BáHar. Creo que eso es suficiente prueba de que te preocupas por el rancho.

No sólo por el rancho, pensó Imogene.

—Sólo quería pagarte de algún modo el favor que me habías hecho enseñándome a montar. Era lo menos que podía hacer.

—Hay otra cosa que podrías hacer por mí —dijo él, bajando la vista a sus manos entrelazadas—, algo que, la última vez no fue para mí más que la firma de unos papeles.

—¿Tuviste otro socio antes de mí?

Raf alzó la vista hacia ella.

—No me refiero al negocio, aunque como te he dicho me encantaría que te convirtieras en socia de mi negocio —replicó él—. Quiero que seas mi esposa, Genie… si no estoy siendo demasiado presuntuoso al pensar que me concederías ese honor.

Imogene quería gritar «sí», pero no antes de que le hubiera respondido una pregunta.

—Yo te amo, Raf, pero aún no sé qué es lo que sientes tú por mí, qué soy para ti.

Raf la miró con el corazón en los ojos cuando le contestó.

—¿Quieres saber qué eres para mí? Eres la mujer más fuerte y resuelta que he conocido, la más apasionada, la más hermosa… y la única a quien he amado.

Los ojos verdes de Imogene se llenaron de lágrimas de dicha, y

la emoción le hizo imposible articular palabra. Raf secó con el pulgar la primera lágrima que rodó por su mejilla.

—Imogene Danforth, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —contestó ella, sonriéndole con todo el corazón—, pero con una condición.

—Con tal de que aceptes, haré lo que me pidas.

Imogene se rió entre las lágrimas, que seguían cayendo.

—Que nunca, nunca, vuelvas a llamarme Imogene.

—Tienes mi palabra… Genie.

Raf inclinó la cabeza para besarla, y justo en ese momento empezó a llover. Al principio era una lluvia fina, pero poco a poco se fue haciendo más intensa, como el beso de Raf, y acabó convirtiéndose en una densa cortina de agua.

Al cabo de largo rato Raf despegó sus labios de los de ella y le dijo:

—Quizá deberíamos volver dentro para que puedas despedirte.

Imogene lo besó en la mejilla.

—Odio las despedidas, y por lo que a mí respecta, no pienso tener que pasar por más en el futuro.

—Aun así deberíamos volver dentro o vas a estropearte este increíble vestido —murmuró él, mirándola con una sonrisa lobuna y preguntándose si habría escogido el rojo por alguna razón en particular—. Y luego, podemos volver al rancho, y allí te lo quitaré con mucho cuidado…

—Ése me parece un buen plan.

Regresaron dentro con el brazo de cada uno rodeando la cintura del otro, para encontrarse con que todo el mundo estaba de pie, apiñado, y antes de que Imogene pudiera preguntarle a alguien qué pasaba, su prima Kimberly la agarró de la mano y la arrastró con ella corriendo mientras le decía:

—¡Deprisa!, ¡Tina va a lanzar el ramo!

Imogene iba a protestar cuando el ramo de la novia se le estrelló en plena cara y fue a caer a sus manos. En medio de los aplausos, Imogene, roja como un tomate, se dio la vuelta y lo tiró hacia donde estaban el resto de solteras, que se lanzaron como locas a por él.

Imogene, sin preocuparse de a quién le había caído, se dirigió hacia donde había dejado a Raf, pero su madre le cortó el paso con

los brazos en jarras, como si estuviera enfadada con ella.

—Imogene Danforth… ¿se puede saber por qué has hecho eso? ¿Y por qué diablos estás toda mojada?

Imogene se echó a reír.

—Pues… porque fuera está lloviendo, y porque el ramo no me hacía falta.

Su madre frunció el ceño.

—Hija, no entiendo nada.

Imogene vio por encima del hombro de su madre a Raf, que estaba esperándola, igual de empapado y con una sonrisa en los labios.

—Lo entenderás si te das la vuelta —le dijo Imogene, haciéndola girarse y poniéndole una mano en el hombro—. Mamá, te presentó a Raf Shakir, mi prometido. Raf, ésta es mi madre, Miranda Danforth.

La buena mujer miró a Raf con los ojos como platos, y luego a su hija.

—¿*Qué*?

Imogene se apartó de ella para tomar la mano de Raf.

—Que vamos a casarnos, y que la boda ha estado preciosa, pero ahora tenemos mejores cosas que hacer, así que nos vamos, y mañana te llamaré —le dijo lanzándole un beso mientras arrastraba a Raf hacia la salida.

—¡Imogene, no puedes irte así después de decirme eso! —le gritó su madre cuando salió del asombro en que la había dejado—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—¡No puedo! ¡Mañana te llamo, te lo prometo!

—¡Encantado de conocerla, señora Danforth! —se despidió Raf entre risas.

Epílogo

La boda de Imogene y Raf se celebró en un juzgado de Savannah, y el banquete tuvo lugar en el amplio patio del rancho SaHráa, tras la casa, donde se habían colocado unas carpas. El tiempo por desgracia no acompañaba, ya que el cielo estaba cubierto de nubarrones, pero ni a Raf ni a Imogene les importaba.

Después del banquete, mientras los invitados bailaban y charlaban unos con otros, Raf, que al fin había logrado deshacerse de una señora un tanto pesada que al parecer era tía segunda de Imogene, buscó con la mirada a su esposa.

En cuanto la divisó se dirigió hacia ella, dispuesto a interrumpir sin contemplaciones la conversación que estaba teniendo con un viejo caballero y su esposa. Ya se la habían robado bastante tiempo.

—Gracias, señora Worth —le dijo Imogene a la mujer, abreviando cuando sintió el brazo de Raf rodearle la cintura—. Le enviaremos información tan pronto como hayamos regresado de nuestra luna de miel.

—Por supuesto —la secundó Raf—. Y ahora, si nos disculpan…

Sin darle tiempo a Imogene a protestar, la tomó por el brazo y la llevó con él, rodeando la casa.

—¿Adónde vamos? —inquirió Imogene—. Se me va a poner perdido el traje de novia —le dijo levantando la falda para que no rozara el suelo.

—No si te lo quito —respondió él sin aminorar el paso.

Imogene lo miró confundida cuando vio que se dirigían al pequeño edificio junto a las cuadras donde tenía su despacho. Y más sorprendida aún se quedó cuando lo vio abrir la puerta, volverse hacia ella y tomarla en volandas para atravesar el umbral.

Doris le había hablado a Raf de aquella tradición, asegurándole que era absolutamente necesario que cumpliera con ella para que su matrimonio no fuera desgraciado, y aunque por supuesto él no creía en supersticiones, por si acaso, sólo por si acaso, había decidido hacerle caso.

Una vez dentro, dejó a Imogene en el suelo. Ella le sonrió, y le preguntó intrigada:

—¿Por qué me has traído aquí?

—En primer lugar —contestó Raf—, porque necesitaba estar a solas contigo. Me estaba poniendo enfermo compartirte con toda esa gente. En segundo lugar —añadió besándola—, porque nunca hemos hecho el amor aquí. Y, por último, porque si te hubiera dejado, habrías vendido todas las acciones de BáHar antes de que acabara la tarde.

Imogene lo miró preocupada.

—En realidad ya lo he hecho.

—Lo imaginaba.

—¿Estás enfadado conmigo? —inquirió ella, buscando sus ojos.

Raf la besó de nuevo.

—Jamás. Así tendremos tiempo de concentrarnos en otras cosas durante las dos semanas que vamos a pasar en Italia.

Mientras lo besaba, Imogene le deshizo el nudo de la corbata, como si estuviera pensando en esas mismas cosas.

—Mmm… ¿por qué tenemos que esperar?

—Bueno, porque el vuelo no sale hasta mañana por la mañana.

—No, me refiero a ahora… No quiero esperar a mañana para empezar nuestra luna de miel. No creo que pase nada porque hagamos esperar unos minutos a los invitados, ¿verdad?

Raf se rió.

—No, no lo creo, pero tengo una pregunta que hacerte.

—Dispara —dijo ella mientras empezaba a desabrocharle la camisa.

—¿Estás interesada en la cría? —le preguntó con una sonrisa maliciosa, recordándole el día en que se habían conocido, y aquella primera conversación llena de dobles sentidos.

Imogene desabrochó el último botón y movió las manos arriba y abajo por su pecho.

—Bueno… no sé… quizá con el semental adecuado… Claro que nada de maniquíes ni de hembras en celo… Sólo tú y yo… y los métodos naturales.

—Entonces, ¿te gustaría tener hijos?

Imogene alzó la vista hacia él.

—Al menos seis.

—¿Seis? —repitió él frunciendo el ceño.

—Alí dice que es número propicio en vuestra cultura. Y también me dijo que, con ese número te aseguras de que al menos uno cuide de ti en tu ancianidad.

Raf no pudo evitar echarse a reír.

—Alí es un hombre muy sabio. En fin, espero tener la energía para ser padre de seis hijos…

Imogene le bajó la cremallera.

—No tengo ninguna duda al respecto.

—He dicho ser padre, Genie —le aclaró él—, no concebirlos. Te aseguro que a eso estaré dispuesto durante muchos años.

Imogene acarició su erección.

—Yo diría que ahora mismo ya estás más que dispuesto…

Impaciente por estar dentro de ella, Raf le empezó a desabrochar el vestido; cuando llamaron a la puerta. Raf emitió un gruñido de frustración.

—¿Qué ocurre?

—Soy Alí, alteza. La madre de la novia quiere saber cuándo van a cortar la tarta. Los invitados se están impacientando.

Imogene también estaba empezando a impacientarse, porque Raf estaba acariciándola justo donde le encantaba que la tocase.

—Dile que nos dé unos minutos y que siga circulando el champán —le gritó a Alí—. Eso debería mantenerlos… —contuvo el aliento cuando Raf la besó en el cuello sin dejar de acariciarla—… contentos.

—Como deseéis, alteza.

—¿Alteza? —repitió Imogene, mirando a Raf confundida.

Él le quitó el vestido, dejándolo caer al suelo, la alzó en volandas como había hecho al entrar, y subió las escaleras con ella en brazos, dirigiéndose al pequeño dormitorio que había arriba.

—Sí, Genie. Ahora eres una princesa.

Cuando Raf la dejó en el suelo, junto a la cama, la joven le rodeó el cuello con los brazos y lo miró a los ojos.

—Y tú, decididamente, eres mi príncipe azul —le dijo, peinándole el cabello amorosamente—. Mi madre está encantada contigo, y mi padre también. Mis hermanos en cambio… Bueno, a ellos te costará un poco más ganártelos. Después de todo soy su hermana pequeña.

De pronto su mirada se entristeció al recordar a Tori. Le habría gustado tanto que hubiese podido estar allí, el día de su boda…

Raf, intuyendo el motivo de su repentina tristeza, tomó su rostro entre las manos y la besó.

—No pierdas la esperanza, Genie. La buscaremos, y la encontraremos.

Ella asintió con la cabeza y se secó una lágrima que había rodado por su mejilla. Raf le levantó la barbilla para que lo mirara.

—Genie, aunque me encantaría acabar lo que hemos empezado, si en este momento prefieres estar con tu familia, yo…

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora tú también eres parte de mi familia, Raf —le dijo—, y aunque quiero mucho a mis padres y a mis hermanos, en este momento no quiero estar con nadie más que contigo.

Lo tomó de la mano y lo condujo al lecho, donde empezaron a besarse y a acariciarse de nuevo. Y en ese momento, fuera, empezó a llover. Tardarían un buen rato en salir de allí, pensó sonriendo con picardía, no quería arriesgarse a arruinar el vestido.